Los Hollister

EN SUIZA

6



JERRY WEST

Durante una visita de los chicos Hollister y su madre a Suiza, un avión desaparece durante una tormenta.





Jerry West

Los Hollister en Suiza

Los Hollister - 6

ePub r1.1
nalasss 14.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Swiss Echo Mystery*
Jerry West, 1963
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UN TROPEZÓN EN LA NIEVE



Un gran copo de nieve fría fue a aterrizar en la punta de la naricilla de la pequeña Sue Hollister. El copo se derritió antes de que los lindos ojos de Sue se hubieran vuelto a abrir, mientras parpadeaba con asombro, mirando la nevisca que caía sobre el camino bordeado de árboles.

—¡Canastos! Suiza es muy misteriosa —exclamó Ricky, el rubito de ocho años, mientras chapoteaba en el nevado camino—. ¡Los árboles parecen fantasmas negros!

—Pronto estaremos en el hotel —calculó Pam, que tenía diez años, arreglándose la bufanda que cubría su cabello negro—. Ven, Holly, dame la mano.

La señora Hollister caminaba detrás de Holly, su hija de seis años, cuyas trenzas asomaban bajo un gorrito encarnado. Pete, un guapo muchachito de doce años, era el último de la fila.

La familia acababa de bajar del transbordador aéreo que les había llevado a lo alto del Felsenegg, una loma desde donde se podía contemplar la ciudad de Zurich. Aunque era el segundo día del mes de junio, sobre la montaña cubierta de pinos caía una ligera nevada primaveral y la tierra estaba cubierta por una gruesa capa de nieve, blanca como una sábana.

De repente, a través de la neblina, se oyó un grito ronco.

—¡Alto! ¡Alto!

A los gritos siguieron fuertes ladridos, mientras dos hombres y un perro aparecían entre la bruma, dirigiéndose directamente hacia los Hollister.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Hollister.

—¡Detengan a ese hombre!… ¡Sujétenle!… —gritó el perseguidor, que corría por el sendero nevado, varios metros más atrás de su perseguido.

Al mismo tiempo, un hermoso perrazo de aguas, de color gris, iba, literalmente, pisándole los talones al fugitivo.

El hombre llevaba un abrigo oscuro, con el cuello levantado y su cara quedaba casi completamente oculta por dicho cuello y la gorra de cuadros, cuya visera le bajaba sobre los ojos. Mientras el desconocido huía, abriéndose paso entre los Hollister, Pete intentó alcanzarle, pero sus dedos no hicieron más que rozar el abrigo del hombre.

En aquel momento, el perseguidor y su perro se abalanzaron entre la familia. Pam se apresuró a tomar a Sue en brazos y apartarse un poco, mientras la señora Hollister se situaba ágilmente a un lado. Pero Pete y Holly cayeron en la nieve. Y el perro de aguas dio un enorme salto, pasando sobre la cabeza de Ricky. También el perseguidor había caído al suelo.

—¿Se ha hecho alguien daño? —preguntó Pam.

—No. Todos estamos bien —repuso Pete, mientras sus hermanos y él se levantaban.

El hombre también se puso en pie, miró a todos con un poco de apuro, y dijo, con acento suizo:

—Lo lamento mucho. Es que esto está tan resbaladizo…

Pete miró admirativo a aquel hombre alto y delgado, con larga nariz recta y ojos castaños, rodeados de las arruguitas propias de las personas siempre sonrientes.

Pam se agachó a recoger el sombrero que se le había caído al desconocido y, después de sacudirle la nieve, se lo entregó a su dueño.

—Muchas gracias —dijo él, al tiempo que movía apesadumbrado la cabeza y miraba hacia el camino oculto por la nevisca, por donde había desaparecido el fugitivo.

—¿Por qué le persigue usted? —preguntó Pete.

—Es una larga historia —repuso el desconocido, mirando al perro de aguas que se sentaba, obediente, a sus pies. Y hablando con el animal, el señor suizo regañó—: Biffi, ha sido culpa tuya. Te advertía que no ladrases. Le has asustado.

Mientras Ricky se sacudía la nieve de su cabello rojizo y Holly limpiaba su abrigo de los copos de nieve, el hombre dijo:

—Me llamo Johann Meyer. Vengan conmigo a la fonda a tomar un cacao caliente. Puedo garantizarles que el chocolate que se hace en Suiza es el mejor del mundo.

Por el camino, los Hollister fueron presentándose uno por uno, para que el señor Meyer supiese sus nombres y luego Pete siguió explicando:

—Venimos en avión con nuestro padre, que tuvo que trasladarse a Europa para comprar juguetes para el «Centro Comercial». Es una tienda de Shoreham.

—Que está en los Estados Unidos —especificó Ricky.

—Papá volvió a casa en cuanto acabó de hacer las compras, pero nosotros nos quedamos un poco más y hemos venido a visitar Suiza —hizo saber Pam.

Y con su vocecilla cantarina, Holly añadió:

—Llegamos ayer a Suiza.

—Confío en que la visita resulte divertida —dijo Johann Meyer, mientras llegaban al pequeño restaurante, situado en una loma, desde donde se contemplaba el fondo del valle.

El señor Meyer abrió la sólida puerta de madera de roble y entró detrás de los Hollister en el acogedor establecimiento.

—¡Qué bien huele! —exclamó Pam.



Se sentaron a una mesa y se desabrocharon los abrigos. Biffi se colocó, silenciosamente, entre su dueño y Pam. Meyer encargó que le sirvieran chocolate bien caliente y bocadillos.

La camarera les llevó las tazas de humeante chocolate, encima del cual había una gran bola de nata batida. Holly, entusiasmada, murmuró:

—¡Qué lindo!

Biffi se había puesto muy tieso e iba inclinando de un lado a otro la cabeza, mientras veía servir el chocolate.

—A lo mejor después podemos darte un poco —dijo Pam, en voz muy bajita, hablando con el perro. Luego, se volvió al señor Meyer y preguntó—: ¿Por qué ha dejado usted de perseguir a ese hombre, si estaba muy cerca de él?

—Yo sabía que el trasbordador aéreo salía dentro de unos segundos y que seguramente Blackmar iría a tomarlo. Pero él me llevaba bastante ventaja y, después de la caída en la nieve, ya no habría valido de nada seguir corriendo.

—¿Blackmar? —repitió Ricky—. ¿Y quién es?



Meyer sonrió, dio un profundo suspiro y se reclinó en el respaldo de su silla.

—No debo molestaros, explicándoos todo esto, porque es tarea de detectives.

—¿Detectives? —exclamó inmediatamente Holly—. Nosotros somos detectives, señor Meyer.

—Es cierto —corroboró Pete—. Nosotros resolvemos muchos misterios.

El señor Meyer se sintió muy interesado y dijo en seguida:

—Entonces conviene que os explique este asunto. Yo no soy exactamente un detective, sino un investigador que trabajo para una compañía de seguros.

Mientras saboreaban el aromático chocolate y comían los bocadillos, la señora Hollister y sus hijos escucharon, asombrados, lo que su anfitrión suizo les explicaba.

—Si me guardáis el secreto —siguió diciendo el suizo, en voz muy baja—, os diré que estoy investigando sobre el robo de un gran diamante, desaparecido de Holanda.

—¡Extraordinario! —murmuró la señora Hollister.

—Sí. De una industria desapareció una valiosa gema en bruto, además de una pequeña maquinaria para cortar diamantes. Y no sólo eso, sino que, al mismo tiempo, desapareció también un experto cortador de diamantes. Haciendo investigaciones se averiguó que ese hombre llegó hasta la frontera suiza. Y a mí me corresponde encontrarle.

—¿Ese cortador de diamantes es Blackmar? —indagó Pete.

—No. Pero Blackmar es un bien conocido ladrón de joyas, y yo

opino que pudo ser él quien ideara el robo. Le vi en Zurich y le he seguido hasta aquí, pensando que tal vez iría a reunirse con algún miembro de su banda. En vista de que no aparecía ningún sospechoso, me aproximé a Blackmar para interrogarle. Pero Biffi empezó a ladrar y, como ese truhán me conoce, echó a correr como un rayo.

—Es una lástima que nosotros le interceptásemos el paso —se lamentó la señora Hollister—. De lo contrario, tal vez habría podido alcanzarle.

—Sí. Sí. Ha sido culpa nuestra —aseguró la chiquitina Sue—. Tenemos que ayudar a encontrar al hombre malote.

—Creo que también Biffi está triste por lo que ha ocurrido —dijo Pam—. ¿Podemos dejarle que se suba a una silla, si le limpiamos las patas?

—Sí. Le gustará mucho —asintió Meyer.

—Yo le dejo mi sitio —se ofreció, en seguida, Ricky, levantándose—. Quiero salir a jugar. Mamá, ¿me dejas salir?

—Sí —accedió la señora Hollister—. Pero no te alejes; no vayas a extraviarte.

Holly rogó a la madre que la dejase ir con Ricky, en seguida corrió tras su hermano y los dos desaparecieron por la puerta.

Pam limpió las patas de Biffi con una servilleta de papel y entonces, cuando la niña se lo ordenó, el perrazo saltó a la silla que Ricky había dejado libre.

—¡Qué «percioso»! —declaró Sue, acercándose a acariciar al perrazo de lanas.

Entre tanto, Ricky y Holly corrían por la nieve. No había por allí más que un matrimonio de mediana edad que, a pesar de la nieve que caía, estaban haciendo fotografías junto a la posada.

—Juguemos a tirar bolas de nieve —propuso Holly.

—¿Nos las tiramos uno a otro?

—No —contestó Holly, señalando hacia arriba—. Si la tiramos a ese tejado lleno de nieve, las bolas bajarán rodando y se irán haciendo más grandes, más grandes…

—¡Canastos! ¡Qué lista eres! —se admiró el pecosillo de Ricky.



Y él y su hermana se agacharon y empezaron a hacer varias bolas de nieve. Estaban tan entretenidos con aquello, que no vieron cómo el señor suizo de mediana edad se quitaba el sombrero, para sostenerlo sobre el antebrazo colocado ante el pecho, y quedaba muy quieto para que le hicieran una fotografía.

Mientras esto ocurría, los niños fueron tirando, una tras otra, las bolas de nieve al tejado. En un principio, las blanquísimas pelotas de nieve no parecían moverse, pero luego empezaron a resbalar por el tejado, haciéndose más grandes, cuanto más se acercaban al alero, bajo el cual esperaba el hombre a que su mujer le hiciese la fotografía.

—¡Cuidado! —gritó Ricky.

Pero la advertencia del chiquillo llegó demasiado tarde. Tres

hermosas bolas de nieve aterrizaron en la calva cabeza del caballero y, desmoronándose, resbalaron en menudos trozos por la cara sonrosada del pobre hombre, que masculló furioso:

—¡Ug!

—¡Lo sentimos mucho! —se disculpó Holly, mientras ella y su hermano corrían hacia el señor, a quien su esposa estaba librando de la nieve que llenaba su cara.

—No lo hemos hecho con intención —aseguró Ricky.

—No os apuréis —dijo la señora, estallando en risillas—. Gracias a vosotros he conseguido hacer una fotografía muy cómica a papá.

Las palabras de la señora hicieron sonreír al hombre, a pesar de lo mucho que se había enfadado. Entonces, a Holly se le ocurrió decir:

—¿Quieren que les hagamos una fotografía a los dos juntos?

Los dos aceptaron, muy contentos, y Holly les hizo una fotografía.

—Te lo agradezco —dijo la señora, tomando la máquina fotográfica de manos de la niña—. Esperamos que os divirtáis mucho visitando nuestro país.

Los dos hermanos volvieron a entrar en la posada y se echaron a reír al ver a Biffi sentado a la mesa. Cuando el señor Meyer oyó lo que había ocurrido con las bolas de nieve de Ricky y Holly, se echó a reír alegremente, diciendo:

—Primero yo os obligué a daros un baño de nieve, y ahora habéis hecho vosotros lo mismo con unas personas suizas. —Miró su reloj y añadió—: Bueno, ahora tengo que irme.

Los Hollister les dieron las gracias por la invitación y todos se levantaron de la mesa. Pero, antes de que Biffi hubiera saltado de su silla, Pam se fijó en la chapa del collar, en donde se veían las letras HBLAE.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó.

—Es la matrícula de mi avión.

—¡Zambomba! —se asombró Pete—. Entonces, ¿es usted también aviador?

—Sí. Tengo una avioneta particular y la utilizo para mis trabajos detectivescos.

—Eso es estupendo —opinó el mayor de los hermanos.

—¿Y qué son esas iniciales? —quiso saber Sue, cuando salían del restaurante.

—Son como el nombre de mi avión. Quieren decir: Hotel Bravo Lima Alfa Eco.

Los Hollister quedaron asombradísimos y Meyer siguió explicando:

—Existe un alfabeto clave internacional y cada avión lleva su nombre con ese alfabeto. HB indica que el aparato es de Suiza y LAE lo identifica como una avioneta particular.

—¿No podría usted decirnos todo ese alfabeto clave? —preguntó Pete muy interesado, mientras caminaban por el sendero nevado.

—Desde luego. Pero ¿creéis que seréis capaces de recordarlo? —sonrió el señor Meyer, haciendo un alegre guiño a Sue, cuando la chiquitina puso su mano en la de él.

—¡Claro que lo recordaremos! —declaró Ricky, muy seguro.

—Muy bien. Pues es el siguiente: Alfa - Bravo - Charlie - Delta - Eco - Fostrot - Gold - Hotel - India - Julieta - Kilo - Lima - Mike - Noviembre - Oscar - Papá - Quebec - Romeo - Sierra - Tango - Uniforme - Víctor - Whisky - X (de los rayos X) - Yanki - Zulú.

—¡Canastos! ¡Es estupendo! —exclamó Ricky cuando Meyer concluyó de recitar el alfabeto de los aviadores.

—Por eso, si Biffi se perdiera, se le podría identificar por mi avión. Biffi también es aviador y se sienta conmigo en el asiento del piloto. ¿No es cierto, Biffi?

Al oír pronunciar su nombre, el animal empezó a correr, describiendo cerrados círculos y levantando con las patas rociadas de nieve.

—¡Cuánto me gusta este perrito! —declaró Holly, agachándose a abrazar al animal, cuyos bigotes estaban llenos de nieve medio derretida. Cuando Biffi dio unos lametones en la mejilla a Holly, ella exclamó—: ¡Huy qué cosquillas!

Y la niña echó a correr alegremente, delante de Biffi.

Por fin llegaron al trasbordador. Se abrieron las puertas correderas y todos entraron. Como en la vagoneta no había asientos, todos se situaron cerca de las ventanillas, esperando a que la vagoneta se pusiera en marcha. Abajo, los pinos cubiertos de nieve parecían arbolitos de juguete.

—Sólo estaremos una semana en Suiza, y me gustaría volver a verle, señor Meyer —dijo Pete.



—A usted, y también a Biffi —añadió Pam, acariciando la testuz del perro de aguas.

—Y a nosotros también —sonrió Meyer—, pero ante todo debo interesarme por el diamante desaparecido.

En aquel momento corrieron las puertas del transbordador, y cuando estuvieron cerradas se inició el descenso, sin más pasajeros que los Hollister, el investigador y Biffi.

—Sin embargo —continuó Meyer—, hay algo que puedo dejaros como recuerdo.

Explicó a los niños que su distracción favorita consistía en hacer

juguetes electrónicos.

—Quisiera daros algunas muestras. Las tengo en mi avión, que está en el aeropuerto.

Los niños le dieron las gracias con ojos chispeantes.

—Es usted muy amable —añadió la señora Hollister.

Pete se quedó mirando los gruesos cables por los que la vagoneta se deslizaba hacia el valle y se le ocurrió decir:

—Supongo que serán resistentes.

No bien el muchacho había pronunciado aquellas palabras, cuando el transbordador se paró bruscamente, una y otra vez. Los niños se sujetaron a toda prisa, abriendo unos ojos inmensos y asustados.

—¡Canastos! ¡Hemos encallado…! —gritó Ricky.

UNA LLAVE



Mientras el transbordador se balanceaba con el viento, los Hollister miraron hacia el valle.

—¿Cómo saldremos de aquí? —preguntó Holly, con voz temblona.

Meyer sonrió, replicando:

—No os preocupéis. Hay veces en que la vagoneta se encalla.

De pronto, la vagoneta dio una sacudida y reanudó suavemente su camino de descenso hacia el valle. Cuando llegó al lugar de salida, se detuvo y las puertas se abrieron. Al aproximarse a ellas, el pie izquierdo de Pam tropezó con algo duro y la niña miró hacia abajo. En el suelo había una gran llave negra que Pam recogió. La llave medía unos diecisiete centímetros, era de hierro y parecía muy vieja.

—¡Mirad lo que he encontrado! —anunció Pam, saliendo la última.

—¡Zambomba! Podría ser una pista —observó Pete, tomando la llave para examinarla atentamente.

—¿Crees acaso que se le habrá caído a Blackmar? —preguntó Ricky.

—Podría ser —repuso el hermano mayor.

—Yo creo que Blackmar bajó en el aéreo justamente antes que nosotros —dijo Meyer.

Pero la señora Hollister observó:

—Es de suponer que irían otras personas en el aéreo, cuando bajó ese hombre.

—Además, se le pudo caer a un pasajero al subir la montaña —dijo Pam.

—Iré a preguntar al empleado —se ofreció Meyer.

Y se acercó al hombre de uniforme, encargado de la conducción del aéreo. Después de hablar con él unos momentos, en alemán, Meyer volvió junto a los Hollister, para explicar:

—La última vez que bajó el elevador, iba ocupado por dos personas. Un hombre, cuya descripción corresponde a la de Blackmar, y una mujer baja, con sombrerito de piel. En el viaje de subida no fue nadie.

—A lo mejor esta llave pertenece a la señora —dijo Pam—. ¿Cómo podríamos encontrarla…?

—Por suerte, el empleado le oyó decir a un taxista que le llevase al hotel Waldmeer.

—¿A dónde se ha ido el hombre malote? —indagó Sue.

Meyer se encogió de hombros, replicando:

—El empleado dice que no lo sabe.

—Si no se le ha caído a la señora del gorro de piel, lo más seguro es que se le cayera a Blackmar —reflexionó Pete.

Pam concordó con su hermano.

—No puede hacer mucho que se ha perdido, porque, como es tan grande, alguien la habría visto.

El investigador miró su reloj y frunció el ceño mientras comentaba:

—Tendría que seguir esta pista, pero me es imprescindible trasladarme al aeropuerto inmediatamente. Debo hacer los preparativos para ir a Ginebra mañana por la mañana, a entrevistarme con la policía. También la policía se interesa por el diamante desaparecido.

—Nosotros podríamos ir a visitar a esa señora del gorrito, para ayudar al señor Meyer —propuso Pam.

Y la señora Hollister contestó, aprobadoramente:

—Me parece muy buena idea.

El investigador se mostró muy contento por tal ofrecimiento y se convino en que todos se reunirían, a la hora de cenar, en el hotel Berghof, donde se hospedaban los Hollister.

—¿Podemos quedarnos con Biffi hasta la noche? —rogó Holly.

—Sí —contestó Meyer—. Sé que le cuidaréis bien.

Todos los niños sonrieron alegremente y Holly dio un abrazo al perro.

—Vete con nuestros amigos, Biffi —dijo el señor Meyer en voz suave.

El animal echó a andar junto con los niños y la señora Hollister hacia el coche que tenían alquilado, mientras el investigador iba a su pequeño automóvil.

—¡Adiós y buena suerte! —deseó a los Hollister.

La señora Hollister condujo el coche al hotel en donde tenían alquiladas dos habitaciones para toda la familia. Cuando entraron en el vestíbulo, Pam dijo:

—Mamá, Pete y yo podríamos ir solos al hotel Waldmeer. Está sólo dos manzanas más allá.

Los hermanos más pequeños se entretuvieron jugando con Biffi y ni siquiera se dieron cuenta de que se habían marchado Pete y Pam. Éstos recorrieron rápidamente un trecho de aquella misma calle, luego dieron la vuelta a la esquina y al poco, se encontraron frente al hotel Waldmeer. Pam siguió a Pete, el cual cruzó la puerta y se aproximó al mostrador de recepción.

—¿Habla usted inglés? —preguntó al recepcionista.

—Sí. ¿En qué puedo ayudaros? —preguntó el hombre, sonriendo amablemente, y hablándoles en inglés.

—Estamos buscando a una señorita bajita que lleva un gorrito de piel —explicó Pam.

El recepcionista se quedó unos momentos pensativo y, por fin, su cara expresó que ya se acordaba.



—¡Ah, sí! Os referís a «madame» Laforet.

—Debe de ser francesa —dijo Pam.

—«Madame» Laforet habla francés, pero es suiza. ¿No sabéis que en este país se hablan cuatro idiomas?

—¿Cuatro? —repitió Pete, con asombro.

Los dos hermanos se enteraron, entonces, de que esos cuatro idiomas eran el alemán, el francés, el italiano y otra lengua muy poco conocida que se llama romanche.

—Gracias por explicarnos todo eso —dijo Pete al hombre del hotel—. ¿Está en su habitación «madame» Laforet?

—Creo que sí. Es la habitación 210. Podéis tomar allí el ascensor.

A los pocos minutos, los dos hermanos llamaban a la habitación 210, y salía a abrir una señora delgada, de cabello oscuro, que les saludó en francés.

—Perdone —dijo Pam—, pero mi hermano y yo sólo hablamos inglés. ¿Es usted «madame» Laforet?

—Sí —contestó la señora, con extrañeza—. Entrad, por favor.

Los niños entraron, dijeron a la señora quiénes eran y le explicaron que se habían encontrado la llave de hierro.

—La hemos encontrado en el transportador aéreo —explicó

Pam.

—Hemos pensado que, si era usted la señora del gorro de piel que fue en el aéreo, esta llave podría ser suya.

—Gracias —contestó la señora, mirando con curiosidad la llave negra—, pero no es mía.

—¿Se le cayó al hombre que iba, a la vez que usted, en el aéreo? —preguntó Pam.

—No lo sé —repuso «madame» Laforet—. Aunque podría ser. Ese hombre parecía tener mucha prisa por salir del transbordador.

—Entonces, se le caería a él —opinó Pam.

—Si deseáis encontrarle, ¿por qué no vais a un cerrajero? Yo creo que una persona que pierde una llave, tan poco corriente como ésta, acudirá a algún cerrajero, por si la persona que ha encontrado su llave ha ido allí a hacer averiguaciones sobre la misma.

—Es una buena idea —concordó Pete—. ¿Dónde hay un cerrajero por aquí?

La señora les hizo aproximarse a la ventana y señaló a los niños una tienda, situada en la acera de enfrente.

—Me fijé ayer en esa tienda. Es muy grande.

Pete y Pam dieron las gracias por todo a «madame» Laforet y salieron del hotel rápidamente. Cuando llegaron a la acera, vieron aproximarse, por la calzada, empedrada y estrecha, un tranvía. Pete, con la llave en la mano, se disponía a cruzar, cuando Pam se apresuró a cogerle por el brazo, exclamando:

—¡Cuidado!

Avanzando al tranvía, un taxi que iba a toda velocidad, se abalanzó hacia ellos. Pete tuvo el tiempo justo para apartarse de un salto, pero la llave que llevaba en la mano se le cayó, rebotó en el empedrado y desapareció por el enrejado de una alcantarilla.

—¡Zambomba! —murmuró el muchachito—. ¡Estos taxis de Zurich corren como locos!

—¡Y ahora se ha perdido la llave! —se lamentó Pam.

Apoyándose en las manos y rodillas, Pete atisbo por el enrejado de la alcantarilla. Ésta era poco profunda y a la escasa claridad que penetraba, el chico pudo distinguir, en el fondo, la negra llave.

—Creo que podremos sacarla —opinó.

Con toda precaución, él y Pam cruzaron la calle, hasta la tienda

en la que un letrero decía: «Anton’s Schlosserei». Y bajo estas palabras se veía dibujada una gran cerradura con su llave.



Los dos hermanos entraron y detrás de un mostrador encontraron a un hombre bajito, de cabellos rubios, y con un delantal de cuero atado a la cintura. Pete le explicó lo que les había sucedido y preguntó:

—¿No puede usted prestarnos un trocito de alambre?

—¿Os servirá esto?

—Yo creo que sí.

Pete dobló uno de los extremos del alambre, volvió con Pam al enrejado de la alcantarilla e introdujo el alambre, para intentar «pescar» la llave. El alambre pasó varias veces junto a la llave, sin engancharla, pero al fin Pete consiguió pasar el alambre por la parte circular de la llave y la sacó de la reja.

—¡Qué susto! Hemos estado a punto de perder esta pista, Pam

—dijo Pete, mientras volvían a la tienda del cerrajero.

Los dos hermanos explicaron al hombre quiénes eran y él les contestó que era el señor Anton. Y cuando Pam le hizo una pregunta, el señor Anton dijo que no. Nadie había ido a su tienda preguntando por ninguna llave.

—Esta llave es antigua —añadió, examinando la que le mostraban los niños—. Es de las que se usan en los chalets montañeses o en los arcones viejos.

—Muchas gracias —dijo Pete, guardándose otra vez la llave—. Si alguien preguntase por esta llave, dígale que estamos en el hotel Berghof.

En el camino de regreso, Pete y Pam entraron en una tienda de artículos caninos y compraron una lata de comida para perros y un gran plato.

Cuando llegaron al hotel, Ricky, Holly y Sue todavía estaban jugando con Biffi. El animal daba continuas cabriolas, apoyándose en las patas traseras, con gran contento por parte de los pequeños.

Cuando la señora Hollister supo qué gestiones habían hecho los dos mayores, asintió con aire de aprobación, y añadió:

—Ahora, lo mejor será que os arregléis para ir a cenar. Los demás ya estamos listos y preparados.

Mientras Pete y Pam se vestían, Holly se encargó de dar de comer a Biffi. Luego, dejándole durmiendo, todos bajaron al vestíbulo del hotel para reunirse con su nuevo amigo.

Ricky hizo un mohín de desagrado al darse cuenta de que Meyer no llevaba ningún paquete. Seguro que se había olvidado de recoger los juguetes prometidos…

—¿Qué tal si vamos a cenar a orillas del lago de Zurich? —propuso Meyer—. Conozco un lugar muy bonito.

—¿Podremos ver los barcos? —quiso saber Ricky.

—Ya lo creo. Hay un panorama magnífico. Vamos.

Al volante del coche de alquiler de los Hollister, Meyer condujo a lo largo de una carretera que bordeaba el gran lago.

Por el camino, Pete y Pam le contaron las averiguaciones que habían hecho sobre la llave.

—Buen trabajo —alabó el investigador, dándoles las gracias.

Después de un agradable paseo en coche, se detuvieron ante un

restaurante construido a orillas del lago. Allí Meyer pidió que les sirvieran en una mesa colocada ante los ventanales, desde donde se contemplaba el lago y la ciudad.

—¡Oooh! ¡Qué bonito! —se admiró Holly.

Pidieron un sabroso guiso de tallarines con ternera y cuando les llevaron el postre ya todo el hermoso lago estaba invadido por la oscuridad de la noche. Las barquitas, con luces de lindos colores, iban y venían de un lado a otro.

—Esto es precioso —murmuró Pam, apoyando soñadoramente la mano en la mejilla.

—Sí —concordó Meyer—, pero un lago suizo puede ser tan peligroso como un león. Las tormentas pueden surgir rápidamente y es temible para las embarcaciones. En cuanto se advierte mal tiempo, se hacen señales, con unas luces anaranjadas que se apagan y encienden intermitentemente, para advertir a los barqueros que deben regresar sin pérdida de tiempo a la orilla. —Entonces, el amable señor suizo sonrió añadiendo—: Ahora tengo una sorpresa para vosotros.

Meyer hizo una seña al camarero, que desapareció, para volver en seguida con dos paquetes. El investigador entregó el más pequeño a Pete y Ricky y el otro a las niñas.

—Debisteis de pensar que me había olvidado de lo prometido, ¿no? —rió alegremente—. Lo dejé aquí, al pasar, antes de ir a vuestro hotel.

Los dos chicos se apresuraron a rasgar el papel de su paquete y lo abrieron antes que las niñas.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, con los ojitos relucientes—. ¡Si es un «walkie-talkie»!

—Sí. En miniatura —concordó su hermano—. Nunca había visto una cosa tan estupenda.

Los dos aparatitos del pequeño juguete eran tan diminutos que podían sostenerse en la palma de la mano. Se trataba de dos emisores-receptores de radio.

—Y funcionan bien. Los he inventado yo —explicó Meyer.

—¡Zambomba! Va a sernos muy útil para nuestros trabajos de detective —dijo Pete, entusiasmado.

—Pero ¿qué es eso? —exclamó Holly, que ya, con la ayuda de

Pam, había abierto el otro paquete.

Pam acababa de sacar un aparatito que parecía una pequeña máquina sumadora.

—¿Toca una música? —indagó, muy extrañada, Sue.

El señor suizo se echó a reír.

—No. Es un aparato nuevo… Una máquina electrónica para traducir.

—¿Cómo funciona? —preguntó Pam.

—Es muy sencillo. Se marca la palabra en inglés sobre el teclado, como si se escribiera a máquina, se espera unos segundos y entonces aparece la palabra en alemán.

Pam e dispuso a probar el nuevo juguete y oprimió las teclas de la «Y», «e», «s». Se oyó un zumbido y en la máquina traductora apareció la palabra «ja».

—¡Oh! «Ja» quiere decir «sí» o «yes» —se asombró Pam—. ¡Esto es maravilloso, señor Meyer!

—Desde luego nos será muy útil en nuestro viaje por Suiza —intervino la señora Hollister—. Muchísimas gracias.

—Si la máquina funciona todo lo bien que espero, la haré fabricar en cantidad para la venta —dijo Meyer—. De modo que me harán un favor si la prueban y me dicen qué tal va.

—Gracias, gracias, señor Meyer —dijo Pam.

Y las tres niñas dieron un fuerte abrazo a su nuevo y simpático amigo.

—Bueno. Ahora tengo que irme —anunció el investigador, al cabo de un rato—. ¿Cuánto tiempo estarán el Zurich?

—Dos días más —repuso la señora Hollister—. Luego, queremos ir a las montañas.

—En tal caso, quisiera pedirles un favor.

—Nos gustará mucho ayudarle —aseguró Pam.

—¿Podrán cuidar a Biffi hasta que yo vuelva de Ginebra?

La señora Hollister contestó, sonriente:

—Lo haremos con mucho gusto.

Y Holly gritó muy alegre:

—Gracias por dejárnoslo, señor Meyer.

—Si dentro de dos días no hubiera yo vuelto, ¿tendrá usted, señora, la amabilidad de dejar a Biffi en casa de mi amigo Konrad

Strebel? —preguntó Meyer, con voz triste—. Mi amigo vive en Grindelwald, en los Alpes.

—¿Es que cree usted que no va a volver, señor Meyer? —preguntó Holly con preocupación.

—Mi trabajo es muy peligroso, hijita. Nunca se sabe…

El investigador les acompañó a todos hasta el hotel y les dijo adiós. Pam, cariñosa como siempre, murmuró:

—Estoy segura de que volverá usted, señor Meyer.

—«Auf wiedersehen», entonces —contestó Meyer al marcharse.

Cuando los niños se metieron en la cama, Biffi saltó a la de Sue y Holly, y se enroscó a los pies de las dos niñas, sin moverse en toda la noche. En cambio, Pam estuvo mucho rato despierta, pensando en lo que le había dicho Meyer.

A primera hora de la mañana telefoneó el empleado de recepción a la habitación de Pete y Ricky.

—¿Diga? —preguntó Pete, con voz adormilada.

—Aquí hay una persona que desea verle. Dice que es muy importante.

Pete despertó a su hermano pequeño y los dos se vistieron a toda prisa, se limpiaron los dientes y, después de chapuzarse la cara en agua fría, bajaron al vestíbulo. Allí les estaba esperando el cerrajero.

—«Guten morgen» —dijo, saludándoles, y en seguida añadió—: Os doy cincuenta dólares por esa llave vieja.

UN PERRO TRAVIESO



Pete y Ricky quedaron pasmados al oír que se les ofrecía tanto dinero por aquella llave.

—Cincuenta dólares —repitió el cerrajero—. Ésa es la moneda que se usa en América.

—¿Y por qué vale tanto esa llave? —preguntó el mayor de los dos hermanos.

—El propietario de la llave fue a mi tienda a preguntar por la llave. Y ofrece ese dinero como recompensa a quien ha encontrado la llave.

—¿Puede usted decirnos cómo es ese hombre? —pidió Ricky.

Anton, el cerrajero, se quedó un momento pensativo y luego explicó:

—Es de estatura media, con ojos negros y cejas espesas. Llevaba un abrigo de entretiempo oscuro.

—¿Y una gorra de plato? —preguntó Pete.

—Exactamente.

—¡Me lo suponía! —exclamó Pete—. ¿Puede usted esperar unos minutos, señor Anton?

—Desde luego. Es muy importante.

Pete dijo a su hermano que subiese a la habitación de su madre

para contar a los demás lo que ocurría. Mientras tanto, él fue al teléfono para llamar a Meyer a su hotel. Pero, por desgracia, sólo pudo averiguar que el investigador ya había salido hacia el aeropuerto. Pete, a toda prisa, buscó en el listín el número telefónico del aeropuerto, donde sólo pudieron informarle de que el avión de su amigo suizo acababa de despegar.

Cuando Pete colgó el auricular, su madre y los otros ya habían bajado al vestíbulo. Ricky llevó a la señora Hollister hasta donde estaba el cerrajero y después que les presentó, ella dijo:

—Muchas gracias por haberse portado tan amablemente con mis hijos ayer. ¿Puede usted explicarnos algo más sobre ese hombre que perdió la llave?



—Sólo sé que demostraba mucha prisa —repuso Anton—. Por eso he venido tan temprano a verles a ustedes.

—Pero nosotros no vamos a aceptar una recompensa por haber encontrado la llave —opinó Pam—. Si la encontramos fue porque tuvimos buena suerte y nada más.

La señora Hollister rodeó los hombros de Pam cariñosamente, afirmando:

—Tienes razón, hija.

—Bien. Pues ahora perdemos una buena pista —suspiró Pete, metiendo la mano en el bolsillo para buscar la llave.

Pero Pam se mostró muy alegre al decir:

—De todos modos, podemos conservarla.

Su hermano hizo un encogimiento de hombros, diciendo muy desanimado:

—¿Te refieres a la llave? ¿Cómo vamos a conservarla, si hay que devolverla?

—Es que el señor Anton podrá hacernos un duplicado.

Al oír lo que Pam decía, Pete sonrió, lleno de contento.

—¡Claro, claro! ¿Cómo no se me habría ocurrido antes? ¿Podrá usted hacerlo, señor Anton?

El cerrajero movió negativamente la cabeza.

—No. No puedo hacer eso. Sería algo muy poco honroso hacer para vosotros un duplicado de la llave de otra persona.

Muy desilusionada, Pam repuso:

—Es verdad. Tiene usted razón.

—Pero si no es para nosotros —protestó Pete—. Es para el señor Meyer. Él la necesita para solucionar el caso en el que está trabajando ahora.

—¿Te refieres a Meyer, el investigador? —preguntó Anton—. Yo le he hecho trabajos en varias ocasiones.

—Nosotros cuidamos al perrín del señor Meyer —anunció Holly.

Y Sue explicó muy seria:

—Biffi es un dormilón. Todavía está en la cama. Anton sonrió bonachonamente.

—¿De modo que conocéis a Meyer y a Biffi? —preguntó—. En ese caso, os haré la llave sin ningún inconveniente. Pero es preciso hacer un molde y eso cuesta unos cuantos dólares.

—No importa —aseguró Pam—. ¿Puede usted hacerla en seguida?

El cerrajero explicó que tendría que darse mucha prisa porque el dueño de la llave había dicho que volvería a averiguar algo a las diez de la mañana.

—Puedo hacer el molde antes de que ese hombre vaya y echaré el metal caliente por la tarde. Podéis pasar a buscar la llave mañana.

—¿Y dice usted que ese hombre irá a las diez a la tienda de usted? —preguntó Pete, mirando a Pam de reojo.

—Sí. De modo que he de marchame ahora mismo.

Y el cerrajero tomó la negra llave que Pete le entregó.

—Iremos a buscar el duplicado mañana por la mañana —dijo la señora Hollister.

En cuanto el cerrajero se hubo marchado, Ricky propuso.

—Tenemos que ir a la cerrajería para detener a Blackmar en cuanto vaya a recoger la llave.

—No puede ser, porque no tenemos pruebas de que haya hecho nada malo —le recordó Pete—. Pero lo que podemos hacer es seguirle para enterarnos del hotel en que vive.

—¡Qué «tupendo» es todo lo que vais a hacer! —se admiró la pequeña Sue, mientras iban al comedor a desayunar.

—Me gustaría saber qué se abre con esa llave —dijo Holly, mientras untaba de mantequilla un panecillo.

—Debe de ser algo muy importante, porque, si no, Blackmar no habría ofrecido tanto dinero por ella —replicó Pam.

Cuando acabaron el desayuno, Pete propuso:

—¿Por qué no vamos a la calle de la «Schlosserei»? Si nos quedamos por allí, cerca de la tienda, será más fácil que veamos a Blackmar.

Cuando estuvieron a poca distancia de la cerrajería, Pete se situó en la acera de enfrente, y Pam, Holly y Ricky se ocultaron en tres portales muy próximos a la tienda. La señora Hollister, llevando a Sue de la mano, daba paseos de arriba abajo, por delante de la cerrajería.

Sonaron las diez de la mañana, pero Blackmar no apareció por ninguna parte. Al cabo de un cuarto de hora, Pete cruzó la calle y entró en la cerrajería.

—Buenos días, señor Anton. Ya veo que no ha venido el hombre de la llave.

—¡Ya lo creo que ha venido! —respondió el cerrajero—. Pero no a la hora en que dijo. En lugar de venir a las diez, se presentó aquí a las nueve.

Pete hizo chasquear los dedos, mientras exclamaba:

—¡Zambomba! Ya le hemos perdido.

El chico salió de la tienda muy desanimado y explicó a su familia lo ocurrido.

—Ese Blackmar toma todas las precauciones —reflexionó Pam—. Ya podíamos habernos pasado aquí el día, esperando.

—Ya le atrapará el señor Meyer —opinó Sue, confiada. Y luego, empezó a dar saltitos alrededor de su madre para pedir—: Mami, mamita, déjanos llevar a Biffi a dar un paseo.

Ricky y Holly dijeron en seguida que a ellos también les gustaría salir con el perrazo.

—Muy bien —asintió la señora Hollister, echando a andar hacia el hotel—. Podéis salir todos a dar una vuelta, mientras yo escribo unas cartas. Pero no hagáis ninguna travesura.

Los chicos se quedaron esperando en el vestíbulo, mientras las niñas subían con su madre. A toda prisa dieron de comer a Biffi y bajaron con él a la calle. El perro estaba tan contento de salir a pasear que daba fuertes tirones de la correa, y Pam tuvo que sujetarle con todas sus fuerzas.

El «Hauptbahnhof», o estación central del ferrocarril, estaba cerca del hotel y Ricky sugirió:

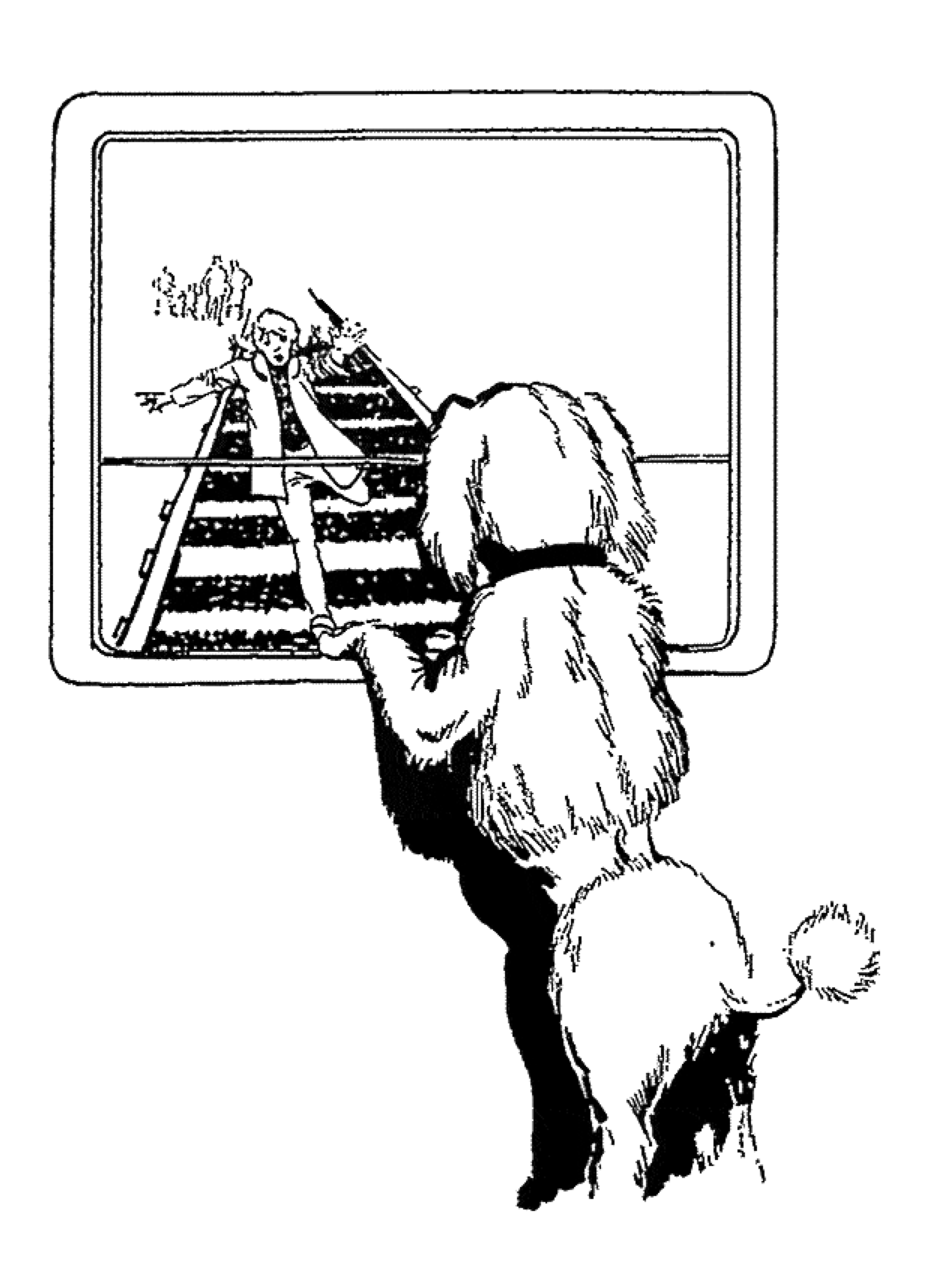
—Vamos a ver llegar los trenes.

Cuando todos se encaminaron hacia allí, Biffi iba delante, correteando alegremente y sacudiendo la cabeza.

—Hay que tener cuidado y sujetar fuerte al perro —dijo Pete.

—Será mejor que lo sujetemos entre los dos —opinó Holly.

Pam dio la correa a Holly y Ricky, los cuales la agarraron fuertemente. Un sonriente guardia de la circulación detuvo el tráfico para dar tiempo a que los cinco simpáticos hermanos y el perro cruzasen la calzada y penetrasen en el grisáceo edificio de la estación, que era de aspecto antiguo y estaba llena de gente.



—¡Mirad! ¡Ya veo un tren! —gritó Ricky—. ¡Ven, Holly!

—«Nein», no, no —contestó Pete, esforzándose ante una alta verja de hierro, que tenía varias puertas para pasar a los andenes—. ¡Qué trenes tan extraños hay aquí! —comentó cuando los demás se acercaron.

Holly estalló en risillas.

—Fíjate, se puede entrar por en medio y por las «puntas» de los vagones.

Todos contemplaron con interés los vagones, divididos en pequeños compartimientos, con ventanas que se abrían de arriba a abajo.

—Sujeta bien la correa, Holly, que yo voy a verlo mejor.

Pero, en el mismo momento en que Ricky dejaba la correa, Biffi echó a correr hacia Sue, tan inesperadamente que Holly no tuvo fuerzas para sujetarla.

—¡Ven! ¡Vuelve en seguida! —chilló Ricky echando a correr tras el animal.

Pero a Biffi le gustaba estar suelto y no hizo caso del pequeño, sino que continuó corriendo y cruzó una de las puertas de la verja, seguido por los cinco Hollister, que iban como locos, temiendo perderlo.

—¡Quieto, Biffi! —advirtió Pam, asustada, al ver que el perro corría hacia el tren.

De pronto, el animal saltó a uno de los vagones. Antes de que Pete hubiera podido subir a la plataforma, un empleado cerró las puertas y el tren empezó a alejarse, lentamente, de la estación.

Pam estaba angustiadísima.

—¡Biffi, Biffi, sal! —suplicó a gritos, corriendo junto al tren en marcha.

Mientras, el empleado del tren miraba a la niña con extrañeza y acabó encogiéndose de hombros. Era indudable que no había visto entrar al perro.

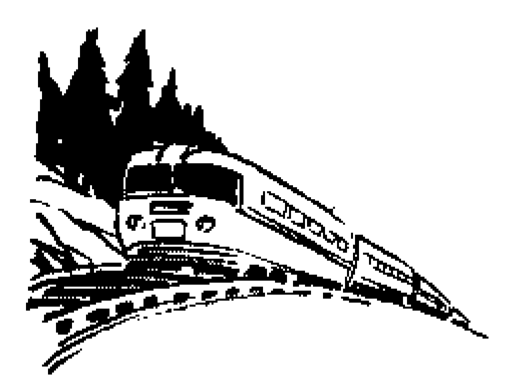
Cuando el tren iba tomando más velocidad Biffi apareció, de repente, en una de las ventanillas de un compartimiento.

—¡Está ahí! —gritó Holly, echando a correr por las vías—. ¡Biffi, Biffi, guapísimo, vuelve!

—¡Oiga, ese perro es nuestro! —dijo Pete a gritos a un hombre

del compartimiento—. ¡Ayúdenos usted, por favor!

UN AMIGO PERDIDO



Dándose cuenta del apuro que estaban pasando los niños, el pasajero de aquel compartimiento bajó el cristal de la ventanilla. Pero, antes de que hubiera podido coger a Biffi para hacerlo pasar hacia fuera, el perrazo saltó del tren en marcha. Pete, que se encontraba delante, colocó los brazos hacia el frente, muy separados, para tomar a Biffi. Éste fue a parar al pecho del chico y los dos cayeron al suelo y rodaron por el andén.

Holly y Ricky agarraron al perro por el collar, mientras Pam ayudaba a Pete a levantarse.

Varias personas que pasaban por los andenes se acercaron al muchachito, sacudiéndole el polvo de la camisa y los pantalones, y le preguntaron amablemente si se había hecho daño.

—«Nein», no, no —contestó Pete, esforzándose por sonreír.

Pero el mayor de los HoIlister aún cojeaba cuando él y sus hermanos se marcharon a toda prisa de la estación.

—Bueno —dijo Sue alegremente—. Menos mal que el pobrecito Biffi ya ha dado un paseo.

Pete, con el ceño fruncido, repuso:

—Yo diría que el «pobrecito» ha hecho ejercicio para toda la semana.

Cuando llegaron al hotel, entre todos, contaron a su madre lo que les había ocurrido.

—¡Dios mío! ¡Vaya aventuras! —exclamó la señora Hollister—. La próxima vez tened mucho cuidado con Biffi.

Y la señora acarició cariñosamente la rizosa pelambre del perro que, muy contento, se enroscó en el suelo y se dispuso a dormir una siestecita. Entretanto, los Hollister se instalaron en el coche para ir a dar una vuelta por la ciudad.

Unos negros nubarrones ocultaban el sol de la tarde cuando regresaron al hotel. La señora Hollister aparcó el coche cerca de la entrada del hotel y cuando salieron del vehículo el viento sacudió los cabellos negros y ondulados de Pam. Momentos después caía un aguacero. Los Hollister entraron corriendo en el hotel, pero llegaron empapados.

La tormenta duró un rato más y luego cesó, tan rápidamente como había empezado. Cuando todos se hubieron puesto ropas secas y entraron en el comedor para cenar, volvía a brillar el sol del atardecer, a través de ligeras nubecillas.

Comieron con apetito un sabroso pastel de queso, caliente, y servido con apio y serpentinas de zanahoria.

—¡Mummm! ¡Está delicioso! —dijo Pam al camarero.

El hombre asintió, complacido, y se quedó observando cómo todos los hermanos se comían hasta las últimas migas del pastel. Mientras les servía el rico helado de tantos colores que parecía el arco iris, el camarero comentó:

—Vaya tormenta hemos tenido…

—Sí. Ya lo sabemos. Nos ha pillado en la calle —repuso Pete.

Ricky adujo:

—Pero casi a la puerta del hotel.

—Más vale eso que estar en el aire —aseguró el camarero, sacudiendo la cabeza tétricamente—. Durante la tormenta se ha perdido un avión. ¡Una desgracia…!

—¿No sería un avión pequeño? —preguntó Pam, conteniendo la respiración.

—«Jawohl». Eso mismo. Lo pilotaba un hombre de aquí. El señor Meyer. No lo conocerían ustedes, ¿verdad?

A Pete se le cayó de la mano la cucharilla, que resonó al chocar

sobre el plato.

—¿El señor Meyer? ¡No puede ser! ¿Está usted seguro?

—«Ja». Eso es lo que he oído.

Sin esperar a oír más explicaciones del camarero, Pete se levantó de la mesa y corrió al teléfono para llamar al aeropuerto y averiguar si era exacto lo que acababa de decir el camarero. La cara mohína del muchachito cuando volvió a la mesa demostraba cuál era la respuesta que le habían dado. La avioneta de su nuevo amigo, que hacía vuelo de Ginebra a Zurich, había desaparecido durante el temporal.

—En la Jungfrau estaba nevando y el avión perdió el contacto por radio —añadió Pete.

Los ojitos de Holly brillaron, llenos de lágrimas, mientras la niña murmuraba:

—¡Pobrecito «Lima, Alfa, Eco»!

—Tal vez el señor Meyer esté a salvo, a pesar de todo —dijo la madre, queriendo mostrarse optimista.

Y con su vocecilla cantarina, Sue afirmó:

—Sí, sí. Yo quiero que haya «terrizado» en un montón de nieve blandita y blanca.



Pete telefoneó varias veces al aeropuerto, pero se hizo completamente de noche sin que se supiera nada del piloto desaparecido.

Cuando, al acostarse, los niños rezaron sus oraciones de costumbre, dijeron una más por el amo de Biffi.

A la mañana, siguiente, en cuanto abrió los ojos, Pam alargó la mano al teléfono, pero las noticias que le dieron en el aeropuerto no eran nada buenas. Meyer seguía sin aparecer, a pesar de que habían salido varias expediciones aéreas de rescate.

A la hora del desayuno, todos los niños estuvieron muy serios y tristes. Al cabo de un rato, Ricky recordó:

—Tendremos que llevar a Biffi con el señor de Grindelwald.

—Sí. Konrad Strebel —añadió Pete—. Este hombre debe de ser muy buen amigo del señor Meyer.

—¿Y la llave? —preguntó Holly.

—Tendremos que ir a ver si ya está hecha —murmuró Pete, sin ningún entusiasmo.

Él y su hermana mayor pidieron permiso y se marcharon a la tienda del cerrajero. Anton les había hecho el duplicado de la llave; pero, no obstante, objetó:

—Como me he enterado de que el señor Meyer ha desaparecido, supongo que ya no os hará falta.

—Sí. Nos hará falta —repuso Pam—, porque estoy segura de que el señor Meyer acabará apareciendo.

—Eso espero —concordó el hombre, entregando la llave a Pete.

El chico pagó a Anton y luego le pidió un pedazo de bramante fuerte. Metió la llave por el bramante y colocó éste alrededor del cuello de Pam, como si fuese un collar.

—Ten mucho cuidado, Pam —advirtió—. Tú eres la encargada de guardar la llave, hasta que aparezca el señor Meyer.

Aquella tarde, los Hollister devolvieron el coche de alquiler y tomaron un taxi para ir a la Hauptbahnhof. Pam cuidó de llevar a Biffi bien sujeto hasta que estuvieron instalados en el compartimiento del tren.

Hicieron un delicioso viaje, a orillas del lago de Zurich hasta las aguas azules de Lucerna. Luego, el tren ascendió lentamente entre pasos montañosos. Subieron, subieron, hasta detenerse en un

pueblecito. En el andén, los Hollister vieron a un grupo de niños que hablaban alegremente. Todos ellos llevaban abultadas mochilas a la espalda.

—¿Cuánto rato nos detendremos aquí? —preguntó Pete al empleado del tren.



—Diez minutos.

—Estupendo. Entonces, podemos bajar a estirar las piernas.

La señora Hollister se quedó en el tren con Sue, mientras Pete, Pam, Ricky y Holly salían a unirse a los otros niños del andén.

Utilizando la máquina de traducir, Pam habló con aquellos niños suizos que rodearon a los hermanos americanos, contemplando con asombro la maravillosa maquinita.

—Nosotros vamos muchas veces de excursión con el maestro —explicó una niña de la edad de Pam.

—Pero hoy no es día de colegio. Es sábado.

—Eso no tiene que ver —contestó la niña suiza.

—No, no.

Y Pam explicó que los Hollister habían recibido permiso en el colegio para hacer aquel viaje a Europa.

—Vamos. Ya es hora de subir —dijo Pete, tomando a Ricky de la mano.

Los dos muchachitos subieron al tren, pero las niñas siguieron hablando con sus nuevas amiguitas.

—¡De prisa! —gritó Pete.

Pero Pam no le oía. Y seguía haciendo funcionar la maquinita traductora cuando el tren se puso en marcha.

Rodeadas por los dos niños suizos, que reían alegremente, Pam y Holly no vieron ni oyeron el tren eléctrico que iba alejándose poco a poco. Ya sólo quedaba dentro del andén el último vagón del tren, cuando los escolares suizos prorrumpieron en gritos de advertencia.

Pam y Holly dieron media vuelta y echaron a correr tras el vagón. ¡Pero todo fue inútil! El tren había ido aumentando la marcha y quedaba ya muy lejos cuando las dos hermanas llegaron, jadeando, al extremo de la estación.

—¡Oh, Dios mío! ¡Nos hemos quedado aquí solas! —murmuró Pam, apuradísima.

—¿Qué vamos a hacer? —balbuceó Holly, con la carita llena de lágrimas.

Al oír el alboroto, un hombre alto, rubio y simpático, se abrió paso entre el corro de colegiales para acercarse a Pam. Dijo a las dos hermanas americanas que era el padre de una de las niñas que salían de excursión y cuando Pam le explicó que habían perdido el

tren, él la tranquilizó, diciendo:

—No os preocupéis. Yo tengo mi motocicleta aquí cerca y creo que podremos alcanzar al tren en la estación próxima. ¡Venid de prisa!

Los niños suizos sacudieron alegremente las manos en señal de despedida, mientras las dos niñas americanas montaban en la moto, tras el conductor. Éste puso la motocicleta en marcha y con gran estrépito cruzaron la población hasta tomar un camino alto que llevaba la misma dirección que las vías del ferrocarril. Por aquel camino avanzaron de prisa, de prisa…

Holly se sujetaba al conductor con las dos manos y Pam se ceñía a la cintura de su hermana con la mano izquierda. En la mano derecha sujetaba el juguete traductor. Entre el soplo del viento y el petardeo de la motocicleta era imposible entender lo que las niñas decían de vez en cuando. Muy nerviosas, siguieron avanzando.

De pronto, a lo lejos, Pam distinguió el vagón trasero del tren. La motocicleta iba avanzando y no tardó en llegar a la altura del convoy.

Cuando pasaron por delante, Pam y Holly vieron que su madre, Pete, Ricky y Sue estaban asomados a la ventanilla y hacían señas con las manos.

«Seguro que están rezando para que seamos nosotras las que vamos en la moto», pensó Holly, muy emocionada.

En aquel momento, el tren aumentó de velocidad y al poco desapareció de la vista, por una curva de las vías. ¿Podrían alcanzarlo antes de que hubiera salido de la próxima estación?

UNA CABRA AGRESIVA



Siguiendo la serpenteante carretera, llena de continuas subidas y bajadas, la motocicleta llegó a un pueblecito en el que no había más que unas cuantas casitas, una iglesia y la estación. El tren llegaba cuando la moto se detuvo junto al convoy.

Pam y Holly dieron muy amablemente las gracias al señor rubio, el cual, cuando las dos niñas hubieron subido a la plataforma, les gritó como despedida:

—«Auf wiedersehen».

Mientras la señora Hollister abrazaba a sus hijas, Ricky, con las manos en los bolsillos y su traviesa carita sonriente, comentó:

—¡Vaya! Esta vez habéis sido las chicas quienes os habéis divertido más.

—Sí, nos hemos divertido —admitió Holly—. ¡Pero hemos pasado un susto, también…!

El tren iba avanzando lentamente por una enorme montaña.

—¡Grindelwald! —anunció el revisor.

Y a los pocos momentos el tren volvía a detenerse en una estación pequeña y bien iluminada.

—¡Qué bonito es! —exclamó Pam, mirando a todas partes.

La pequeña población se encontraba en la ladera de una

montaña, entre las elevadas cumbres cubiertas de nieve y un gran prado verde. Por todas partes por donde miraba, Pam podía ver las grandes montañas que se elevaban hacia el cielo azul, parecidas a gigantes con blancos sombreros.

—¡Zambomba! ¡Qué valle! —se admiró Pete.

Verdaderamente aquel valle era maravilloso. Parecía una bonita alfombra verde llena de casitas que, vistas de lejos, eran como de juguete. Cada casa tenía su corral y cerca pastaban grupos de vacas suizas de color castaño.

Los Hollister dejaron en la consigna sus equipajes y salieron de la estación. Biffi ya se había acostumbrado a ir con la familia y no era preciso llevarle con correa.

Grindelwald era una antigua y encantadora población, formada por una larga calle empedrada que se extendía al pie de la montaña, retorcida como un anzuelo. Después de pasar ante varios hoteles grandes y algunas tiendecitas, los Hollister llegaron a un edificio en donde se leía: «Oficina de Información y Turismo». Pete entró allí a preguntar a la empleada de la ventanilla en dónde vivía el señor Konrad Strebel.

—Sí. El señor Strebel tiene una pensión —contestó la empleada —. Es un hotelito…

Luego explicó a Pete que para ir allí tenían que pasar por un sendero que subía a la montaña.

—Es la casa que queda más arriba y tiene el tejado rojo — concluyó.

Los Hollister aspiraron profundas bocanadas de aire puro y empezaron a subir por el caminillo. De vez en cuando pasaban ante alguna casita, muy linda, con jardines llenos de flores.

Después de subir un largo tramo de escaleras hasta la puerta de la pensión, salió a recibirles una mujer de cabello oscuro, vestida con un traje negro y un delantal blanco.

Biffi empezó a dar alegres saltos y a ladrar al ver a la mujer.

—Hola, Biffi, hola —dijo ella con voz triste, mientras se agachaba para acariciar al perro. Luego saludó a los Hollister—. Soy la señora Strebel. Les esperaba. Estamos tan preocupados por el pobre Johann Meyer…

—Entonces, ¿sabía usted que le íbamos a traer a Biffi? —se

asombró Pam.

—«Ja». Entren, hagan el favor.

La casa tenía un gran pasillo central con una escalera que subía al otro piso. A la izquierda había un comedor y en frente una salita a donde les hizo pasar la señora Strebel.

—Siéntese.

La señora Hollister presentó a toda la familia y luego Sue preguntó:

—¿Tiene usted nenes, señora Strebel?

La señora suiza sonrió y repuso a la chiquitina:

—Sí, tenemos cinco hijos. Pero cuatro son ya mayores. En casa sólo nos queda una niña de cinco años. —La mujer volvió la cabeza y llamó—: ¡Ruthli!

En seguida se oyeron pisadas en la escalera y en la puerta de la sala apareció una niña pequeñita.

Ruthli Strebel tenía una carita sonriente y despabilada, con ojos azules y cabello negro que llevaba recogido en unas trenzas, las cuales le rodeaban la cabeza igual que una corona. En el primer momento miró a los Hollister con extrañeza. Luego sonrió, dejando a la vista sus blancos dientecitos y unos hoyuelos diminutos que se formaban a cada lado de su boca.

Pam se acercó a su madre para decir en voz baja:

—¿Verdad que es muy bonita esta niña?

—Ruthli —dijo la madre—, éstos son los hermanos Hollister de los que nos habló tío Johann.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿El señor Meyer es su tío?

—No —contestó la señora Strebel—. Pero es un buen amigo y nuestros hijos le llaman tío.

—¿No entiende Ruthli nada de inglés? —preguntó Pam.

—Sí. Lo habla un poco.

Y la madre de la niña, suiza explicó que su marido, el señor Konrad, era instructor de esquí en invierno, y guía turístico en verano. Había muchos americanos que se hospedaban en su pensión y por eso Ruthli había aprendido a hablar algo de inglés.

—Desde luego, debo advertirles que mi marido está fuera y no volverá hasta mañana.

Ruthli se aproximó a Holly y con una risita dijo, hablando muy

despacio:

—¿Quieres jugar conmigo?

—Sí. Claro que sí.

—Aquí tenemos cabras. Venid, os las enseñaré.

Seguidos por Biffi, todos los niños atravesaron la casa para salir por la puerta trasera. A alguna distancia de la casa, en el prado, pastaban tres cabras blancas.

—Cómo me gustan los animales —declaró Pam, acercándose a acariciar la áspera pelambrera de las cabras.

—¿Puedo montar en una? —se interesó Ricky.

Ruthli dijo que no con la cabeza y aseguró que las cabras no se estarían quietas el tiempo necesario ni siquiera para que uno de los niños saltase a su lomo.

—¡Qué montaña tan enorme! —se asombró Pete, que señalaba a una alta cumbre—. ¿Tiene algún nombre, Ruthli?

—Se llama Wetterhorn —contestó la pequeña—. Y allí está Eiger. Papá ha escalado esa montaña.



Mientras los demás contemplaban el hermoso panorama, Ricky

había saltado al lomo de una de las cabras y se sujetaba fuertemente a los cuernos. Pero cuando Biffi, muy contento con lo que veía, empezó a ladrar, la cabra se enfureció y echó a correr enloquecida, haciendo que Ricky diese grandes botes sobre el animal.

—¡Ricky, no hagas eso! —reprendió Pam.

Pero, antes de que la niña hubiese acabado de hablar, el travieso pelirrojo había ido a parar al suelo.

—He montado un buen rato en la cabra —declaró Ricky, muy ufano.

Pete, al ver que la cabra avanzaba en semicírculo, con la testuz inclinada, advirtió:

—¡Eh, cuidado!

Pero la advertencia no valió de mucho, porque la cabra dio a Ricky una embestida y le hizo rodar otra vez por el suelo.

—¡Huy, huy! —gritó el chiquillo, levantándose a toda prisa, para ir a esconderse en la casa.

—Ya ves lo que has conseguido —dijo Holly, entre risillas, yendo tras su hermano a la casa.

Allí, la señora Strebel estaba enseñando a la mamá de los Hollister las habitaciones que destinaban a ella y sus cinco hijos.

—Telefonearé a la estación para que les traigan el equipaje —dijo la mujer—. ¿Cuánto tiempo piensan quedarse con nosotros?

—Hasta que encontremos al señor Meyer —dijo, inmediatamente Ricky.

La mujer volvió la cabeza y se secó los ojos con la punta del delantal. Pam se acercó a consolarla.

—No se preocupe. Yo estoy segura de que el señor Meyer volverá.

Después de cenar, pasearon un rato por la población, y luego los niños fueron a acostarse a sus bonitas habitaciones y se durmieron en seguida, en los blandos colchones de plumas.

A la mañana siguiente les despertó el repicar de campanas de la iglesia. Cuando fueron al comedor para desayunar, se encontraron con que Konrad Strebel había regresado. El señor Strebel era un hombre alto, de espalda muy recta, con ondulados cabellos rubios y una expresión abstraída en sus ojos azules. Sus manos eran muy

grandes y fuertes.

—¿Hay noticias del señor Meyer? —preguntó Pete, en cuanto les presentaron.

—Sólo se sabe que su avión desapareció por los alrededores de la Jungfrau. Yo escalé ayer las montañas y estuve hablando con los encargados de la búsqueda.

—Yo tengo una llave para entregársela al señor Meyer —dijo Pam, mientras se sentaban todos a tomar el desayuno—. A lo mejor la llave es útil para el caso que quería resolver el investigador.

La niña se quitó la llave que llevaba colgada al cuello y se la enseñó al escalador alpino. Éste, mientras le daba vueltas en su mano, comentó:

—Parece una de las llaves que tienen los chalets berneses antiguos.

—¿Qué quiere decir berneses? —se interesó Holly.

Ruthli sonrió y la madre de la pequeña explicó a los Hollister que berneses era derivado de Berna y que Berna era uno de los veintidós cantones suizos.

—Un cantón viene a ser lo que un estado en vuestro país —aclaró la mujer.

Con voz profunda, Strebel dijo:

—Ruthli, ¿quieres decir a los Hollister los nombres de los cantones?

La niña suiza abrió los ojos de par en par, respiró profundamente y empezó a decir:

—Zurich, Berna, Lucerna, Uri, Schwyz, Unterwalden…

Ruthli, que inclinaba la cabeza ceremoniosamente, cada vez que pronunciaba un nombre, hizo una pausa para tomar aliento, y continuó:

—Zug, Solothurn, Schaffausen, Saint-Gall, Aargau, Ginebra, Neuchâtel, Waillis, Vaud, Ticino, Glarus, Fribourg, Basel Appenzell, Graubunden y Thurgau.

—¡Muy bien! —aplaudió Pam—. ¿Y cómo te acuerdas de esos nombres tan difíciles?

La señora Strebel sonrió, diciendo:

—Algunos nombres americanos también son difíciles. ¿Qué me decís de Mississippi?

Todos se echaron a reír. Luego, cuando acabaron el abundante desayuno, la señora de la casa anunció:

—Tengo un vestido muy especial para que lleve hoy Sue a la iglesia. A Ruthli se le ha quedado pequeño.

Las demás niñas fueron a arreglarse y cuando salieron vieron llegar a Sue de la habitación de la señora Strebel, llevando un precioso vestido típico suizo. Era una larga falda, color frambuesa, una blusa blanca con mangas abollonadas, y un corpiño negro con cintas plateadas. A la cabeza levaba un gorrito negro, y la cara redonda y mofletuda de Sue quedaba rodeada por un amplio volante de encaje negro, planchado con apresto.

—Con este traje, pareces una suiza de verdad —dijo la señora Strebel, cuando todos salieron hacia la iglesia.

Al terminar la ceremonia en la iglesia, los niños estuvieron paseando por la calle principal de Grindewald. Los turistas volvían la cabeza para contemplar a la chiquitina Sue que andaba muy erguida y orgullosa con su traje. Como iban hablando alegremente, los Hollister no se fijaron en un hombre que se encontraba ante un escaparate, a poca distancia. El hombre miró a la pequeñita y, en seguida, volvió la cabeza y se alejó a buen paso. Biffi se separó de los Hollister y echó a correr tras el hombre, lanzando fuertes ladridos.



Pero el hombre se metió por un callejón y desapareció.

—¡Biffi! ¡Biffi, vuelve! —gritaba Pam, mientras ella y Pete perseguían al animal.

—¡Zambomba! —exclamó Pete cuando, al fin, pudo agarrar al perro por el collar—. ¿Quién sería ese hombre?

—Puede que fuese Blackmar —opinó Pam—. Es una lástima que no le viéramos la cara el otro día.

Pero Pete dijo:

—¿Qué iba a hacer ese hombre en Grindelwald?

Por la tarde, mientras comían en la pensión, los Hollister hablaron mucho de lo ocurrido.

—Biffi se pone nervioso fácilmente —dijo Strebel—. A lo mejor no vio nada. Y hablando de otra cosa, ¿qué os parecería ir a esquiar esta tarde?

—¡Canastos! ¡Nos parece estupendo!

—Hay una extensión nevada a medio camino de la cumbre de

aquella montaña. Tengo esquíes para todos.

Desde que aprendieron a esquiar, durante unas vacaciones en Canadá, los Hollister estaban deseando volver a deslizarse sobre la nieve. Siguiendo al montañista, los niños subieron por una ladera nevada, en la zona norte de una pequeña loma.

—Parece raro que podamos hacer esto en verano —dijo Pete, sonriendo, mientras se ajustaba los esquíes.

Mientras su hermano hablaba, Holly se fijó en un hombre que les miraba desde lo alto de una loma cercana.

Unos momentos después, Pete se deslizaba por la ladera nevada. Holly iba tras él, seguida por los demás niños. Sue, con unos esquíes muy pequeños, hizo el mismo trayecto que sus hermanos, sin caerse más que una vez.

Cuando volvían a subir por la ladera, Holly volvió a fijarse en el hombre de arriba.

—Me gustaría saber si nos está vigilando —dijo a Pete.

—¿Quién? —preguntó el chico—. ¿Dónde?

—Allí arriba —contestó Holly, levantando la cabeza.

Pero, cuando alargó la mano para señalar, el hombre se escondió tras una roca.

UN CHALET ABANDONADO



Pete se puso una mano sobre la frente para hacerse sombra y mirar a lo alto de la loma, pero el hombre no reapareció.

—Estaba tan arriba que no he podido verle bien la cara —se lamentó Holly.

Los niños se acercaron al señor Strebel y le dijeron lo que habían visto. Pero el guía se encogió de hombros, sin mostrar interés, y dijo que seguramente era un turista.

—Nuestras montañas están llenas de turistas —dijo, haciendo un amplio ademán.

De todos modos, Pete siguió muy intranquilo y estuvo pensando sobre lo ocurrido, mientras regresaban a la pensión.

Aquella noche, el alpinista puso la emisión informativa de la radio. Por ello se enteraron de que se proseguía la búsqueda de Meyer sin ningún resultado positivo. Todos se sintieron muy entristecidos.

—Vamos, vamos —dijo la señora Strebel—. A tío Johann no le gustaría vernos tan mohínos. ¿Quiere alguien ayudarme a hacer unos dulces?

Los más pequeños fueron inmediatamente, en tropel, a la cocina.

—Nosotros podíamos dar un paseo —propuso Pete a Pam.

Procurando olvidarse de su preocupación, los dos hermanos anduvieron un rato por la calle principal. Se aproximaban a un gran hotel cuando oyeron música alegre.

—Parece que hay una reunión muy divertida —dijo Pam—. Por lo menos otras personas son felices…

Al llegar a la puerta, Pete se acercó a mirar. En aquel mismo momento salían varios muchachos que tropezaron con Pete, el cual estuvo a punto de caer al suelo. Hablando apresuradamente, en francés, uno de los jóvenes le pidió perdón.

—Nada, nada —sonrió Pete—. Si ha sido culpa mía, por ser demasiado curioso.

—¡Ah! ¡Americanos! Y qué señorita tan guapa —exclamó otro que era bajo, musculoso y de chispeantes ojos azules—. Me llamo Georges Dumont.

Y después de presentarse, explicó a los Hollister que unos cuantos socios del club excursionista suizo, de jóvenes que hablaban francés, estaban celebrando una fiesta.

—Venid con nosotros —invitó Dumont, haciendo una cortés reverencia a Pam.

Los dos hermanos titubearon un momento, pero los sonrientes suizos les tomaron del brazo y les hicieron entrar. Cruzaron el vestíbulo para entrar en un comedor inmenso, lleno de alegres muchachos y jovencitas. En un tablado tocaba la orquesta, y la pista de baile estaba abarrotada.

—Yo soy el jefe de esta fiesta —explicó Dumont, después que Pete y Pam le hubieron dicho de dónde eran y cómo se llamaban.



El joven Dumont tomó a Pam de la mano e hizo acercarse a los dos Hollister al micrófono, por donde él empezó a hablar en inglés, diciendo:

—Acercaos todos. Tengo una sorpresa para vosotros. Nuestro club de excursionistas necesita una mascota y yo he encontrado una. Me refiero a Pam Hollister, de los Estados Unidos.

Pam se puso roja como una amapola cuando todos prorrumpieron en exclamaciones de entusiasmo y aplaudieron calurosamente.

—Y éste es Peter, el hermano de Pam —añadió Dumont.

—Pero…, si yo no vivo aquí —protestó amablemente Pam.

—No importa. Eres nuestra mascota por un día.



Los Hollister participaron en la divertida fiesta durante casi una hora, y luego, pidiendo disculpas, se marcharon.

—Qué personas tan atentas —dijo la señora Hollister, cuando sus dos hijos mayores le contaron dónde habían estado.

—Ya conozco ese club excursionista —dijo la señora Strebel—. Los socios vienen aquí una vez al año para escalar montañas.

Pam se durmió pensando en los alegres excursionistas suizos. Creía seguir todavía soñando cuando la despertó el sonido de voces que cantaban. Al salir de la cama, Pam miró el reloj ¡No eran más que las cinco de la mañana!

La niña corrió a la ventana y miró a fuera. Abajo, delante de la pensión, había un grupo de chicos y chicas del club excursionista que entonaban aquella bonita canción, para dedicarle a Pam una serenata.

Dumont dejó la mochila en el suelo y saludó con alegres sacudidas de la mano a Pam, diciendo:

—Sal hoy de excursión con nosotros.

—¡Esperad! —repuso Pam—. Voy a ver.

La niña fue inmediatamente a la habitación de su madre y encontró a la señora Hollister despierta.

—Me parece muy agradable que te hayan dedicado esta serenata —dijo la madre—. Y desde luego, puedes ir con ellos, siempre que Pete te acompañe.

En aquel momento, llamaron a la puerta y entró Pete. Pam le habló en seguida de la invitación de los excursionistas.

—¡Zambomba! ¡Será muy divertido! —se entusiasmó Pete.

Pete y Pam corrieron a vestirse y un momento después bajaban al porche. Allí había algo que les sorprendió mucho. Los excursionistas habían extendido un mantelito en el suelo y colocado encima un estupendo desayuno, compuesto de leche caliente, pan, mantequilla y queso.

—¡Dios mío! —murmuró Pam, emocionadísima—. Me hace el efecto de que soy una princesa.

Ya entonces, todos los de la casa se habían despertado y hablaban y gastaban bromas, mientras Pam y Pete saboreaban su desayuno. Dumont dijo al señor Strebel a dónde iban y a qué hora pensaban estar de regreso. El escalador, dando a los Hollister una

palmada en la espalda, comentó:

—Magnífico. Será una gran experiencia sobre alpinismo.

Ricky, Holly y Sue, con los ojitos aún hinchados por el sueño, mascullaron que ellos también deseaban ir de excursión, pero los demás les hicieron comprender que no eran aún bastante crecidos para ir tan lejos como iban a ir los mayores.

—No os pongáis tristes —les dijo la señora Strebel—. Más tarde podréis hacer una cosa muy especial con Ruthli.

Todos se despidieron y los socios del club excursionista empezaron a ascender por la montaña, bajo la suave claridad del amanecer. Iban a paso uniforme y reposado y ninguno habló durante un largo rato.

Cruzaron un gran bosque y subieron por un denso pinar. No se oía más ruido que el rumor de un arroyuelo que corría entre los prados.

Al cabo de una hora ya había salido el sol y Dumont hizo detenerse a los excursionistas. Una de las muchachitas se aproximó a Pete y a Pam y les dijo:

—Levantad la cabeza.

Y, sin más, empezó a embadurnarles las mejillas y la nariz con una crema. Luego les explicó:

—Es para evitar las quemaduras del sol. El sol será muy fuerte cuanto más ascendamos.

Dos horas más tarde llegaban a un pequeño chalet. Delante de la casa había un hombre que sujetaba ante los labios el cuerno más grande que habían visto nunca los Hollister. El hombre saludó alegremente a los excursionistas con la mano y con una sonora nota que salió de su enorme instrumento. La nota musical hizo eco por todas las cumbres de las montañas. Unos momentos después, a lo lejos se oía otra musiquilla en respuesta a la del hombre.

—¿Os gustan nuestros cuernos alpinos? —preguntó Dumont a los sonrientes americanos.

—¡Zambomba, qué largos! —exclamó Pete, muy asombrado—. ¿Cómo se hacen?

Pete se enteró por sus simpáticos compañeros suizos de que aquellas trompas se hacían con troncos enteros de unos árboles que crecían en los bosques.

—El señor Gruen y su amigo se saludaban de un extremo a otro del valle —dijo el jefe de los excursionistas, mientras iban subiendo por la ladera de la montaña.

A pesar de que no llevaban mochilas, como los demás, Pete y Pam empezaron a notar el cansancio de la caminata cuesta arriba. El airecillo muy puro les hacía respirar más aceleradamente y los dos hermanos se sintieron contentos cuando el grupo se detuvo al ver a un pastor. Éste se alejó, corriendo, del lugar en que pastaba su rebaño, y empezó a mover los brazos y a gritar a los excursionistas que le esperasen.

—Es Erik, el hijo del señor Gruen —explicó Dumont que luego fue traduciendo lo que el pastorcillo decía en alemán—: Erik ha perdido a Hilda, su vaca predilecta, y quiere saber si nosotros la hemos visto.

El jefe de los excursionistas hizo saber a los Hollister que Hilda se extraviaba con frecuencia y solía encontrársela en donde había varias personas.

—¿Erik no habla inglés? —preguntó Pam.

—«Ja». Lo he estudiado en la escuela —contestó el pastor, que era un muchacho robusto y de encamadas mejillas, que debía de tener unos dieciséis años—. ¿No habéis visto a Hilda?

—No —contestó Pam, sonriendo—, pero te ayudaremos a buscarla.

—Buena idea —opinó Dumont—. Aunque antes hay que comer algo.

Y el muchacho se quitó la mochila de los hombros y preparó bocadillos y leche para Erik y los Hollister.

—Nosotros tenemos que ir más arriba —dijo—. De modo que si os quedáis a ayudar a Erik, podremos reunimos aquí, con vosotros, al regreso.

Acordaron hacerlo así y los excursionistas, que habían repuesto fuerzas en aquel rato, reanudaron la caminata.

—Vamos —propuso Erik, iniciando la búsqueda de la vaca.

Pam contempló la manada de hermosas vacas oscuras, que se alimentaban en un prado cercano. Las grandes esquilas que llevaban al cuello repiqueteaban continuamente.

—¿Y no se extraviarán las otras vacas, si las dejas solas? —

preguntó Pam.

—No. Venid conmigo que, a veces, Hilda se marcha por este barranco.

Y el chico señaló una hondonada que formaba un estrecho cañón de varios pies de largo, y estaba lleno de grandes pinos.

—Mira. Ahí veo unas huellas —anunció Pete.

—«Jawohl, gut» —repuso Erik—. Son huellas de las enormes pezuñas de Hilda.

Los tres se abrieron camino a través de los árboles y llegaron al fondo de la hondonada por donde corría un arroyo. Después de pasar a la otra orilla, los chicos empezaron a subir, siguiendo las huellas de la vaca.

—Es aficionada a escalar, ¿eh? —comentó Pam—. ¿Ya se te había ido tan lejos antes?

—Sí. Pero casi siempre se marcha a alguna parte en donde hay personas.

—¡Mirad aquellas ruinas! —exclamó Pete al poco, señalando a lo alto de la ladera—. ¿Era un chalet?

—«Ja». Pero quedó medio destruido hace dos años, por causa de un alud.

Sujetándose continuamente a los pequeños arbustos, para hacer más fácil el ascenso, los chicos llegaron, al fin, ante la destrozada casa. Grandes pedruscos habían hundido el tejado, el porche había quedado torcido, semejante a un barco que estuviese naufragando, y la puerta estaba tan obstruida por la tierra y las piedras que apenas cabía por ella un niño.

Estaban los tres contemplando las ruinas, cuando oyeron unos mugidos que llegaban del interior de la casa.

—¡Muuuu! ¡Muuuuu!

—No puede ser. ¿Cómo ha podido entrar ahí Hilda? —se extrañó Erik.

Pete se dirigió a la otra pared del destruido edificio y se echó a reír.

—¡Venid! Hilda se ha quedado aquí encajada.

Sólo podía verse la parte posterior del animal que había metido la cabeza por una ventana y los cuernos le quedaron encajados de manera que ya no pudo volver a salir.

—¡Qué vaca tan curiosa! —rió Pam.

Cuidando de que la bamboleante cola de la vaca no les diera una sacudida, los tres tiraron del animal, hasta conseguir libertarle.

—Ahora, vuelve con tu familia —ordenó Erik, muy serio.

Hilda se quedó mirando lastimeramente a los tres con sus ojos oscuros y tiernos. Pam aseguró:

—Mirad, está arrepentida de lo que ha hecho.

La ocurrencia de Pam hizo reír a Erik. Entonces Pete dijo:

—Esperad. ¿Por qué no inspeccionamos un poco este lugar tan misterioso y tan antiguo?

El chico se echó al suelo y, andando a cuatro pies, cruzó la destrozada puerta y entró en una habitación. De la chimenea se habían desprendido la mitad de los ladrillos y los muebles, que debieron de haber sido muy bonitos y cómodos, estaban ahora llenos de espeso polvo.

Junto a la chimenea, Pete vio una puerta; tenía los goznes sueltos y se podía ver parte de la habitación del otro lado, donde había una cómoda, arrimada a la pared. Todo allí olía a moho y a polvo.

—Pete, yo también entro —anunció Pam.

El chico volvió a la habitación de fuera y vio a su hermana arrastrándose por el pequeño hueco de la puerta. En aquel momento, la mano de la niña tocó algo blando, caído en el suelo.

—Mira, Pete. He encontrado un mitón.

Él se acercó a Pam, mientras ésta levantaba el guante de lana, que sólo tenía dedo para el pulgar, y estaba sucio del polvo del suelo.

—¡Cómo pesa!

—Debe de tener algo dentro —opinó Pete—. Parece una bolsa.



Pam metió la mano y sacó un precioso collar.

—¡Qué bonito! —dijo la niña, que casi no podía respirar de la sorpresa.

Sujetos alrededor de una larga cadena de oro había varios escudos esmaltados. Eran los escudos de armas de veintidós cantones suizos. Y en el centro del que correspondía al cantón de Berna había un reloj pequeñísimo.

—Se le caería a alguien al salir huyendo del alud —reflexionó Pete.

Pam dio la vuelta al mitón y en la parte del puño vio bordado, en blanco, el nombre D. Berg. Pam volvió a meter el collar en el guante y salieron a la luz del sol.

—¡Zambomba! ¿Qué es eso? —exclamó Pete.

Al lado de la puerta, por la parte de dentro, había un disco metálico que Pete recogió. Tenía unos siete centímetros y medio de diámetro y un agujero en el centro.

—Me quedaré con ello como recuerdo —dijo el chico, metiéndoselo en el bolsillo.

Pete y Pam corrieron a reunirse con Erik, que ya había empezado a descender la ladera con Hilda.

En aquel momento, desde el extremo más apartado de la montaña se oyó sonar dos veces un cuerno alpino. El sonido hizo ecos en la pared rocosa de la montaña.

Pete y Pam quedaron quietos, esperando oír la respuesta.

Pero sólo el silencio siguió a la llamada del cuerno alpino…

UN CÍRCULO METÁLICO



—Tenemos que preguntar al señor Gruen por qué no ha contestado a su amigo al sonido del cuerno —dijo Pam, mientras elegía con toda precaución el camino de bajada.

Detrás de Pam y Pete iba Erik, que obligaba a Hilda a avanzar, dándole golpecitos con una vara. La esquila de la vaca tintineaba sin cesar.

Cuando llegaron a una zona desde donde se veía ya la manada de Erik, Hilda echó a correr para reunirse con sus compañeras.

Pete y Pam, en compañía de Erik, se sentaron en el suelo a esperar el regreso de los excursionistas, y entre tanto hablaron, sobre todo de la desaparición del investigador y de lo que podía haber ocurrido.

—Algunos aviones han estado perdidos en la montaña mucho tiempo y al final se les ha encontrado.

»Si "herr" Meyer no se ha herido, puede pasar algún tiempo en la nieve, dentro de su avión, sin que le suceda nada.

—¿Y no se morirá de hambre? —objetó Pam.

Pero Erik explicó que las avionetas que volaban por Suiza solían llevar bastantes alimentos de repuesto, por si ocurría un accidente.

En aquel instante, se oyó a lo lejos el zumbido de un motor. Los niños levantaron la vista y contemplaron un avión que pasaba sobre las montañas, describiendo círculos lentamente.

—Siguen buscando —dijo Pete—. Puede que hoy…

El muchachito se interrumpió al oír los gritos y risas que llegaban desde lo alto de la montaña. Poco después aparecían los alegres excursionistas, de regreso ya a Grindelwald.

—Pete y Pam me han ayudado a encontrar a Hilda —dijo el pastorcillo a Dumont.

—Y hemos encontrado algo más —hizo saber Pam.

La niña mostró el mitón y el extraño collar, y Pete sacó el aro metálico. El jefe de los excursionistas no prestó ningún interés por el aro, pero, en cambio, dijo que le parecía haber visto un collar como aquél en alguna parte, aunque no estaba seguro de cuándo, ni dónde.

—Puede que fuese en algún museo. —Y después de contemplar atentamente los medallones de cada cantón, Dumont añadió—: Es muy bonito.

—Supongo que ese D. Berg no resultaría herido durante el alud —dijo Pam, siempre bondadosa.

Dumont se echó a reír contestando:

—Si habéis encontrado a Hilda, puede que también encontréis a D. Berg.

Todos se despidieron de Erik y se encaminaron al chalet de Gruen. La bajada se hizo mucho más rápidamente que la subida y no tardaron en llegar a la casita alpina.



—¿Queréis esperar un momento, mientras hago una pregunta al señor Gruen? —pidió Pete.

Llamó a la puerta de la casita y, cuando el hombre salió a abrir, Pete dijo:

—Hemos oído otra vez el cuerno de usted.

—¿El mío? —preguntó el hombre, sorprendido.

—Sí. Cuando estábamos en la parte alta de la montaña. Pero nos extrañó que no le contestara su amigo.

—No he vuelto a tocar el cuerno desde que pasasteis por aquí.

—Entonces lo habrá tocado otra persona —dijo Pete, despidiéndose poco después del señor Gruen.

Cuando llegaron a la pensión, los excursionistas se despidieron de Pete y Pam, y luego siguieron alegremente su camino hasta llegar a la ciudad.

—¡Qué buen color tenéis ahora! —dijo la señora Strebel, en

cuanto los dos Hollister mayores entraron en la casa.

Los demás estaban en la sala, menos Ruthli, que aún no había salido del colegio.

—¿Habéis tenido una aventura? —quiso saber, en seguida, el pecosillo de Ricky.

—¡Ya lo creo! —contesté Pete.

—Mirad lo que hemos encontrado.

Pam colocó sobre la mesa el collar y Pete puso al lado el aro de metal. Todos se congregaron para admirar el tesoro.

—¿No conoce usted a nadie que se llame D. Berg? —preguntó Pam a la madre de Ruthli.

—No, pero vi la casita antes de que quedase destrozada por el corrimiento de tierras.

La señora Strebel explicó que el chalet de montaña había sido construido para un diplomático que luego tuvo que marcharse al extranjero. Hacía dos años alquiló la casa a unos amigos que pudieron salir, cuando se produjo el desprendimiento de tierras, sin que les ocurriese nada.

—¿Han vuelto alguna vez, desde entonces? —preguntó Pam.

—No —contestó la señora suiza—. La casa está vacía desde que ocurrió la desgracia.

—¿Y sabe usted de dónde era esa familia? —siguió preguntando Pam.

—Lo siento, hijita, pero no sé nada de ellos.

—¿Y qué es ese aro? —quiso saber Holly.

—Todavía no lo he averiguado. ¿Te gusta? —preguntó Pete.

—Mucho —declaró Holly, sacudiendo sus trencitas con cada cabeceo que daba para indicar que sí—. Me servirá para dibujar redondeles.

Ricky, Holly y Sue escucharon muy interesados lo que Pete les explicó sobre el cuerno alpino.

—¡Canastos! Yo también quiero soplar por una cosa de ésas —declaró Ricky.

—Podríamos subir mañana todos al chalet del señor Gruen —sugirió la señora Strebel—. A lo mejor os deja tocar el cuerno.

Cuando el marido llegó a casa a comer parecía cansado y preocupado.

—He estado pasando por las montañas en el avión que busca a Meyer —dijo, moviendo apesadumbrado la cabeza—. Confiábamos en conseguir noticias de Johann por radio, pero no hemos captado sonido alguno.

—¡Zambomba! ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes, Ricky? —dijo Pete—. Podíamos haber comunicado con Hotel Bravo Lima Alpha Eco con la emisora portátil que nos dio el señor Meyer.

—Dudo que sea bastante potente para captar señales desde tanta distancia —objetó el guía alpino—, pero podéis probar.

En cuanto acabó de comer, Strebel volvió a marcharse para proseguir la búsqueda.

—Ahora viene la sorpresa que os prometí esta mañana —dijo la señora Strebel—. ¿Qué os parece si vais a visitar un colegio?

—¡Qué bien! —chilló alegremente Holly.

Y Sue empezó a palmotear.

Pete y Ricky dijeron que preferían intentar localizar por radio al señor Meyer. Y tras tomar su «walkie-talkie», subieron a la montañita de detrás de la pensión. Los aparatitos funcionaron perfectamente y los dos muchachos hablaron a través de ellos, entre sí.

Luego, el más pequeño cogió el micrófono y empezó a decir:

—Aquí Ricky Hollister llamando a Hotel Bravo Lima Alfa Eco. ¿Me oye?

Pete hizo lo mismo que su hermano y los dos siguieron repitiendo el mensaje una y otra vez.

Entre tanto, la señora Strebel dio a Pam la dirección del colegio en donde estudiaba Ruthli.

—Podéis visitar la clase de la nena y, luego, volvéis con ella a casa.

Tomadas de la mano, las tres niñas bajaron por la ladera de la montaña hasta el centro de Grindelwald y encontraron fácilmente el colegio. Era un edificio de un solo piso, de cemento blanco, situado en una extensión verde y rodeado de jardines.

Pam hizo subir a Holly y Sue las escaleras. Atravesaron la puerta y llamaron en la primera sala que encontraron, a la izquierda de un pasillo muy largo. Una maestra, de la edad de la señora Hollister, salió a recibirles y Pam le dijo:

—Somos amigos de Ruthli Strebel y quisiéramos visitar su clase.

—¡Ah! —sonrió la maestra—. ¿Sois los americanos de quienes me ha hablado? Entrad, entrad.

Pam se fijó en que la soleada y alegre clase de los párvulos estaba limpísima. Los niños se sentaban en unas mesitas colocadas en círculo, y se ocupaban en moldear objetos diminutos cogiendo pedazos de unas bolas de arcilla. Ruthli levantó la vista tímidamente, luego encogió los hombros y sonrió. En seguida, sus dedos regordetes volvieron a trabajar sobre la arcilla.

—Están haciendo frutas y verduras para nuestro pequeño almacén —explicó la maestra.

Y llevando a las hermanas Hollister hasta su tarima, la maestra les enseñó lo que hicieron los niños el día antes. En una bandeja había muchos objetos diminutos, pintados de alegres colores: zanahorias, patatas, coliflores, calabacines e incluso panes, no más grandes que los dedos de Sue.

—¡Qué lindísimos! —se entusiasmó la rubita Sue—. ¿Yo también puedo hacerlo?

—Claro que sí —contestó la maestra.

Y una nenita mofletuda, de trencitas muy rubias, colocó una silla entre la suya y la de Ruthli.

Mientras Holly y Pam observaban, sonriendo, Sue cogió un poquito de arcilla y empezó a redondearla con todo esmero. Luego, aplastó ligeramente la parte de encima e hizo varias rayitas de arriba abajo.

—¿Qué es esto? —preguntó la maestra suiza.

—Pintada de amarillo, va a ser una calabaza de América —dijo Sue, sacudiendo muy orgullosa la cabecita.

—Magnífico —repuso la maestra—. Porque no teníamos ninguna calabaza en nuestro almacén.

Cuando todos acabaron de modelar sus trabajos, un pequeñín se acercó a Sue, diciendo:

—«Punkt, Punkt, Komma, Strich.

»Fertig ist das Angesicht».

—¿Qué está diciendo? —preguntó Pam, sin entender nada.



—Es un juego para dibujar —contestó la maestra, que dio al niño papel y lápiz—. Ahora escuchad, que os traduzco lo que ha dicho:

«Punto, punto, coma, raya.

»Tienes la cara hecha, antes de decir Vaya».

Las hermanas Hollister miraron con atención cómo el pequeñito hacía dos puntos que semejaban los ojos, una coma por nariz, una raya por boca, y lo rodeaba todo con una circunferencia.

—Si es una cara de luna —opinó Holly—, yo puedo hacer una con mi aro de metal.

Y a toda prisa sacó la pieza metálica de su bolsillo, la apoyó en un trozo de papel y trazó tres círculos, uno tras otro. Rápidamente dibujó los ojos, la nariz y la boca de cada uno.

—Somos nosotras —declaró Sue, entre alegres risas—. Eso. Somos Pam, Holly y yo.

Mientras toda la clase reía alegremente, Pam preguntó a la maestra si sabía para qué podía servir aquel disco metálico.

—Supongo que para dibujar caras de luna —contestó la profesora haciendo un guiño.

Después que Sue se entretuvo un rato haciendo caras redondas, la maestra abrió la puerta de un armario y sacó una carretilla de madera. Explicó que estaba hecha por los alumnos de las clases superiores. Invitó a Sue a que se sentara y los parvulitos suizos hicieron tumo para pasear a la chiquitina alrededor de las mesas.

Sue cerró los ojos y empezó a cabecear. Cuando le habían dado diez vueltas alrededor de la clase, la pequeña dormía profundamente. Y siguió durmiendo en la carretilla, mientras los párvulos limpiaban y ordenaban sus pupitres.

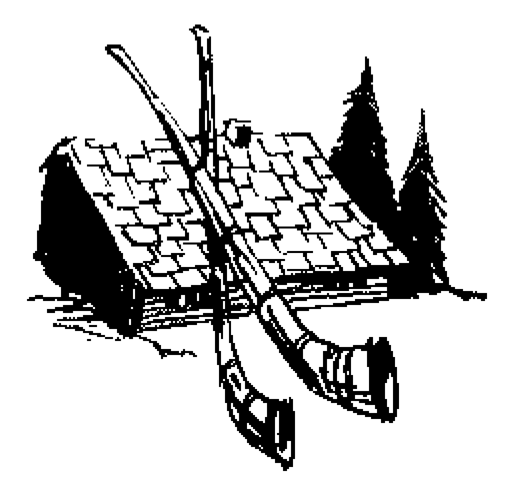
Después, los pequeños se despidieron y la maestra arrastró la carretilla hacia la salida. La brisa fresca despertó a Sue.

La maestra levantó a Sue de la carretilla y le dio un abrazo. Entonces, Ruthli la tomó de la mano y marcharon para casa.

Cuando llegaban a la pensión, las niñas vieron que Pete y Ricky bajaban de la montaña con los «walkie-talkies».

—¡Le hemos oído! —gritó Ricky sin aliento—. ¡Le hemos oído con nuestras radios!

UNA VACA QUE DA BESOS



Cuando llegaron junto a las niñas, Pete y Ricky estaban tan nerviosos que casi no podían hablar.

—Estamos seguros de que hemos localizado la radio de Meyer —tartamudeó Pete, encarnado de entusiasmo.

Ambos muchachitos dijeron que habían captado las letras Lima Alfa, y una última letra, no muy clara.

—Pero debía de ser Eco —exclamó Ricky—. Ahora sabemos que el avión del señor Meyer está por aquí.

Al enterarse de aquello, la señora Strebel se puso muy nerviosa.

—En cuanto venga mi marido se lo diremos. Puede que el avión que está buscando a Meyer haya captado también la señal.

Mientras esperaban al alpinista, los dos hermanos Hollister siguieron conectando su radio, pero esta vez no obtuvieron respuesta. Al cabo de un rato vieron, aparecer a Strebel por el camino de la casa y todos corrieron a su encuentro. Pete y Ricky fueron los primeros en llegar junto a él.

—Hola, chicos —sonrió Strebel—. ¿Qué buenas noticias habéis captado? ¿Habéis oído mi llamada?

Pete abrió la boca, lleno de desencanto al oír aquello, y Ricky pareció abrumado.

—¿Era… el avión de ustedes? —preguntó Pete—. Nosotros que habíamos pensado…

—¿Que era el avión de Johann Meyer?

Pete asintió con cara sombría.

—¡Oh! ¡Y nosotros suponíamos haber hallado una buena pista!

Mientras subían las escaleras del porche, el guía suizo les dijo que el avión en que habían volado aquel día utilizaba las iniciales Lima Alfa Yanqui.

—De todos modos, seguid utilizando la radio —animó a los chicos—. A lo mejor acabáis dando con Meyer.

A la hora de la cena se decidió que los Hollister se quedarían unos días más.

—¡No quiero irme hasta que encontremos al señor Meyer! —declaró Ricky, testarudo, y toda su familia estuvo de acuerdo con él.

—Nosotros seguiremos utilizando los «walkie-talkie» —dijo Pete.

—Y así también podremos visitar a esos señores que soplan en los cuernos —añadió Holly.

La señora Hollister prometió acompañar a sus hijos en la próxima excursión, y al día siguiente, a media mañana, los cinco niños, la madre y Biffi se pusieron en camino en la misma dirección que habían tomado los excursionistas suizos. Cada uno llevaba su mochila con una buena comida preparada por la madre de Ruthli.

Según iban ascendiendo lentamente por la montaña, los Hollister se detenían de trecho en trecho, para contemplar el maravilloso panorama que iban dejando atrás. Aunque brillaba el sol, había muchas nubes algodonosas que cubrían las cimas de las montañas.

A medio camino del chalet del señor Gruen oyeron el estridente sonido de un cuerno alpino que produjo fuertes ecos por todo el valle.

—¡Canastos! —chilló Ricky con alegría—. No puedo esperar más. Tengo que tocar en seguida ese cuerno.

Los excursionistas podían ya ver la casa de Gruen cuando Sue se sentó en el suelo, diciendo con un pucherito:



—Estoy cansada, mami.

—Yo te llevaré en brazos, hijita —contestó la madre.

Entre Pete y Pam levantaron a la pequeñita, colocándola sobre la mochila de su madre y Sue fue así muy cómodamente el resto del trayecto. El señor Gruen salió a la puerta a saludarles.

—Hemos venido a visitarle —explicó Sue a grititos, desde lo alto de la mochila.

—Muchas gracias —contestó el hombre, sonriendo—. Permitan que les invite a un vaso de leche fresca.

Mientras el hombre entraba en su casa, la señora Hollister dejó a Sue en el suelo. Biffi se sentó, jadeando. Al cabo de un momento salió el señor Gruen con una bandeja en la que llevaba seis grandes vasos de leche, y para Biffi un cuenco. Los excursionistas, que estaban sedientos, la bebieron golosamente.

Mientras los demás daban las gracias al amable señor Gruen, Sue empezó a restregarse los ojitos con el dorso de la mano.

—Este aire tan puro le hace sentir sueño —dijo el señor suizo.

—Quiero ver ese cuerno grandísimo —dijo la pequeñita de pronto.

La señora Hollister añadió:

—Antes le hemos oído tocar el cuerno.

—No era a mí a quien han oído ustedes. Debe de haber en las montañas alguien más que hace sonar un cuerno, aunque no sé quién pueda ser.

Luego fue a buscar su cuerno y se lo enseñó a los niños. Cada uno de ellos intentó hacerlo sonar, pero sólo consiguieron producir una especie de soplido.

—Venid, yo os enseñaré cómo se hace.

Y dicho esto, el señor Gruen aspiró una gran bocanada de aire, hinchó las mejillas y sopló con fuerza. El sonido que hizo el cuerno llegó a todas las cumbres de las montañas. Los Hollister estuvieron un rato escuchando atentamente, hasta que sonó la respuesta.

—Es mi amigo. Él reconoce el sonido de mi cuerno —dijo Gruen.

Mientras Pete, Pam y Ricky intentaban hacer sonar debidamente el gran instrumento, Holly y Sue treparon a unos prados algo apartados, en donde pastaba el ganado de Erik. Las oscuras vacas levantaban la cabeza una y otra vez, mientras mordisqueaban las hierbas tiernas. El clinclan de sus esquilas sonaba perezosamente.

Holly hizo un ramillete de campanillas, tréboles, margaritas y una preciosa flor de color púrpura que crecía muy escondida en tierra.

—Mira, Sue.

Al acercarse a su hermana, que estaba tumbada en el suelo, vio que dormía profundamente. Holly contuvo la risa, y fue en busca de su madre.

—Toma. Este ramito es para ti.

—¡Qué bien huelen! Gracias, guapa. Pero ¿dónde está Sue? —preguntó la señora Hollister.

—Durmiendo una siesta. Venid, os la enseñaré.

Seguida por los demás niños, Holly llevó a su madre al lugar en que se había quedado la pequeñita. Cuando llegaron allí una enorme vaca se inclinaba sobre Sue. El animal sacó la lengua y le dio un gran lametón en la cabeza.

—Huy, vete —protestó la pequeñita, adormilada—. Déjame que descanse.

Pero un momento después Sue se sentaba muy sorprendida, al oír las alegres risas de sus hermanos.

—¡Hilda te ha besado! —anunció Holly a gritos.

—No la he oído venir —sonrió, avergonzada la niña—. ¿Dónde está su campanilla?

—¡Pero si no la lleva! —observó Pete.

En aquel momento llegó Erik junto a los Hollister, y explicó que acababa de llegar de la montaña, a donde había ido en busca de una vaca extraviada. Cuando los otros le preguntaron por la campanilla de Hilda, el muchachito suizo suspiró:

—Debe de haber sido algún turista. Ya podían entretenerse en otra cosa, y no en quitar las esquilas a las vacas —protestó.

—La «probecita» se ha quedado sin campanilla —murmuró Sue, acariciando consoladora una pata de Hilda.

—¿No podemos comer ya? —preguntó Ricky—. Estoy hambriento.

Erik dijo que les haría compañía y fue a buscar un paquete que tenía bajo un árbol cercano. Todos se sentaron en la hierba, desenvolvieron los bocadillos y empezaron a comer bajo la vigilancia de Hilda, la vaca, aficionada a estar siempre entre personas.

—Es hora de volver —anunció luego, la madre.

El vaquerillo bajó con ellos hasta el chalet, donde los Hollister se despidieron de él y su padre.

—Tengo un regalo para vosotros, pequeños —dijo el señor Gruen, cogiendo unos cuantos cuernos alpinos pequeños—. Éstos son de buena medida para que podáis tocarlos vosotros.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijeron a coro los niños, apresurándose a aceptar los instrumentos.

Cuando soplaron por ellos, las notas fueron las mismas que las de los cuernos alpinos grandes, pero en miniatura. Biffi puso las orejas muy tiesas y lanzó un agudo ladrido, para hacer coro a los niños.

—Mi padre fabrica él mismo los cuernos —explicó Erik, lleno de orgullo.

Antes de emprender el regreso montaña abajo, Pete y Ricky llamaron con su radio a Lima, Alfa, Eco, pero no obtuvieron respuesta.

Entonces, haciendo sonar los cuernos, echaron a andar hacia Grindelwald. Biffi correteaba entre ellos, ladrando.

—Juguemos a los montañeses —propuso Ricky a Holly—. Yo iré delante, haré sonar el cuerno y tú me contestas.

Y el travieso Ricky echó a correr, soplando con fuerza en su

instrumento. Biffi, muy nervioso, se lanzó a la carrera tras el niño. De repente, el animal dio un salto ante Ricky, que se tambaleó, dejando escapar de sus manos el cuerno. Mientras el pecosillo recuperaba el equilibrio, Biffi dio un brinco y cogió entre sus dientes el cuerno, por el extremo por el que se sopla.

—Sé buen chico —rogó Ricky, acercándose al perro—. Anda, dámelo.

Pero, cuando extendió la mano, para coger el cuerno, el perro se apartó ágilmente. Se inició una enloquecida persecución, porque Ricky no estaba dispuesto a quedarse sin lo que acababan de regalarle. Pero Biffi no se dejaba dar caza y, al fin, acabó saltando a un gran peñasco situado a un lado del camino.

El perro estaba allí, tranquilamente sentado y con el cuerno en la boca, cuando llegaron los demás. Ricky, que se había fatigado con la carrera, se apoyaba, jadeante, en el peñasco. Al ver aquello, todos se echaron a reír y Holly rió tanto y de tan buena gana que empezó a dolerle la cintura.

—Biffi, guapín, ¿vas a tocar tú el cuerno? —indagó Sue.

Y Ricky, muy enfurruñado, explicó:

—Este perro es tan rápido, que no me ha dado tiempo de recogerlo, cuando se me ha caído el cuerno.

Pam sacó de su bolsillo un trozo de pastel que no se había comido al mediodía, y lo puso en lo alto, ofreciéndoselo al perro. Cuando Biffi abrió la boca para comerse el pastel, el cuerno cayó al suelo.

Ricky, a toda prisa, lo recogió y se alejó un poco.

—No está roto —comprobó—. Pero tendré que lavarlo bien en cuanto lleguemos a la pensión.

Cuando llegaron, Ruthli salió al porche a saludarles, y mostrarles una carta que llevaba en la mano.

—Es para vosotros —dijo.

Pam cogió el sobre. Iba dirigido a la Familia Hollister y el matasellos era de Lucerna.

—Ábrela, mamá —pidió Pam.

—¡Zambomba! Si nosotros no conocemos a nadie de Lucerna —comentó Pete, mientras su madre rasgaba el sobre.

La señora Hollister sacó un trozo de papel blanco en el que

escrito a lápiz, se leía: «Su amigo Meyer desea que ustedes se reúnan con él en el puente cubierto de Lucerna, mañana al mediodía».

La nota no llevaba firma.

—Esto es muy extraño —opinó la señora Hollister, apresurándose a entrar para enseñar la misiva a la madre de Ruthli.

—Entonces, es que Johann Meyer se ha salvado… —se entusiasmó la señora suiza.

—A lo mejor yo han encontrado su avión —dijo Pam, mientras la señora Strebel pasaba la nota a Pete.



—¿La escribe el mismo señor Meyer? —preguntó Ricky.

—No lo creo —contestó su hermano—. A mí me parece que si la hubiera escrito el señor Meyer diría «deseo» y no «su amigo Meyer desea». A mí esta nota me parece un truco.

—No está muy bien escrita —observó Pam, volviendo a mirarla —. No creo que el señor Meyer tenga esta letra.

—A lo mejor la ha escrito muy de prisa, porque se encontró en un conflicto —reflexionó Holly.

—Yo creo que sólo hay un medio de averiguar cuál es la verdad —dijo la señora Hollister.

—¿Ir a Lucerna? —preguntó Pam, esperanzada.

—Sí. Pero eso ya no es posible, porque tenemos que tomar el avión para volver a casa. Mañana es el último día de la semana que teníamos para pasarlo en Suiza.

Todos los niños quedaron silenciosos y tristes por un momento. Al cabo de un rato, Ricky exclamó:

—¡Canastos! ¡Se me había olvidado!

—Por favor, mamá, quedémonos un poquito más —suplicó Pam —. El señor Meyer necesita nuestra ayuda.

Entretanto, a Holly le habían empezado a temblar los labios y a Sue se le llenaron de lágrimas los ojitos.

—Los Hollister nunca han dejado un misterio sin solucionar —murmuró Peter.

—Y este caso era tan misterioso… —añadió Ricky.

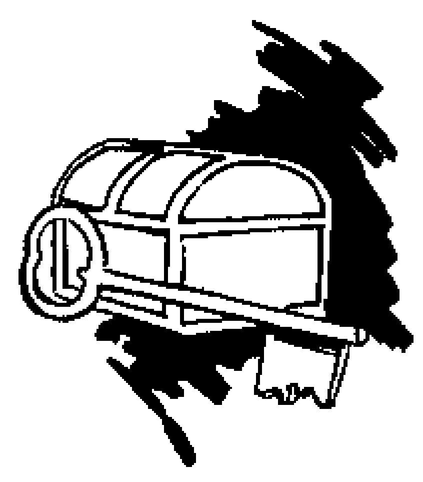
La señora Hollister quedó un momento contemplando las caritas de preocupación de sus hijos y después de reflexionar, declaró:

—Estoy orgullosa de vosotros, porque no sois de los que abandonan la lucha fácilmente.

Un momento después, sonreía, y dijo:

—Estoy con vosotros. Vamos a llegar al fondo de este misterio.

UNA LUZ ANARANJADA ADVIERTE QUE HAY PELIGRO



Los niños prorrumpieron en exclamaciones de alegría y abrazaron repetidamente a su madre.

—¡Nos quedamos! ¡Nos quedamos! —gritó Ricky, dando una zapateta.

La madre, contenta de su determinación, se encaminó al teléfono para pedir que cancelasen sus reservas en el avión. Luego, envió un cablegrama a su marido, explicándole el motivo de que no regresasen aún. Cuando llegó a la sala llegaba el señor Strebel.

—Puede que este secreto tenga algo que ver con el caso en el que nos ocupamos —dijo Pete.

—Tal vez —admitió el señor Strebel—, pero, de todos modos, nosotros saldremos a investigar con la avioneta.

—¡Canastos! Este misterio es más misterioso cada vez.

Pam pensó que, a lo mejor, Meyer había sido secuestrado por sus enemigos y que todos se habían marchado en la avioneta del investigador.

—¿Quién sabe? —murmuró el alpinista—. Ese viaje a Lucerna dará la respuesta, pero puede resultar peligroso.

—Tomaremos toda clase de precauciones —prometió la señora Hollister.

—Lucerna es un lugar precioso para visitarlo —dijo la señora Strebel—. Tiene un lago muy hermoso y grande.

—Sólo los ingleses y americanos lo llaman el lago de Lucerna —hizo saber el guía alpino.

—¿Y qué otro nombre tiene? —preguntó Holly.

—Los suizos lo llamamos «Vierwaldstettersee» —dijo la señora Strebel—. Quiere decir Lago de los Cuatro Cantones del bosque.

—Vaya un nombre —masculló Pete, que luego se esforzó por repetir aquella palabra interminable.

Pero equivocaba cada vez el orden de las sílabas, lo que hizo que Ruthli riese alegremente, mostrando sus graciosos hoyuelos.

Como al día siguiente el tren salía temprano, la familia preparó las maletas aquella noche. La señora Hollister advirtió que se llevasen ropas para varios días.

—No sabemos cuánto tiempo tendremos que estar fuera —concluyó.

Pam colocó el mitón con el collar en su maleta, bien protegido entre una blusa y un jersey.

—A lo mejor, en Lucerna nos enteramos de quién es D. Berg —reflexionó Holly, añadiendo—: Me llevaré el redondel de metal.

Colocó el círculo metálico entre un montoncito de pañuelos y, haciendo saltar las trencitas sobre sus hombros, mientras movía la cabeza, dijo, con su expresión picaruela:

—¡Me sirve para hacer unas caras tan preciosas y en tan poco rato…!

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, Biffi no cesó de dar saltos alrededor de la mesa, lanzando agudos ladridos de vez en cuando.

—Yo creo que Biffi sabe que nos vamos —opinó Pam, mientras hacía que el perro apoyase la cabeza en su regazo y le acariciaba dulcemente—. Pero no puedes venir con nosotros, Biffi. Tienes que esperar aquí hasta que vuelva tu amo.

Mientras esperaban el taxi que había de llevarles con las maletas

a la estación, la señora Strebel habló a los Hollister de Chapelbridge, que era el nombre del puente cubierto a donde tenían que acudir. Dicho puente había sido construido en 1333, en la desembocadura del río Ruess, que vertía sus aguas en el lago de Lucerna.

—En un principio, formaba parte de la vieja fortificación de la ciudad y estaba decorado con ciento once pinturas.

—¿Como un libro de cuentos? —gorjeó Sue.

—Algo parecido —asintió la señora Strebel.

Y continuó explicando que los dibujos mostraban los escudos de armas de las familias de Lucerna y los acontecimientos históricos de la ciudad.

En aquel momento llegó el taxi. Las Hollister se despidieron de los demás y la última de subir al taxi fue Holly, que dio un fuerte abrazo a Biffi.

—Volveremos —prometió al perro de aguas, que la miraba con ojos tristones.

Llegaron a la estación y en cuanto subieron al tren, colocaron las maletas en las mallas del techo y dio principio un largo y pintoresco viaje por las montañas.



Cuando el tren llegó a Lucerna, los Hollister dejaron el equipaje en consigna y salieron a buen paso de la estación.

Ante ellos vieron una fuente gigantesca, con muchos surtidores

ascendiendo por los aires. Al fondo, el reluciente lago azul por donde navegaban blancos vaporcillos. Y alrededor, las montañas con sus cumbres nevadas.

Bordearon la orilla del lago; formando una media luna, se encontraban los edificios de Lucerna, casi todos casas antiguas y hoteles. Más allá, en la ladera de la montaña, las casitas de inclinadas techumbres se mezclaban con los campanarios de muchas iglesias.

—¿Dónde está el puente? Tenemos que ir en seguida al puente —exclamó Ricky, muy impaciente.

Acababa de mirar al reloj de una torre y vio que eran casi las doce.

Pam se acercó a un señor que pasaba para preguntarle en dónde se encontraba el citado puente. El señor se llevó la mano al sombrero, para saludarles, y luego señaló un lugar por detrás de los Hollister. Éstos se volvieron y pudieron ver el río, cruzado por un gran puente, en la parte en que las aguas desembocaban en el lago. Detrás de aquel puente sólido y enorme había otro pequeñito y de madera.

—Ése es el Chapelbridge —dijo el señor.

—Muchas gracias —le repuso Pam.

Y todos marcharon rápidamente hacia la curiosa edificación. No había más que unas cuantas personas en el puente cubierto y los Hollister, mientras caminaban lentamente por él, miraban a todas partes, por si veían a Meyer o a alguien que diese muestras de reconocerles. Pero ninguno de los que pasaban les prestaba gran atención.

Estaban a mitad del puente cuando se detuvieron a contemplar las pinturas de alegres colores que aparecían bajo los gabletes. Todos miraban hacia arriba con interés, menos la chiquitina Sue. Mientras la menor de los Hollister husmeaba por un lado y otro, sus ojos se fijaron en un pedacito de papel, sujeto en una de las paredes del puente con una chincheta.

—¡Huy! ¿Verdad que aquí está nuestro hombre? —preguntó a los mayores.

Pete se acercó a Sue, cogió el papel y lo leyó:

—«Hollister, volved dentro de dos horas». Esto sí que tiene

gracia —murmuró Pete.

—A lo mejor, el que tenía que vernos era el señor Meyer y le han avisado para alguna cosa urgente —dijo Holly, reflexionando.

—¿Y qué hacemos hasta entonces? —preguntó Ricky.

Pam propuso:

—Podemos dar una vuelta por la ciudad.

La señora Hollister creyó preferible que ella y Sue se fueran de compras, para adquirir algunos recuerdos, mientras los demás visitaban las calles de los alrededores.

—Tened mucho cuidado. Nos reuniremos aquí dentro de dos horas.

Ricky se alejó corriendo del puente, seguido por los otros, y un momento después se encontraban en la parte vieja de la ciudad. Las calles, estrechas y empedradas, estaban llenas de vistosas tiendas.

—Primero tenemos que comer —opinó Ricky.

Entraron en un restaurante típico y, ya con el estómago lleno, salieron a explorar la ciudad.

—Mirad, mirad —dijo Holly, deteniéndose ante una tienda de antigüedades, en cuyo escaparate había varios arcones antiguos—. A lo mejor la llave negra vale para uno de éstos, Pam. ¿Entramos a ver?

Dentro, la tienda estaba llena de viejas batidoras de manteca, ruecas de hilar, jarras de bronce y cunitas con grabados hechos a mano.

Cuando el dueño de la tienda, un señor viejo, se acercó a ella, Pam se quitó la llave que llevaba al cuello y se la enseñó al hombre.

—No sabemos de dónde es esta llave —explicó la niña—. ¿Cree usted que puede servir para uno de esos arcones?

El hombre cogió la llave y la introdujo en una de las grandes cerraduras. Pero la llave no giraba dentro.

—No creo que esta llave sea de ningún arcón. Lo siento.

—Y nosotros también —contestó Pam—. Gracias, de todos modos.

Ya se marchaban, cuando Pam vio un estuche lleno de joyas antiguas. ¡Y sobre un terciopelo Negro relucía un collar de medallones!

—¡Ooooh! ¡Si es igual que el que nosotros hemos encontrado!

El anticuario la miró con asombro.

—¿Tú tienes uno de estos collares?

Pam explicó cómo habían encontrado el bonito collar.

—Confío en que localicéis a su propietario. Son unas joyas muy valiosas.

El anticuario explicó que aquellos collares se habían hecho para conmemorar una celebración de hacía cincuenta años.

—No había más que doce que se entregaron a los dignatarios del país.

—¿A quién? —preguntó Ricky, rascándose la cabeza.

—A las personas importantes, como los ministros.

—¿Vive todavía alguna de esas personas? —preguntó Pete.

El hombre les dijo que él sólo sabía de uno que vivía aún. Era «herr doktor» Richter, un antiguo oficial del cantón de Ginebra.

—Tal vez él pueda ayudarnos a encontrar a D. Berg —dijo Pam.

—Esperad, que os daré su dirección.

El anticuario se acercó a un pequeño escritorio que tenía en un rincón de la tienda, escribió unas palabras en un papel y se lo entregó a Pam. La niña le dio las gracias y ella y sus hermanos se encaminaron a la puerta.

—Buena suerte —dijo el anticuario y, haciendo un guiño, añadió—: En cuanto a la llave, a lo mejor abre alguna mazmorra.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Ojalá sea verdad! ¡Qué misterioso y qué interesante resultaría!

Cuando llegaron a la acera, Pam fue a dar la mano a Holly.

—Pero ¿dónde se ha metido? —preguntó Pete.

Volvieron a entrar en la tienda, pero Holly no estaba allí.

—¿Puedo ayudaros en alguna otra cosa? —preguntó el anticuario.

—Hemos perdido a nuestra hermana —explicó Pam, angustiada, mirando a todas partes.

—Pues no, no la he visto… —El hombre guardó silencio de pronto y se acercó a uno de los grandes arcones. Por debajo de la tapa asomaba una trencita.

Pete levantó inmediatamente la tapa. Dentro estaba Holly, puesta de rodillas, y con las manos ante los ojos.

—Sal de ahí —ordenó Pete—. Por poco nos marchamos sin ti.

—¡Qué bromita os he gastado! —rió Holly, mientras salía del arcón.

Pero el dueño de la tienda, que la miraba, muy serio, dijo:

—Has tenido suerte de que te hayamos encontrado en seguida, porque hoy había que enviar a la China este arcón.

—Entonces, ya no te habríamos encontrado nunca —dijo Ricky, tirando de las trenzas a su hermana.

Marchando Pete delante y detrás Pam, tomando de la mano a Holly, los cuatro hermanos salieron de la parte antigua de la ciudad hasta llegar a un amplio paseo de piedra, situado junto al lago.



—Mirad, aquí alquilan barcas. ¿Creéis que nos queda tiempo para dar un paseo? —preguntó Pete a sus hermanos.

En el agua había gran número de barquitas que parecían automóviles de juguete. En cada barquita iban dos personas que la conducían pedaleando.

—Es igual que si fueran en bicicleta. ¡Vamos a probar nosotros! —exclamó Ricky.

Los niños corrieron al embarcadero en donde alquilaban las diminutas barcas.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Pete al empleado.

—«Pedalos». ¿Queréis tomar uno para dar un paseo?

—¿Cuánto vale?

—Un franco cada dos personas. Veinticinco centavos, en moneda americana.

—Muy bien. Entonces, le alquilamos dos «pedalos» —decidió Pete.

El chico ayudó a Pam a que entrara con Holly en una de las barquitas y él entró en la otra con Ricky. Los niños pedalearon animosamente e hicieron dar vueltas al pequeño timón, hasta que ambas embarcaciones se adentraron en el lago.

—¡Canastos! ¡Qué divertido! —chilló Ricky con entusiasmo.

Las dos barquitas de los Hollister habían quedado lado a lado, cuando el pelirrojo propuso:

—¡Vamos a hacer una carrera!

—¡Nosotras os ganaremos! —repuso Holly, retadora.

Los cuatro se pusieron a pedalear con todas sus fuerzas y las dos barcas se internaron más y más en el lago.

—No debemos ir más lejos, no volveremos a tiempo —dijo Pam —. No os olvidéis de que dentro de poco tenemos que reunimos con mamá.

Pasó entonces una bonita y gran motora y los niños saludaron alegremente a los pasajeros que iban en cubierta. Mientras aquella motora se alejaba, Ricky se dio cuenta de que el viento había refrescado.

—Se está poniendo frío el ambiente —concordó Pete, mirando al cielo, que se iba oscureciendo.

Encima del lago se iban formando unas nubes espesas y el viento

levantaba fuertes olas que se estrellaban a los lados de los «pedalos».

—¡Se está encrespando el lago! —dijo Holly asustada.

Hacía unos momentos que Pam se sentía inquieta.

«¡Zambomba! —dijo Pete para sí—. Debe de ser una de esas tormentas repentinas de que habló el señor Meyer».

El chico volvió la cabeza. ¡Sí, era una tormenta! En un faro próximo a la orilla brillaban dos luces anaranjadas.

—¡Tenemos que volver! —gritó Pete a sus hermanas.

Cuando dieron la vuelta para regresar al embarcadero, la superficie del lago estaba cubierta de una rizada y blanca espuma. El viento soplaba con fuerza en sus oídos. Los niños vieron que otras embarcaciones corrían en busca de refugio.

—¡Dad más de prisa a los pedales! —se desgañitó Pete para hacerse oír por su hermanas.

Una ola gigantesca que se estrelló en la barquita de las niñas, las hizo tambalearse peligrosamente de un lado a otro.

—¡Ayúdanos, Pete! —suplicó Pam, aterrada.

CONFLICTO CON LOS CISNES



—¡Seguid pedaleando! ¡Ya vamos a ayudaros! —dijo Pete, siempre a voces.

El chico dio varias vueltas al timón de la barquita, hasta situarla detrás de la barca de las niñas.

—¡Pedalea de prisa, Ricky! —ordenó el mayor de los Hollister.

Los dos movieron rítmicamente y a toda velocidad las piernas sobre las pedales, empujando la barca de las niñas que iban delante. Los dos «pedalos» se balanceaban de atrás hacia delante, de izquierda a derecha, azotados por el vendaval, pero aun así se aproximaban rápidamente a la orilla.

Cuando llegó la primera embarcación, el empleado del embarcadero se apresuró a ayudar a las niñas a salir. Pete y Ricky saltaron a tierra para reunirse con sus hermanas.

—¡Habéis estado a punto de tener un disgusto! —dijo el empleado. Y palmeó a los chicos en la espalda, afirmando—: Sois buenos marineros.

Mientras se alejaban del embarcadero, las niñas dieron las gracias a sus hermanos por haberlas ayudado. Entonces Pam miró el reloj.

—Ya vamos con quince minutos de retraso. ¡Daos prisa!

El viento se había calmado y volvía a brillar el sol cuando llegaron al puente cubierto. Su madre y Sue les esperaban.

—¡Os habéis quedado sin verle! —chilló Sue cuando les vio aproximarse.

—¿A quién? —preguntó Holly—. ¿Era el señor Meyer?

Sue sacudió la cabeza.

—No. Era un hombre pequeñín, muy gracioso.

La señora Hollister les dijo que aquel hombre les había contado que el piloto no había salido como dijera, sino que estaba ocupado en las investigaciones sobre el diamante. El accidente del aeroplano no había ocurrido. Se dijo para desviar la atención de las otras gestiones de Meyer.

—¿Os ha dado su nombre ese señor? —preguntó Pete.

—Sí, pero no lo he entendido —contestó la madre—. Ese hombre hablaba en voz muy baja y muy de prisa.

—Era un hombre muy «mistirioso» —anunció Sue.

—También nos ha dicho que nuestro amigo Meyer pensó poder venir aquí a vernos, pero que se vio obligado a marchar rápidamente a Ginebra.

—El señor Meyer nos dijo que estaba investigando en Ginebra con la ayuda de la policía —recordó Pete.

El hombrecito había dicho también a la señora Hollister que el investigador se reuniría con ellos en Ginebra a las ocho.

—Aquí está la dirección —añadió la señora Hollister, dando a Pete un trocito de papel.

El chico comparó aquello con la carta que les enviaron a Grindelwald y la nota dejada en el puente. La escritura era idéntica.

—Todo lo ha escrito la misma persona —dijo.

—¿Lo habrá escrito el señor Meyer? —preguntó Pam—. ¿Creéis que estará a salvo?

—Vamos a comprobar si ese hombre ha dicho la verdad —resolvió Pete.

Se encaminó a una cabina telefónica cercana y telefoneó al aeropuerto de Ginebra. Desde allí le informaron de que, evidentemente, Meyer había salido en la avioneta HBLAE y todavía no se le había encontrado.

Cuando Pete explicó a los demás lo que había averiguado, toda

su familia se sintió preocupadísima.

—¿De modo que era mentira todo lo que ha dicho ese hombrecillo? —se lamentó la señora Hollister.

—Yo creo que tendríamos que ir a Ginebra, informar a la policía y procurar encontrar a ese hombre embustero —consideró Pam.

—¡Zambomba! De paso podríamos visitar al «doktor» Richter.

En seguida contó a su madre lo que habían averiguado en la tienda de antigüedades.

—Averiguaré cuándo sale el primer avión para Ginebra —decidió la señora Hollister, encaminándose a la cabina telefónica.

Cuando al cabo de un momento volvió, dijo apresuradamente:

—Tendremos que darnos prisa, pues el avión no tardará mucho en despegar.

Toda la familia marchó velozmente a la estación para recoger las maletas.

—¡Hurra! ¡Hurra! —empezó a gritar Ricky, mientras salía de la estación, arrastrando su maleta—. No os entretengáis. No podemos perder el avión ahora que estamos metidos en un misterio misteriosísimo.

Pete se adelantó para buscar un taxi. Moviéndose aceleradamente una vez en el aeropuerto, la familia consiguió llegar al avión de dos motores, unos instantes antes de que despegara. Después de cruzar las cumbres de los Alpes, vieron, muy abajo, las largas y paralelas pistas de aterrizaje del aeropuerto de Ginebra.

Cuando llegaron a tierra, un «limousine» les trasladó hasta un motel muy nuevo, de dos pisos, rodeado por tres lados por un patio embaldosado. En el centro había un gran estanque. Una fuente con un solo surtidor renovaba el agua del estanque, por el que nadaban seis grandes cisnes blancos, que no cesaban de graznar.

La señora Hollister y las niñas entraron en una habitación y se ocuparon en deshacer las maletas, mientras los chicos hacían lo mismo en el cuarto de al lado. Pete fue el primero en acabar y empezó a buscar en el listín telefónico el número del «doktor» Richter. Ricky prefirió salir a ver los cisnes.

«Les haré creer que voy a darles comida», se le ocurrió pensar.

Se agachó a coger una ramita que vio junto al agua y, extendiéndola hacia los cisnes, llamó:

—¡Vamos, cisnes, venid que os traigo la comida!

«Cómo les estoy engañando», pensó, muy divertido.

Mientras Ricky hablaba a los cisnes, del motel salieron dos hombres de cutis oscuro, y con turbantes a la cabeza, quienes sonrieron viendo al travieso chiquillo.

Los majestuosos cisnes avanzaron hacia Ricky, situado al borde del agua, alargaron sus cuellos. Uno de ellos apresó con el pico de ramita de la mano del niño. Éste pensó que el ave se había desilusionado al ver que no era nada comestible, porque abrió de par en par el pico y dejó caer la rama.

Inmediatamente después, el cisne alargaba el cuello y aferraba fuertemente el dedo de Ricky.



—¡Eh! ¡Huy, huy! ¡Suéltame! —gritó el pelirrojo, intentando librarse del pico del animal. Pero éste seguía apretando y hacía intención de volver al centro del estanque—. ¡Socorro! ¡Me va a tirar al agua!

Entonces los dos hombres que habían estado mirando se acercaron corriendo para ayudar al asustado pequeño. Uno de ellos sujetó al cisne por la cabeza, mientras el otro le abría el pico y libertaba el dedo del pobre Ricky.

Cogiéndose el dolorido dedo con la otra mano, el niño murmuró:

—¡Canastos! Cuando dije que les daba de comer, no pensé que iban a comerme a mí. —En seguida, añadió, arrepentido—: Creo que ha sido culpa mía.

Los hombres del turbante se echaron a reír y Ricky levantó hacia

ellos su graciosa carita llena de pecas.

—Ustedes no son suizos, ¿verdad? —preguntó el niño.

—No —contestó uno de ellos en correcto inglés—. Somos de Etiopía y hemos venido aquí para la convención de las Naciones Unidas.

—¡Oooh! —exclamó, admirativo, el chiquillo, muy impresionado por la amabilidad de los dos extranjeros—. Gracias a ustedes y a la ONU por haberme ayudado.

Los dos hombres aconsejaron a Ricky que nunca se le ocurriera ofrecer comida a unos cisnes hambrientos, a menos que tuviera de verdad algo que darles, y se marcharon.

Como el cisne no le había hecho más que un rasguño, Ricky se envolvió el dedo en su pañuelo y metió la mano en el bolsillo.

Cuando volvió a su habitación, toda la familia se había reunido allí.

—Mamá ha telefoneado al doctor Richter y vamos a ir verle en seguida —explicó Pam.

Cuando ya se disponían a salir, la señora Hollister abrió un paquete de bollos que había comprado y los repartió entre los niños.

—Es ya muy tarde y puede que tengamos que retrasar la hora de la cena, de modo que conviene que tomemos ahora un bocado.

Un taxi trasladó a los Hollister hasta la ladera de una montaña desde donde se contemplaba una magnífica perspectiva de la ciudad que, lo mismo que Lucerna, se asentaba a orillas de un lago.

En menos de un cuarto de hora llegaron a una casita de cemento y madera, con la entrada adornada por trabajos de cincelado, y encima, una balaustrada bordeando una galería a la que daba sombra el amplio alero del tejado.

Los Hollister contemplaron admirados la casa, mientras se dirigían a la puerta. Pete tocó el timbre y salió a abrir un mayordomo de cabellos grises, con un elegante y serio uniforme. Después de saludarles con una inclinación de cabeza, les hizo pasar a un gran pasillo adornado con pinturas al óleo.

Entonces se presentó un hombre alto y distinguido, con el cabello blanco y barba a lo Van Dick. Se comportaba con mucha cortesía, pero era extraordinariamente serio.

Después de que los Hollister se hubieron presentado, «herr doktor» Richter dijo:

—Vivo aquí solo y no suelo recibir visitas. Pero lo que usted me ha dicho, señora Hollister, es tan insólito que ha despertado mi interés. ¿Podría ver ese collar que dicen?

De su bolso cogió Pam el mitón y de éste sacó el collar que entregó al anciano. Éste, después de contemplarlo un buen rato, invitó a la familia a pasar a una sala muy bien amueblada. Cuando todos se hubieron sentado, él volvió a examinar la cadena con los medallones.

—Sí, es uno de ellos —declaró—. Pero D. Berg… No sé quién puede ser.

Mientras se atusaba la barba, pensativamente, levantó la vista hacia las ornamentales vigas del techo, como intentando recordar cosas sucedidas hacía muchos años.

—En alguna parte guardo un programa de aquella celebración, en donde se citan los nombres de todos los oficiales —dijo—. Puedo mirar en mi caja de recuerdos y recortes de libros, pero tardaré mucho en encontrarlo.

La pequeñita Sue, que hasta entonces había estado muy quietecita y callada, bajó de la silla de alto respaldo y ofreció amablemente al anciano:

—Yo te ayudaré a buscarlo, señor.

—Y yo también —coreó la vocecita gorjeante de Holly.

Por primera vez desde que llegaron los Hollister, el dueño de la casa sonrió.

—Con tanto entusiasmo por parte vuestra, ¿cómo voy a decir que no? —murmuró, levantándose de la silla—. Si me acompañan todos a mi estudio, buscaremos entre los viejos recuerdos.

—Yo, entre tanto, podría ir a la policía —dijo Pete.

Al oír aquello, el anciano se detuvo en seco, y volvió a preguntar al muchachito:

—¿Acaso estáis en algún apuro?

Pete sonrió.

—No, señor. Nosotros no. El que está en un apuro es Johann Meyer.

El anciano suizo quedó muy sorprendido de que los Hollister

conocieran al investigador.

—Meyer es un hombre muy conocido. Si en algo puedo ayudaros, lo haré con mucho gusto.

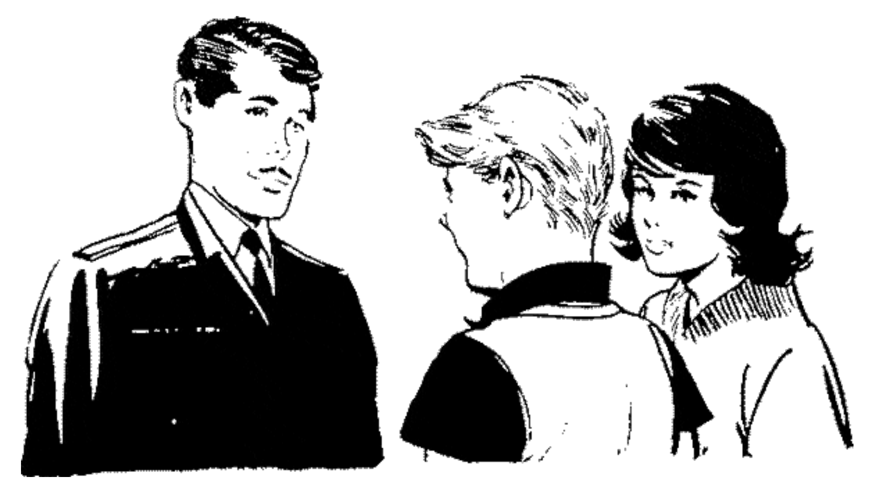
Cuando Pete le explicó todo lo ocurrido y cómo se habían encontrado mezclados en aquel misterio, el «doktor» Richter se acercó al teléfono, y estuvo hablando unos momentos. Luego se volvió a Pete, diciendo:

—Dentro de unos instantes llegará un policía.

—Entonces, Pam y yo podríamos salir con él para buscar a ese hombre pequeño que estuvo hablando con mi madre.

La señora Hollister dijo que era una buena idea. Ella se quedaría allí con los demás niños, para ver si encontraban una pista del propietario de aquella joya con medallones.

Al poco de haber subido los demás por las amplias escaleras de roble, Pete y Pam oyeron el timbre y corrieron al vestíbulo. El mayordomo ya estaba abriendo la puerta principal.



Un joven delgado, vestido de uniforme, entró y se quitó la gorra. Llevaba un bigote recortado y el cabello oscuro peinado pulcramente. Sus ojos perspicaces miraron con interés a los niños. Luego, inclinándose ligeramente, anunció con acento francés:

—Soy el teniente Picard.

Los niños le dijeron sus nombres y le acompañaron a la sala, donde el teniente escuchó pacientemente las explicaciones de Pete. Luego, el chico le entregó la nota que el desconocido hombre bajito

había dado a la señora Hollister.

Después de examinarlo atentamente, el teniente Picard dijo con voz crispada.

—Estoy de acuerdo con vosotros. Esta letra no es de Meyer. En la central de policía no hemos sabido nada de él, y estoy seguro de que se habría puesto en contacto con nosotros, si le hubiera sido posible.

Mientras Pete estuvo dando explicaciones, había ido oscureciendo.

—Se está haciendo tarde —advirtió Pam, preocupada—. En la nota nos citan para las ocho.

—Llegaremos a esa hora, si nos damos prisa —dijo el teniente.

Los tres salieron velozmente de la casa y se metieron en un coche negro de la policía, que esperaba junto al bordillo. Mientras avanzaban entre el tráfico de las calles, fueron aumentando las sombras y empezaron a brillar las luces de Ginebra. Era casi totalmente de noche cuando el policía volvió a hablar.

—Ya hemos llegado —dijo, cuando entraron en una calle estrecha del extremo de la ciudad—. Estoy deseando ver quién vive en esta dirección.

Mientras el coche se detenía, Pete recordó el número de la calle.

—Aquí es donde debiera estar la casa —dijo el teniente, señalando un solar vacío.

—Otra vez un engaño —murmuró Pete, indignado—. Pero ¿a qué vendrá todo esto?

Mientras se detenía el coche, Pam miró una y otra vez a ambos extremos de la desierta calle.

—¿Hemos llegado puntuales? —preguntó, muy nerviosa.

—Con dos minutos de adelanto —contestó el oficial, después de consultar su reloj.

Los niños aguardaron, impacientes, pero nadie se presentó. Al fin, decidieron salir del coche para echar un vistazo.

Y entonces, en la esquina, bajo un farol, se vio aparecer un hombre. No era más alto que Pam y andaba a rápidos saltitos. Al ver a los Hollister, corrió hacia ellos.

—¡Aquí está! —anunció Pete, al policía.

El teniente bajó del coche y en aquel mismo momento, al ver a

Picard, el desconocido salió huyendo a toda prisa, como un conejo asustado.

EL CORTADOR DE DIAMANTES



Pete, Pam y el policía echaron a correr detrás del hombre bajito, pero éste se precipitó por un callejón y desapareció entre las sombras.

—Es una pena que nos lleve tanta ventaja —dijo el teniente Picard—. Me habría gustado hacerle algunas preguntas.

—Ese hombre debe de tener algo que ver con el ladrón de diamantes —opinó Pete—. Si no, ¿cómo iba a estar enterado de todo lo del señor Meyer?

El policía dio la razón a Pete y agregó:

—Parecía deseoso de evitar encontrarse con la ley.

—A lo mejor pensaba decirnos que fuéramos a otro sitio a buscar al señor Meyer, para hacernos perder el tiempo —dijo Pam, mientras los tres volvían al coche policial.

—¿Por qué puede interesarle hacer eso?

Y Pam, muy pensativa, contestó:

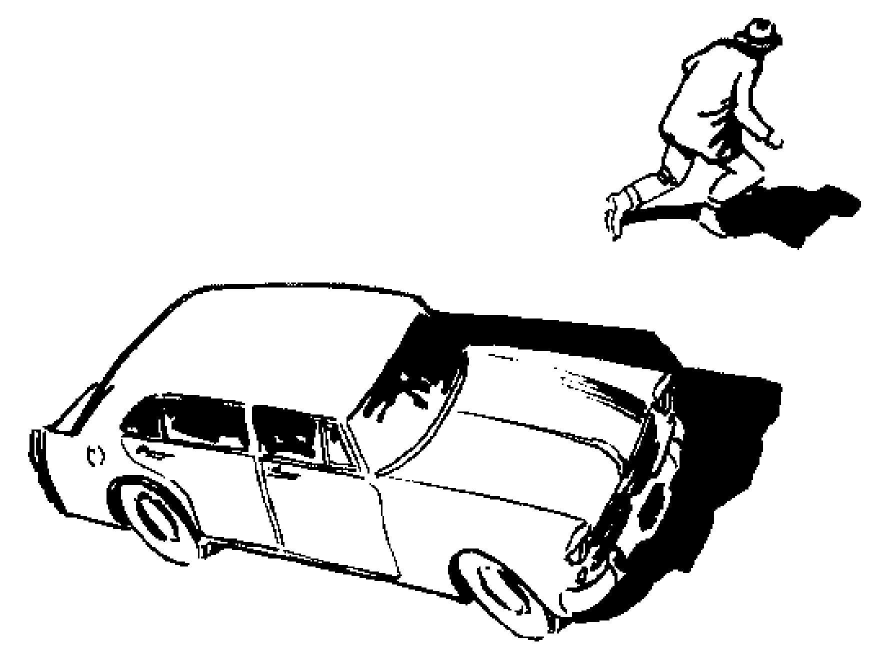
—Puede que para hacer que nos alejemos cada vez más de Grindelwald. Quién sabe si los ladrones del diamante están escondidos por allí cerca…

—Tal vez tengas razón —asintió su hermano—. ¡A lo mejor, el hombre al que Biffi estuvo ladrando el domingo era Blackmar!

—Podría ser —admitió el oficial—, pero el ladrido de un perro no es una gran prueba, ¿no os parece? De todos modos, advertiré a la policía de Grindelwald para que busque a ese Blackmar.

Estuvieron un rato dando vueltas por los alrededores, y Pete y Pam, con los ojos muy abiertos, buscaban al hombrecillo que acababa de desaparecer. Pero no se le veía por parte alguna.

Cuando pasaron de nuevo por delante del callejón, Pam volvió a mirar por allí. Entre las sombras, algo se movió.



—¡Está allí! —gritó Pam, señalando a un rincón en donde el hombrecillo estaba agazapado.

—Si nos paramos aquí —dijo el policía—, ese hombre comprenderá que le hemos visto y huirá.

El coche siguió avanzando lentamente hasta la esquina, tomó la otra calle y, entonces, emprendió la carrera.

—Iremos por el otro extremo del callejón y nos acercaremos por detrás —propuso el teniente.

—Pero, si nos oye, volverá a escaparse otra vez —dijo Pam—. Tendría que quedarse alguien frente a él, para cerrarle el paso, si quiere escapar.

—Ya había pensado en eso, pero no puedo pediros que entréis

solos en este callejón oscuro.

—No nos da miedo —dijeron a coro los dos hermanos.

Y Pete aclaró:

—Si ese hombre nos ve, seguramente echará a correr hacia el otro lado y entonces usted podrá atraparle.

—Déjenos ir, por favor —rogó Pam—. ¡Si pudiéramos apresarle…! Ese hombre es muy importante en este misterio.

—Sois dos pequeños americanos muy valerosos. Os dejaré ir, pero tenéis que darme tiempo para que llegue a la esquina, aparque y me esconda cerca del callejón.

—¿Cuánto tardará en hacer eso? —preguntó Pete.

—Contáis lentamente hasta cien y, entonces, os acercáis. Si necesitáis ayuda, gritad. Yo acudiré inmediatamente.

Los niños bajaron del coche y pasaron ante unos cuantos establecimientos situados frente al callejón.

La calle estaba desierta.

Mientras Pam iba contando silenciosamente, Pete asomó con cautela por la esquina del callejón.

—Forma una curva y no puedo ver el final. Dios quiera que ese hombre siga ahí —dijo en voz bajísima.

—Noventa y nueve y cien —acabó de contar Pam—. ¡Vamos!

Pete echó a andar delante y los dos hermanos avanzaron sigilosamente por la oscura y estrechísima calle, palpando la pared de las casas de ambos lados.

Una vez, Pete se detuvo para decir en un siseo:

—Ten cuidado, que aquí hay un barril. No vayas a tropezar.

El chico asió a Pam de la mano y con todo cuidado pasaron ante el obstáculo. Un poco después pasaban delante de otro barril y de varias cañerías. Al llegar a la curva se detuvieron para mirar hacia el otro extremo.

El corazón de Pam empezó a latir apresuradamente… La niña acababa de ver una pequeña silueta, recortándose a la ligera luz que llegaba por el otro extremo del callejón.

Muy lentamente, procurando no hacer ningún ruido, los niños continuaron avanzando.

Todavía estaban a alguna distancia de la silueta del hombre, cuando el pie de Pam tropezó con una piedrecilla que fue a chocar

en la pared de ladrillo. ¡Clic! Los niños quedaron paralizados por el susto, mientras la silueta del hombre volvía la cabeza.

¿Les habría oído? Apenas había pasado por su imaginación aquel pensamiento, cuando los niños vieron que el hombre corría hacia ellos.

—¡Zambomba! ¡Viene hacia aquí! —exclamó Pete.

Pero, cuando el muchacho se colocó con las piernas separadas, dispuesto a cerrar el paso al hombre, éste se apartó a un lado y, cogiéndose a una cañería, empezó a trepar tan ágilmente como si fuera un mono.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Teniente! —gritó Pam.



Pete echó a correr y dio un salto para agarrar por las piernas al hombre que huía. Pudo agarrarse a los pies del desconocido y quedó así, balanceándose, a alguna distancia del suelo.

Entre tanto, unos gritos respondieron a la llamada de Pam y en la oscuridad se oyeron aproximarse rápidamente unos pasos.

—¡De prisa! ¡Pete le ha apresado! —anunció la niña.

Pero, por desgracia, el fugitivo, dando un fuerte puntapié, se libró de Pete, que fue a parar al suelo.

—¡Se ha ido! —dijo Pete, sin aliento, cuando el teniente llegó junto a él.

Pam señalaba hacia arriba y todos pudieron ver en lo alto del tejado de la casa una silueta que se movía furtivamente, hasta desaparecer.

—No servirá de nada perseguirle —dijo el teniente—. Por esta parte de la ciudad los tejados están todos muy juntos. Ese hombre irá pasando de uno a otro sin dificultad.

—Ha sido culpa mía —murmuró Pam—. ¿Por qué habré hecho ruido?

—No has podido evitarlo —la consoló Pete. Y luego añadió sombríamente—: Yo sí que tenía que haber sabido sujetarle fuerte…

El teniente Picard les apoyó una mano en el hombro, diciendo:

—Ánimo, muchachos. Hasta los buenos detectives pueden tener mala suerte.

Pam suspiró.

—Será mejor que volvamos a la casa de «doktor» Richter.

—Apuesto una cosa —murmuró Pete, pensativo—. Ahora que ese hombrecillo sabe que hemos avisado a la policía, no volverá a ponerse en contacto con nosotros. Seguramente, le hemos visto hoy por última vez.

Antes de que Pam hubiera tenido tiempo de contestar, sonó una risa apagada. Los tres que se encontraban en el callejón se pusieron muy nerviosos. Pam dijo, en voz muy bajita:

—Yo creo que ha sido en el tejado.

Miraron todos hacia allí, pero no pudieron ver nada. Todo estaba silencioso…

—Vamos —dijo el policía—. Será mejor que os lleve con vuestra familia.

Sin decir nada más, todos salieron del callejón y subieron al coche. Mientras regresaban al chalet del anciano en donde les esperaban los demás, el teniente miraba continuamente por el

retrovisor.

—Mirad hacia atrás —dijo una vez—. Creo que nos viene siguiendo un cochecito negro.

Los niños vieron el coche a que se refería el teniente, pero como había mucho tráfico, pronto le perdieron de vista. Cuando se detuvieron ante la casa del «doktor» Richter, el teniente Picard salió con los niños y les acompañó hasta la entrada. Mientras Pete llamaba al timbre, el policía miraba insistentemente por todos los rincones del patio, ahora muy oscuro.

—Tened mucho cuidado, amiguitos. Podéis estar en peligro —les advirtió.

Entonces abrió el mayordomo, y el policía añadió:

—Muchas gracias por vuestra ayuda. Y ahora, «au revoir».

Pete y Pam le dieron las buenas noches y entraron en el vestíbulo, iluminado con unas luces muy suaves. Siguieron al viejo criado por las amplias escaleras, hasta el estudio del piso alto.

Allí, Pete y Pam encontraron al «doktor» Richter hablando con la señora Hollister, mientras Holly y Ricky, sentados en el suelo, iban pasando las hojas de un gran álbum, con cubiertas de cuero.

Cerca de ellos, Sue dibujaba círculos con el aro metálico. Al lado tenía una enorme caja de cartón con muchas fotografías y postales.

—Contadnos lo que ha pasado —pidió la señora Hollister, con mucho interés.

Pete les explicó lo ocurrido y, cuando hubo terminado, Ricky declaró, muy excitado:

—Si lo que quiere ese pequeñajo es que nos alejemos de Grindelwald, lo mejor será que volvamos corriendo.

—Eso no será hasta después de haber cenado conmigo —dijo el «doktor» Richter.

—Nos encantará seguir un rato más en su compañía —aseguró la señora Hollister, aceptando.

Todos los niños se pusieron muy contentos. El anciano caballero salió de la habitación y regresó a los pocos momentos, diciendo:

—Ya está todo dispuesto para mis huéspedes americanos.

—Muchas gracias «herr doktor» —dijo Pam.

Cuando el señor volvió a sentarse, Sue se acercó a él y poniéndose de puntillas le preguntó:

—¿Te gusta mi cara?

La pequeñita le mostraba un papel en el que había dibujado una cara redonda. En la otra mano sostenía el círculo de metal.

Los ojos del hombre brillaron alegremente.

—Tienes una cara muy bonita —aseguró, acariciando a la niña.

Sue soltó una risilla, diciendo:

—Pero si yo digo la cara del papel…

Mientras la pequeña señalaba su dibujo, el «doktor» Richter vio el disco metálico y dejó de sonreír instantáneamente.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

—Me lo ha dejado Holly. Es un «hace redondeles» —explicó Sue.

—Se lo encontró Pam en el chalet en ruinas —añadió Holly.

—Pero no sabemos qué es. ¿Usted lo sabe? —preguntó Pete.

—Es un descubrimiento muy importante —dijo el «doktor» Richter lentamente—. Es un cortador para diamantes.

—¡Oh! Entonces los ladrones estuvieron en el chalet…

—A lo mejor aquél es su escondite —opinó Pete.

—Pero… allí no parecía que viviese nadie.

—Puede que aún no se hubiese trasladado allí —sugirió la señora Hollister.

—Seguro que el hombre a quien vio Biffi era Blackmar —dijo Pam—. Ese hombre iría a Grindelwald a arreglarlo todo. Los ladrones perderían el disco por el camino.

—Claro… Por eso Hilda entró en el chalet —recordó Holly—. A la vaquita le gusta estar con las personas y allí había personas.

—Seguramente los ladrones vieron a Pete y a Pam por la casa y por eso querían que nos fuésemos de Grindelwald.

—Es muy posible —asintió la madre.

—¿Puedo llamar al teniente Picard? —preguntó Pete al «doktor» Richter—. Él puede informar en seguida a la policía de Grindelwald.

—Utiliza el teléfono de mi despacho —dijo el anciano caballero, señalando un rincón de la estancia—. ¡De prisa! Sería lastimoso que los ladrones hubieran cortado el diamante antes de que llegue la policía.

—¿Para qué van a cortar esa piedra tan «guapa»? —se extrañó Sue.

Mientras Pete hablaba con la policía, el anciano les explicó que

los diamantes pequeños son más fáciles de vender que los grandes.

—Un diamante en bruto tiene que ser examinado detenidamente por un experto, antes de cortarlo. Si no se tiene mucho cuidado, se podría estropear completamente la gema.

—¿Y cómo se examina? —quiso saber Pam.

—El experto pule bien una de las caras, para mirar la parte interior como a través de una ventana.

—¿Cómo? —preguntó Holly, perpleja—. ¿Es que los diamantes no tienen todas las caras brillantes y no son transparentes?

—Antes de pulirla no parece más que una tosca piedra gris. Cuando queda brillante y transparente es después de haberla cortado y pulimentado.

Ricky cogió de la mesa el disco de metal.

—Parece muy flojucho para que pueda cortar nada —dijo, mientras inclinaba la fina chapita hacia un lado y otro.

—Además, yo creí que los diamantes son tan duros que sólo se pueden cortar con otro diamante —dijo Pam.

—Tenéis razón —contestó Richter—. El borde de este disco tiene que untarse con aceite de oliva y recubrirlo con polvillo de diamante. Cuando el motor hace girar el disco a gran velocidad puede cortar el diamante.

Pete colgó el auricular sonriendo, y exclamó:

—¡Zambomba! Tenemos el misterio casi solucionado.

Ricky rió alegremente, murmurando:

—Me gustaría ver la cara que pone ese Blackmar cuando la policía rodee el chalet y le pille a él y al cortador de diamantes.

—Y la policía recuperará el diamante y la maquinaria para cortarlo —añadió Holly, muy contenta.

«¡Si pudiéramos encontrar al señor Meyer para darle estas noticias tan estupendas!», pensó en seguida Pam.

—Además tenemos que averiguar quién es ese D. Berg —recordó Pete—. ¿Habéis encontrado alguna pista vosotros?

—Holly ha encontrado el programa de aquella celebración —dijo la señora Hollister, buscando en la caja de recuerdos del «doktor» Richter para mostrar a su hijo un pliego de cartulina con filetes dorados—. Pero en la lista no hay ningún Berg.

Mientras Pete miraba el programa, entró el mayordomo

anunciando que la cena estaba servida. Los niños recogieron cuidadosamente todos los recuerdos en la caja y Ricky colocó sobre la mesa el álbum con cubiertas de papel.

El «doktor» Richter les condujo por las escaleras, hasta cruzar unas puertas vidrieras que daban a un patio. Allí había una gran mesa con velas encendidas y objetos de reluciente plata.

—¡Qué bonito! —dijo Pam, con entusiasmo.

Unos altos arbustos floridos bordeaban aquel cenador y por un caminito de arenilla se llegaba hasta el jardín trasero.

Mientras saboreaban la cena, muy bien servida y preparada, el «doktor» Richter les habló de una gran fiesta que él había dado años antes para todos los dignatarios de la celebración en que se repartieron los collares como el que Pam encontró.

—Gustav —dijo el anciano a su mayordomo—, relacionado con aquella celebración, ¿recuerdas si el nombre de alguno era Berg?

El viejo criado estuvo unos momentos pensando. Entretanto, Richter explicó a sus invitados:

—Gustav ya estaba conmigo entonces, y él tiene una memoria envidiable para los acontecimientos pasados.

—«Ja» —dijo entonces el mayordomo—. El mayor llegó tarde a la fiesta porque venía de la boda de su hija, que se casó con un hombre llamado Berg.

—¿No sabe usted dónde vive ahora? —preguntó, nerviosísima, Pam.

—No, «fraülein» —contestó el viejo—. Todo lo que sé es que los padres de «herr» Berg son de un lugar de las montañas. Creo que el pueblecito se llama Val d’Herens.

—Cuando regresen a Grindelwald pueden pasar por allí —dijo el «doktor» Richter—. Aparte de que encuentren o no a ese Berg, verán el lugar. Es un pueblecito de ensueño.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Pam.

El anciano caballero sonrió al contestar:

—En ese lugar, el tiempo parece haberse detenido. Todo sigue igual que hace cientos de años.

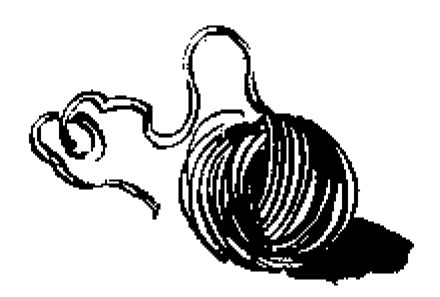
—Mamá, vayamos a verlo, por favor —suplicó Pam.

—Ahora ya no tenemos prisa por volver a Grindelwald —recordó Ricky.

—Sí, hijos. Yo también creo que debemos pasar por el Val d’Heren —asintió la señora Hollister—. Será agradable conocer ese pueblo.

Mientras hablaban, el mayordomo acabó de servir los postres y se alejó silenciosamente. Cuando el viejo cerró las puertas vidrieras, Holly se dio cuenta de que podía verse en los cristales igual que un espejo, lo cual la resultó muy distraído. Pero un momento después la niña ahogaba un grito al ver reflejarse allí la cara de un hombre… Estaba detrás de ella, observando desde los arbustos…

UN OVILLO FUGITIVO



—¡Oh! —gritó Holly—. ¡Un hombre nos está mirando!

Pero, cuando la niña señaló hacia las puertas vidrieras, el reflejo del hombre desapareció.

Los demás se volvieron a mirar hacia los altos arbustos de detrás de Holly. No se veía la menor huella del intruso. Pete se levantó apresuradamente de la mesa, exclamando:

—¡Vamos a buscarle!

Él y Pam corrieron hacia el oscuro jardín, pero al poco, como no se veía a nadie, se detuvieron a escuchar. Todo permanecía silencioso.

—Puede estar escondido —susurró Pete.

De pronto, se oyó crujir una rama, entre un grupo de árboles frutales que crecían junto a la tapia. Los dos hermanos levantaron la cabeza… ¡El hombre había trepado hasta el paredón!

—¡Ahí está! —gritó Pete—. ¡Deténgase! ¡Espere!

Los chillidos del muchacho sólo sirvieron para que el desconocido se diese mucha más prisa. Saltó desde la tapia a la acera y después de correr hasta un cochecito negro, aparcado en el bordillo, entró en él y, a toda velocidad, desapareció entre las sombras de la noche.

Pete y Pam saltaron la tapia y corrieron calle abajo, pero no valió de nada. El coche desapareció tan rápidamente que no pudieron ver ni el número de matrícula.

Mientras volvía a reunirse con el resto de la familia y el «doktor» Richter, que estaban en el jardín, Pete dijo:

—Otra vez ha sido ese pequeñajo. Estuvo escuchando desde el tejado, en el callejón, y nos oyó decir que veníamos aquí.

—¿Nos habrá oído hablar del Val d'Herens? —preguntó Ricky.

Y Holly murmuró, temblorosa:

—Entonces, nos seguirá también hasta allí.

—Tengan todas las precauciones imaginables —aconsejó al caballero—. Estos ladrones de diamantes desean apartarles a ustedes de su camino.

Como la señora Hollister dijo que era hora de marcharse, el «doktor» Richter avisó a un taxi. Después de dar las gracias al cortés caballero por su amabilidad, la familia volvió al motel.

A la mañana siguiente, muy temprano, marcharon a la estación. Al pasar por un quiosco de periódicos, Pam agarró a Pete por una manga, diciendo:

—¡Mira, mira!

¡En la portada de un periódico se veía la fotografía de Johann Meyer!

«Le han encontrado», pensó Pete. Y muy contento, fue a comprar aquel periódico. Pero el pie de la fotografía estaba escrito en alemán y los Hollister no entendieron lo que decía.

Cuando subieron al tren, Pam sacó la traductora electrónica y la puso en funcionamiento. Los demás niños la rodeaban e iban leyendo, todos a un tiempo, cada palabra que aparecía traducida al inglés.

—«¿Ha… visto usted… a… este… hombre…?».

Todos quedaron con las caras muy largas por la desilusión.

—Aún no lo han encontrado —murmuró Holly.

El periódico decía que la policía sospechaba que Meyer no se había estrellado en la avioneta, sino que debía de haber sido secuestrado por alguien.

—¡Ya lo había pensado yo! —exclamó Pam—. Por lo menos, que no le hagan ningún daño…

Muy preocupados por lo que pudiera haberle sucedido a su simpático amigo suizo, los Hollister se asomaron, en silencio, a las ventanillas, mientras el tren salía de Ginebra y avanzaba por los

puertos de montaña.

Al cabo de un rato, Pete se levantó del asiento, diciendo:

—Voy a pasar por los otros vagones. Así veré si ese hombre pequeñajo nos sigue también ahora.

—Yo te acompaño —se ofreció Ricky.

Cuando al cabo de veinte minutos volvieron a su compartimiento, Pete sacudió la cabeza, diciendo:

—Ese hombre no va en el tren.

Varias horas más tarde el tren se detuvo en una estación muy pequeña, situada en una cañada, por donde corría un río alpino.

Al ayudar a los Hollister a bajar su equipaje, el revisor les señaló un autobús pintado de amarillo, aparcado cerca.

—Ese autobús les llevará hasta el Val d'Herens.

Al ver que tenía pasajeros, el conductor del autobús salió, sonriente, a saludarles, llevándose la mano al sombrero. Era un hombre de cabello oscuro, con bigotito pequeño y lacio y ojos oscuros de expresión alegre. Pronunció unas pocas palabras en francés, recogió el equipaje y acompañó a los pasajeros hasta el autobús.

Y entonces, el vehículo empezó a subir por una carretera muy estrecha, que sobresalía de la montaña como sobresale en la cara una ceja muy espesa. Los Hollister contemplaron las laderas montañosas en donde abundan los perales, manzanos y cerezos.

Al fin, la estrecha cañada se ensanchó, convirtiéndose en un amplio valle, resplandeciente de sol. Al ver aquello, los niños dieron gritos de alegría.

—¡Oh! Si parece una tierra de duendes… —reflexionó Holly.

De pronto, por un caminillo que se abría entre los bosques, apareció un asno, en el que iba montada, de lado, una mujer. Ella iba vestida con una larga falda negra, blusa dorada y un sombrerito con una amplia ala de encaje. Cuando el autobús pasó por delante del animal, los niños volvieron la cabeza para seguir contemplando las bonitas vestimentas de la mujer.

—¿Es que esa señora va a una fiesta? —indagó Holly, hablando con el conductor.

—No, «mademoiselle» —contestó el hombre—. En el Val d'Herens todas las mujeres visten así, al estilo de antaño.

—¿Y los hombres también? —se asombró Pete.

—Todo el mundo. Y hay otras muchas cosas que os sorprenderán —aseguró el conductor, sonriente.



Al poco, el autobús entró en la población y avanzó por una estrecha calle empedrada, con casas y tiendas a ambos lados. Cuando el vehículo embocó la esquina, casi tocando las paredes, Ricky observó:

—Estamos ocupando toda la calle. ¿Qué pasará si viene otro coche por delante?

—Aquí hay muy pocos automóviles —le tranquilizó el conductor —. Pero, a veces, sí me encuentro delante alguna mula, entonces hago esto…

El hombre apretó el claxon y por todas partes retumbó un bocinazo.

—¡Canastos! ¡Me parece muy buena idea!

Las palabras del pelirrojo hicieron reír a todos.

Mientras subían, la carretera iba estrechándose, y llegó un momento en que Holly, muy asustada, hundió la cabecita entre los hombros y cerró los ojos con fuerza, para no ver cómo el autobús iba rozando con las paredes de las casas.

Cuando volvió a abrir los ojos, el autobús se había detenido en la plaza del pueblo que estaba rodeado por casitas muy pintorescas y tenía en el centro una fuente de piedra cuyo chorro de agua transparente resplandecía bajo el sol.

Mientras el conductor les ayudaba a bajar el equipaje, Pam le preguntó si sabía en dónde habitaba la familia Berg.

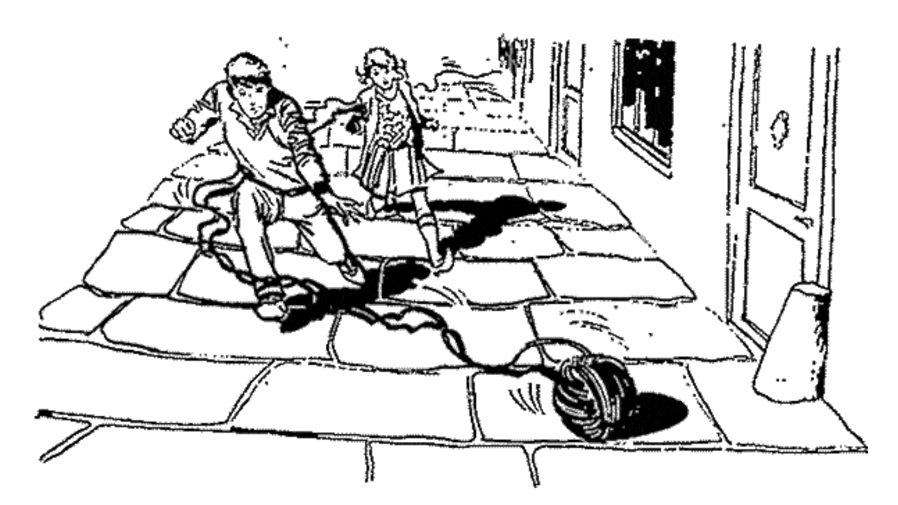
—Yo no lo sé —contestó el hombre—, pero en alguna de las tiendas les informarán.

Sue y su madre se sentaron en el bordillo de la fuente.

—Esperaremos aquí, con los equipajes, mientras vosotros vais a preguntar —decidió la señora Hollister.

Pete, Pam, Ricky y Holly bajaron un trecho, por el camino por donde habían llegado y se detuvieron ante el escaparate de una tienda. Una señora gruesa, de mucha edad, estaba sentada en la puerta, en una silla de madera. Hacía calceta y tenía en el regazo una gran bola de lana blanca.

Como los niños le sonrieron, la viejecita alargó el brazo, para estrechar la manita de Holly. Pero al hacerlo, el ovillo blanco resbaló de su regazo y rodó por la cuesta. Ricky y Holly corrieron a cogerlo, pero no pudieron alcanzarlo.



El ovillo rodaba cada vez más de prisa, desenrollándose al avanzar. Con ojos fijos en la bola de lana, los dos hermanos trotaban sin aliento.

De pronto, frente a ellos, se oyó sonar un penetrante grito. Por la esquina apareció un muchacho descalzo, conduciendo tres mulas, cargadas de leña. Detrás iba una nenita, con el cabello recogido en trenzas, guiando unas cabras y un cerdo. Parecía un extraño desfile que llenaba toda la calle.

Pete y Pam empezaron a gritar a los pequeños, pero ni Ricky, ni Holly se detuvieron.

El mulero apartó, entonces, a uno de los animales, y Ricky y Holly se lanzaron por el hueco libre, tropezando con la niña que iba detrás. Los tres rodaron por el suelo, mientras las cabras y el cerdo lanzaban gruñidos de protesta.

El tropezón les había dejado un poco aturdidos, y los tres se sentaron en el suelo, mirándose tímidamente.

—¡Canastos! ¡Ahora sí que habría hecho falta que alguien tocase una bocina!

Cuando se pusieron de pie, Pete y Pam ya habían llegado junto a ellos y el mulero hablaba con la niñita de las cabras en un lenguaje muy extraño.

—¡Pobre Holly! —se compadeció Pam.

—Tiene toda la rodilla desollada.

—Yo también me he hecho un rasguño en el codo, pero no es nada —dijo, valerosamente, Ricky.

La niñita suiza no parecía haberse hecho daño. Miró a Holly y se empezó a retorcer una trencita. Cuando Holly, también mirándola, hizo lo mismo, las dos prorrumpieron en risillas gorgojeantes.

El mulero sonrió bonachonamente.

—Me gustaría decirles que lo sentimos mucho —murmuró Ricky.

—Yo creo que ya se han dado cuenta de que lo sentís —dijo Pam—. Voy a ver si conocen el nombre de Berg.

La niñita suiza cesó de reír y miró a Pam con interés.

—¿El chalet de Berg? —preguntó Pam, pronunciando cada palabra muy despacio y claramente.

La pequeña asintió, señalando a lo alto de la calle. Moviendo las dos manos, dibujó en el aire una casa y luego aparentó hacer tres líneas horizontales de separación en dicha casa.

—Es clarísimo —sonrió Pam—. Es una casa de cuatro pisos que está allí arriba.

Los Hollister dieron las gracias a la niña, y la procesión de mulas, cabras y cerdo volvió a ponerse en marcha. Cuando el cerdo casi había desaparecido, Holly descubrió que el ovillo de lana se había detenido en el quicio de una puerta.

Enrollando la lana en el ovillo, según iban subiendo, los niños llegaron a donde estaba la anciana gruesa.

—Me parece que se ha manchado un poquito —dijo Holly, disculpándose, mientras entregaba la lana a la mujer.

La señora hizo un chasquido con la lengua y señaló la rodilla de Holly y el codo de Ricky. Luego, sonrió, dio unas palmaditas a la niña en la mano y dijo algo en el extraño idioma.

—Creo que nos está dando las gracias —opinó Ricky.

Se alejaron de la mujer y volvieron todos a la plaza de la fuente. Al ver a Ricky, la señora Hollister exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué os ha pasado?

Mientras los niños se lo explicaban, la madre buscó dos pañuelos limpios, los humedeció en la fuente y lavó con ellos los rasguños.

Entre tanto, Pete y Pam encontraron allí cerca una casita de cuatro pisos. En cuanto Ricky y Holly tuvieron limpias las heridas, todos recogieron las maletas y se dirigieron al chalet de cuatro pisos.

Pete levantó la pesada aldaba de la puerta y la dejó caer de nuevo. Sonó un golpe seco y Pam, cruzando los dedos de su mano, musitó:

—Dios quiera que viva aquí la familia Berg.

Al cabo de unos instantes salió a abrir una señora alta y guapa, vestida con larga falda negra y blusa blanca. El cabello rubio lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza. Miró muy asombrada a la familia, adivinando por las maletas que llegaban de viaje, y la señora Hollister le explicó en seguida:

—Estamos intentando localizar a alguien que se llama D. Berg. ¿Puede orientarnos?

—Supongo que se refieren ustedes a mi sobrina Diana Berg —repuso la señora, cuyo rostro sonrosado se iluminó con una sonrisa—. Diana vive aquí mismo.

UNA CAMINATA «A RABO DE MULA»



—¡Hurra, hurra! —gritó alegremente Ricky—. ¡La hemos encontrado en lo alto de los Alpes!

—Pero no habéis subido bastante —replicó la mujer, divertida.

Y explicó a los Hollister que ella era «madame» Chapelle, y Diana Berg, que tenía dieciséis años, era sobrina suya. Diana pasaba los veranos en el Val d’Herens, pero aquellos días estaba en un pueblecito de más arriba, en una parte de la montaña en que había muy buenos pastos y Diana Berg estaba ayudando a recolectar el heno.

—Tenemos una cosa muy importante para su sobrina —dijo Pam —. ¿No podríamos verla ahora?

«Madame» Chapelle opinó que era demasiado tarde para subir a la montaña.

—¿Por qué no se quedan a pasar la noche conmigo? —invitó—. Tengo habitaciones suficientes para todos.

Mientras los demás continuaban hablando, Holly y Sue estuvieron admirando los muebles de alegres colores que había en la salita de «madame» Chapelle. La mesa del centro era de madera marrón claro, con flores pintadas en las patas. En una esquina había

un armarito con los cantos cincelados primorosamente y en una estantería muchas piezas de porcelana azul y blanca.

Pero lo que más atrajo a Sue fueron las sillas. Tenían los respaldos muy altos y rectos y en el centro de cada uno aparecía recortada la madera en forma de corazón.

—«Poneme» encima de la silla, Holly —pidió a su hermana—, que quiero mirar por esa ventana de corazón.

Holly levantó a su hermana hasta la silla y, cuando «madame» Chapelle volvió la cabeza, se encontró ante los relucientes ojitos de Sue que miraban atentamente a través del respaldo.

La señora se echó a reír y dijo a la pequeña:

—Sube conmigo, pajarito, que te buscaré nido para que pases la noche.

Los Hollister subieron las escaleras tras la señora alta, que mostró a la señora Hollister una habitación de paredes muy blancas y vigas de madera, a poca altura del suelo. La gran cama estaba decorada con corazones y guirnaldas de flores.

Después de enseñar a los muchachitos otro dormitorio más pequeño, en el que habrían de pasar la noche, llevó a Pam y Holly al fondo del corredor. Sue las seguía como un perrito faldero. Entraron en una habitación muy coquetona, con una cama grande, decorada con ramilletes de flores azules. Junto a la ventana había una sólida cómoda, también festoneada con grupitos de flores de colores.

—Esta casa parece una «florería» —declaró Holly, muy admirada.

La señora sonrió.

—Espero que vosotras, las dos mayores, estéis cómodas aquí.

Sue dio un tironcito de las largas faldas de la mujer y preguntó:

—¿Dónde está mi nido?

«Madame» Chapelle hizo un guiño, mientras señalaba hacia la cómoda.

—¿Te parece bien dormir allí?

Las niñas quedaron muy asombradas, y la señora se acercó al mueble y sacó el último cajón.

—¡Huy! ¡Qué camita! —se entusiasmó Holly, cuando ella y sus hermanas se acercaron a mirar.

—Con una almohada pequeñita y una colcha a la medida —añadió Pam.

—En muchas casas campestres de suiza tienen estas camas —les dijo la mujer—. Aquí es donde dormía Diana cuando era chiquitina.

—Pero yo soy una niña mayorcísima —declaró Sue, preocupada—. No voy a caber.

Los demás rieron y «madame» Chapelle contestó:

—Ya lo sabemos, tontina. Tú dormirás con tu mamá.

Aquella noche los Hollister durmieron cómodamente, y Pete y Ricky se despertaron en cuanto empezó a amanecer. Se vistieron en seguida y salieron de la casa.

Por la calle subía un caballo, tirando de una carreta cubierta. Seis perruchos callejeros la seguían de cerca. El hombre de la carreta se detuvo ante la casa de «madame» Chapelle, saltó de su asiento y abrió las dos puertas traseras del vehículo. Estaba lleno de jamones, salchichas y otras clases de embutidos y carnes.

El vendedor ambulante hizo sonar una campanilla y «madame» Chapelle apareció en la puerta.

—¿Os apetecen salchichas para el desayuno? —preguntó a los chicos.

—¡Estupendo! —contestó Pete.

La señora habló con el vendedor y éste cortó doce salchichas de una ristra colgada en el interior de la carreta, las envolvió en un papel y se las dio al pelirrojo Ricky. Pero, cuando «madame» Chapelle se acercaba a pagar, el más grande de los seis perros se abalanzó sobre Ricky.

—¡Vete! —gritó el chiquillo—. ¡Las salchichas no son para ti!

Y echó a correr alrededor de la carreta, seguido por el perrazo. Los otros cinco se unieron a la persecución.

—¡Fuera! ¡Fuera! —ordenó Pete, mientras Ricky daba la segunda vuelta alrededor de la carreta.

El vendedor lanzó amenazas a los perros y la mujer sacudió repetidamente su delantal, queriendo espantarlos. Pero los animales no hacían caso de nadie y cada vez estaban más cerca del pobre Ricky. Al ver que los perros se le echaban encima, el pequeño arrojó el paquete a su hermano. Pete lo cogió en el aire y corrió a entregárselo a «madame» Chapelle, que se apresuró a meter las

salchichas en la casa.

Desilusionados, los perros dieron unos cuantos ladridos a Pete y luego marcharon a tomar el sol, tumbados en la calle empedrada. Los dos hermanos entraron en la casa.

Cuando se sentaron a desayunar, Ricky abombó el pecho, mientras decía:

—¡Qué apetito tengo, después de haber estado corriendo por culpa de esos perros!

—Comed mucho porque tenéis una larga caminata hasta el otro pueblecito —aconsejó a los niños «Madame» Chapelle.

Y luego dijo a la señora Hollister que era preferible que ella y Sue se quedasen en la casa, y que los cuatro mayores se marchasen solos.

—No tienen más que seguir el camino. Tengo una mula que se llama Gogo y que les servirá de ayuda.

—¿Podremos montar todos en la mula? —preguntó Holly.

—Sólo uno cada vez. Los demás tendréis que agarraros al rabo. Gogo os será muy útil para subir los trechos muy empinados.

«Madame» Chapelle tenía a Gogo en un prado a unos metros de la casa. Pam se ofreció a ir a buscarla y, como Holly suplicó que la dejasen ir también, las dos hermanas se marcharon en busca del animal.

—¡Qué lástima! —dijo la señora Hollister, dirigiéndose a los dos muchachitos—. Me habría gustado que Diana Berg os viera muy presentables.

—¿Y qué nos pasa? —preguntó Pete, extrañado.

—Fijaos en el cabello. Os cae ya sobre las orejas. Necesitáis ir al peluquero.

—¿Dónde está la peluquería? —preguntó Ricky.

—En ninguna parte —contestó «madame» Chapelle—. Una vez al mes pasa por el pueblo un barbero. Entre tanto, cada uno se recorta el cabello como puede. ¿Queréis un corte de cabello «a lo suizo»?

—Muy bien —asintió Pete.

—Esperad, entonces, que voy a casa de mis vecinos.

Salió de la casa y a los pocos momentos volvía, anunciando:

—Aquí está el barbero.

Los dos chicos empezaron a sonreír, pero de pronto quedaron muy serios al ver entrar en la habitación a una muchachita de unos catorce años, cargada con una maletita.

Ricky arrugó la naricilla, se rascó la cabeza y tartamudeó:

—¿Es que… el barbero es… una chica?

—Claro. ¿Acaso en América no tenéis señoritas barbero? Aquí todas las jovencitas aprenden a cortar el cabello.

—¡Uff! Pues yo no quiero que me corte el pelo una chica —dijo Ricky, despectivo.

La señora Hollister se acercó a su hijo mayor para decir:

—Pete, da tú el ejemplo y deja que te lo corte primero.

Un poco apurado, y rojo hasta las orejas, Pete se sentó en la silla de alto respaldo que le indicó «el peluquero». La muchachita le puso un paño blanco sobre los hombros y empezó a recortarle el largo cabello.

Ricky observaba, fascinado, cómo la jovencita concluía su trabajo.

—Ahora tienes muy buen aspecto —aseguró la señora Hollister, cuando Pete se puso en pie.

—Bueno. Ya sé que ahora me toca a mí —dijo Ricky con un suspiro, yendo a sentarse, resignadamente.

Cuando la cabeza del pelirrojo quedó arreglada, la jovencita sonrió y le dijo unas palabras incomprensibles.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ricky a «madame» Chapelle.

—Dice que eres un americano muy guapo —tradujo «madame» Chapelle.

El pequeño abrió unos ojos como platos, se puso colorado y salió corriendo, sin saber qué decir. En la calle vio a sus hermanas que llegaban a toda prisa. Cuando volvieron a entrar, la chica-peluquero ya se había ido.

—Gogo es muy cariñosa —dijo Pam a la dueña del animal.

—Sí. Es fuerte y obediente.

—Tú puedes ir montada, Holly —decidió Pete, levantando a su hermanita hasta el lomo del animal.

Pam entró en la casa y volvió a salir, llevando el mitón y el collar pertenecientes a Diana. Cuando les dieron la dirección que debían seguir montaña arriba, los cuatro niños se pusieron en

marcha. Al llegar a las afueras del pueblo, encontraron el camino muy fácilmente.

Pero, empezaban a subir por allí, cuando de la arboleda salió un hombrecillo muy raro y chiquitín. Andaba encorvado, y su barba negra, el sombrero oscuro y la chaqueta, negra y raída, hacían que apareciese muy viejo.

Por signos, el hombrecillo preguntó a los Hollister si le dejaban montar en la mula.

—Claro que sí —dijo, en seguida Holly, bajando al suelo—. Nosotros le ayudaremos a subir la montaña.

El hombre montó en la mula y a continuación todos marcharon hacia el pueblecito inmediato.

En algunos trechos el camino era tan empinado que Ricky prefería ponerse a cuatro pies y trepar cuesta arriba como un mono. Pam se agarró al rabo de la mula, Pete dio la mano a Pam y Holly se agarró a su hermano mayor. Gogo era fuerte y subía arriba, arriba, sin detenerse ni protestar.



—¡Mirad! ¡Ya se ve el pueblo! —anunció Pam, al dar la vuelta a una cerrada curva del camino.

A lo lejos, sobre sus cabezas, se veía un grupo de casitas y en el centro unos campos verdes, llenos de altas hierbas, donde los segadores trabajaban con las hoces.

El terreno ya era menos pendiente y los niños pasaron maravillados ante varias gavillas de heno.

—¡Oh! Mirad.

Holly señalaba a un bebé que dormía tranquilamente en un montón de hierba. Su madre estaba allí cerca, inclinándose a

recoger una brazada de heno recién cortado.

A todo esto, el hombre montado en la mula no decía ni una palabra.

Por fin llegaron a una extensión llena de hombres y mujeres que segaban la hierba. Pete hizo detenerse a la mula y se aproximó a preguntar si alguien conocía a Diana Berg.

Una mujer joven, de cabellos rubios y ojos grandes y oscuros, sonrió alegremente y se acercó a los Hollister, diciendo:

—Yo soy Diana Berg.

—Hace mucho que la buscamos —dijo Pam.

Luego se llevó a la joven aparte y, mientras todos sus hermanos la rodeaban, Pam contó a la muchacha suiza que habían encontrado el collar en la casa en ruinas.

—¡Dios mío! ¡Si habéis encontrado mi collar de medallones! —exclamó Diana, emocionada, cuando Pam le entregó la joya.

—Creíamos que a usted no íbamos a encontrarla nunca —sonrió Pete.

Diana les explicó cómo ella y su familia pudieron huir milagrosamente cuando se produjo el alud.

—Pero nunca creí que volvería a ver mi precioso collar. Ni mi mitón —concluyó, sonriendo al recordar tiempos pasados.

—Enséñale la llave negra, Pam —dijo Ricky.

Mientras Pam se quitaba la llave que llevaba colgada del cuello, el viejo hizo aproximarse a la mula, para observar con interés lo que hacían los niños.

—¿Esta llave es del chalet? —preguntó Pete.

—De la puerta de entrada no, pero pertenece a una de las habitaciones.

Y la joven añadió que la llave abría una habitación que quedaba disimulada en la falda de la montaña.

—Nosotros la usábamos para almacenar el queso. ¿Habéis visto el chalet? Al cuartito que os digo se entra por la despensa.

—No entramos allí —contestó Pete—. La puerta debía de estar detrás de la cómoda.

«¡Zambomba! —pensó Pete—. Allí debía de ser donde la banda de Blackmar tenía escondido el diamante y la maquinaria para cortarlo». El chico miró a Pam y se dio cuenta de que su hermana

estaba pensando lo mismo que él.

—Debéis estar cansados de la caminata —dijo Diana—. Venid. Ya es casi la hora de comer. ¿Os apetece una mezcla de queso fundido y patatas?

—¡Debe de ser muy rico! —exclamó Ricky.

El viejo bajó de la mula y siguió a Diana y los niños hasta una gran roca aplanada, donde unas montañesas estaban preparando la comida. Sobre la roca ardía una hoguera y, cerca, estaba puesta la mitad de un enorme queso redondo. La parte cortada quedaba cerca del fuego y se iba derritiendo. Acercándoles un gran cuenco de patatas cocidas, Diana les hizo que cogieran una cada uno y luego les enseñó cómo se pasaba la patata por la parte fundida del queso para que quedase bien untada.

—¡Está buenísimo! —aseguró Holly, relamiéndose, después de haber probado un bocadito.

—¡Canastos! No sabía que el queso con patatas estuviera tan riquísimo —exclamó Ricky.

Y lo mismo que todos los demás, cogió uno de los tazones llenos de leche que les iba ofreciendo una mujer, y tomó un gran trago. Parte de la leche resbaló por su barbilla y el pequeño se limpió con la palma de la mano.



—A ver si comes con buena educación —reprendió Holly a quien, de pronto, se le cayó un trozo de queso a la mejilla. Entonces, la niña rió, avergonzada, y se disculpó—. Claro que esto

no es una comida seria. Debe de ser un «piscosuizo».

—¿Cómo? —preguntó Pete.

—Un «piscosuizo» —repitió Holly, muy seria—. Sí. Un piscolabis, pero de Suiza.

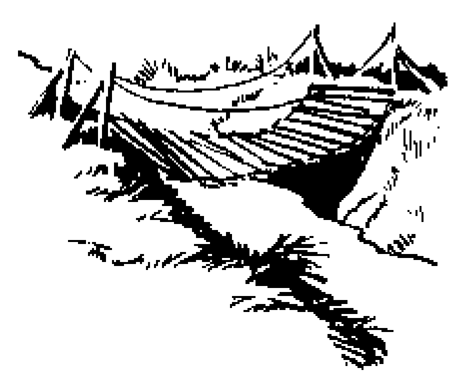
Cuando hubieron comido todo lo que tuvieron gana, Pam se alejó un poco para recoger un ramillete de unas bonitas flores de color púrpura.

Sin que los demás se dieran cuenta, el viejo del sombrero negro había seguido a la niña, y cuando ésta se inclinó a coger otra florcilla el hombre alargó la mano y dio un tirón de la llave negra, con tal fuerza que la cinta con que Pam la llevaba al cuello se rompió.

—¡Oh! ¡Devuélvemela! —gritó la niña.

El hombre, de pronto, había dejado de portarse como un viejo. Sujetando la llave con fuerza, corrió montaña abajo, tan de prisa como si fuese un gamo.

UNA PERSECUCIÓN PELIGROSA



Los segadores quedaron muy asombrados al ver al hombrecillo que corría velozmente. Nadie, más que Pam, sabía lo que había ocurrido, y cuando la niña se lo contó a los demás, el ladrón ya había desaparecido de la vista.

—¡Venid! ¡Hay que perseguirle! —gritó Pete.

Y echó a correr cuesta abajo, seguido por Ricky y Holly. Pam se retrasó unos momentos para despedirse de Diana.

—Si no volvemos, ¿cuidarás tú de Gogo?

—Naturalmente —repuso Diana—. Y gracias de nuevo por el collar. ¿Le dejaréis a mi tía vuestra dirección?

Pam dijo que sí y las dos muchachitas se despidieron con un abrazo. Pam se marchó corriendo, y por él camino, mientras cruzaba entre rocas y altas hierbas, iba pensando en la mala acción de aquel hombre, que, en realidad, no era nada viejo.

A mucha distancia de ella, el fugitivo se apartó de repente del camino y marchó directamente hacia un precipicio rocoso desde donde se veía el valle. El hombre se detuvo junto a un árbol, situado al borde del precipicio, de debajo de su chaqueta sacó una cuerda, ató un extremo al árbol y empezó a descender el precipicio, colgándose de la cuerda.



Pete fue el primero en llegar al árbol e intentó tirar hacia arriba de la cuerda, pero ésta se encontraba tan tensa como si fuese de acero.

Pam se asomó a mirar por el precipicio y vio que el hombre iba descendiendo tan ágilmente como si fuera una gran serpiente negra.

—¡Canastos! —se asombró Ricky—. ¡Ese pequeñajo es un escalador estupendo!

En aquel momento, la cuerda se aflojó y Pam, que seguía observando, anunció que el hombre acababa de detenerse sobre un saliente rocoso.

—Hay que aprovechar el momento —dijo Pete—. Vamos a intentar subirle, tirando de la cuerda.

Los cuatro niños cogieron fuertemente la cuerda y tiraron de ella, levantándola unos centímetros. Pero el ladrón no tenía intención de dejarse coger tan fácil mente. Con un fuerte tirón, consiguió descender otra vez hasta el saliente y la cuerda se deslizó de las manos de los Hollister. Al mismo tiempo, al quedar floja, la cuerda se enroscó en la pierna izquierda de Pete.

¡Y entonces, Pete se vio arrastrado por la cuerda hacia el borde del precipicio!

—¡Socorro! —pidió el muchachito.

Holly, a toda prisa, le agarró por un brazo; Ricky y Pam por el otro. Entre los tres le sujetaron con todas sus fuerzas, mientras el hermano mayor luchaba por desprender su pierna de la cuerda.

Pero el peso del hombre que estaba al final de la cuerda era muy superior a los esfuerzos que el chico lograba hacer. Muy angustiado, Pete arañaba el suelo, buscando un sitio en donde sujetarse, hasta que sus dedos pudieron agarrarse a las raíces del árbol. Eso dio a Ricky tiempo de meter la mano en el bolsillo y sacar una navajita de excursión; inclinóse, pasó la navajita por la cuerda y… ¡zas! La cuerda se partió.

Pero el fugitivo estaba sólo a un metro de la superficie del valle y, al romperse la cuerda, cayó a tierra sin hacerse el menor daño, al mismo tiempo que Pete se apartaba del borde del precipicio.

La cuerda le había dejado la pierna muy dolorida y el chico se agachó para frotarla y conseguir que la sangre volviese a circular normalmente.

Cuando volvieron a asomarse al precipicio, vieron que el hombrecillo vestido de negro corría a toda prisa por el sendero de la montaña.

—¡Zambomba! Hemos perdido el tiempo —se lamentó Pete—. Pero tenemos que continuar siguiéndole.

Los cuatro volvieron al caminillo pedregoso y continuaron bajando, tan de prisa como podían, cosa muy difícil, porque el camino era tan empinado que muchas veces tenían que resbalar por él como por un tobogán, y otras ayudarse con las manos.

—No me extraña que ese hombre haya preferido bajar por la cuerda —dijo Pete.

—A mí me haría falta el rabito de Gogo —confesó Holly.

Continuaron bajando con grandes dificultades y, al poco rato, Pete dijo:

—Aquello es el final del precipicio.

—A lo mejor el pequeñajo ha dejado alguna pista —opinó Ricky, esperanzado—. Voy a ver.

El pelirrojo se apartó del sendero y cruzó hasta la pared rocosa, mientras los otros seguían bajando. Ahora el camino no era tan empinado y los Hollister bajaban con más rapidez.

Y entonces oyeron un grito a su espalda. Ricky llegaba tras ellos, con algo en las manos.

—¡Eh! ¡Mirad lo que he encontrado!

Y mientras corría junto a sus hermanos, hacía ondear en sus manos unos bigotes negros y el sombrero del ladrón.

—Ya sabía yo que no podía ser un viejo de verdad —murmuró Pam.

—Es el mismo hombre que estuvimos persiguiendo en Ginebra. Le he reconocido porque corre siempre a saltitos —dijo Pete.

—¡Pues no hace más que molestarnos y burlarse de nosotros! —protestó Holly.

—Quería quitarnos la llave para que nosotros no la podamos usar —añadió Pam.

Y Ricky declaró muy formalmente:

—¡La habitación de ese chalet debe de tener un secreto grandísimo!

—Seguramente los ladrones están trabajando en el chalet —

reflexionó Pam—. Tenemos que comunicar lo que pasa a Grindelwald o antes posible.

—Seguro que ahora ya han atrapado a toda la banda —dijo Ricky.

—Puede que no. A lo mejor, la policía no ha descubierto la habitación secreta y los ladrones han seguido escondidos allí.

—¡Canastos! No había pensado en eso —confesó Ricky.

—Además, aunque hayan apresado a toda la banda, puede que el diamante siga escondido y, entonces, ese pequeñajo podría tomarlo y escapar con él.

Dispuestos a impedir esa posibilidad, los cuatro se esforzaron animosamente por seguir adelante con más rapidez. Al poco rato, Holly agarró a Pete por la manga, y señalando un caminito oculto entre los árboles, dijo:

—Mira. Puede que ese camino sea un atajo que va al pueblo.

—Sí. Parece que debe seguir la dirección del pueblo.

—Pero no podríamos pasar por ahí, porque está lleno de maleza —observó Pam.

De todos modos, Pete preguntó a los demás:

—¿Probamos a ir por allí? Si ese camino es más corto, puede ser que alcancemos al ladrón.

Todos dijeron que sí y Pete echó a andar delante. Habían recorrido un trecho cuando Pam anunció:

—Oigo correr agua por aquí.

Apretaron el paso y al poco vieron un rápido arroyo que corría por una hondonada entre las rocas. Antes, el arroyo estaba cruzado por un puente de madera, pero ahora estaba roto y no quedaban de él más que unos cuantos tablones.

—Tenemos que encontrar otro sitio por donde cruzar el arroyo —dijo Pete.

Y los Hollister siguieron caminando por la orilla del arroyo, buscando un lugar por donde les fuera posible pasar al otro lado.

Pete se detuvo junto a un gran peñasco aplanado que formaba una pendiente hasta el agua. A un metro y medio de allí, en el agua asomaba una piedra grande y otras pocas más pequeñas, próximas a la orilla opuesta.

—Podríamos bajar por este peñasco hasta aquella piedra grande.

Luego iríamos pasando de piedra en piedra —calculó el mayor de los hermanos.

Pam bajó con Pete por el peñasco y cuando llegó al extremo se tendió en la piedra y dejó caer las piernas abajo. Pete la asió por las muñecas y la ayudó a bajar lo poco que le faltaba hasta la piedra del agua. Desde allí, Pam pudo seguir pasando sola, de una piedra a otra.

—Ahora tú, Holly —dijo Pete.

—¿Quieres sujetarme esto? —dijo a su hermano, dándole la barba postiza y el sombrero que había encontrado.

Pete dejó ambas cosas a sus pies, sobre la roca inclinada. Luego hizo bajar a Ricky hasta el pedrusco del agua. Al llegar allí, el pelirrojo resbaló.

—¡Socorro! —pidió el chiquillo, agitando los brazos.

Pete se abalanzó hacia él, logró sujetarle por un brazo y le ayudó a recuperar el equilibrio, sin que llegase a caer al agua.

—Gracias, Pete. Ahora ya puedes darme esas cosas.

¡Pero la roca estaba vacía! ¡El bigote postizo y el sombrero habían desaparecido!

—¡Zambomba! Sin darme cuenta, he debido de empujarlo al agua.

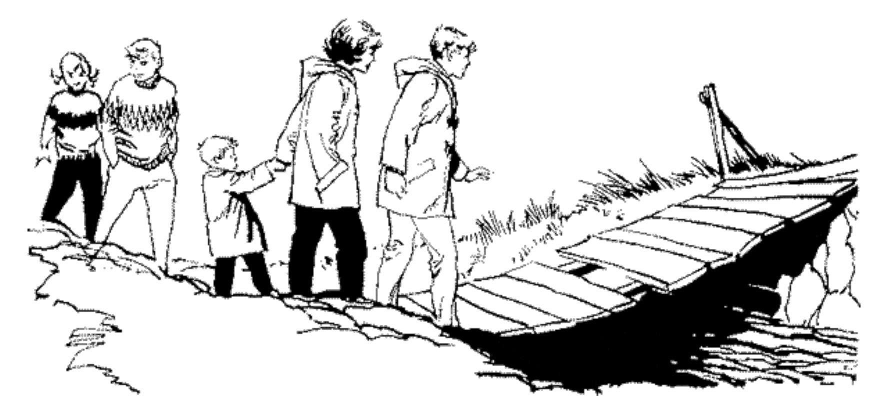
Y a los pocos instantes, Ricky descubría ambas cosas que se alejaban con la corriente.

—¡Canastos! ¡Me quedo sin esas pistas!

Muy mohíno, Ricky cruzó el arroyo, seguido de Pete. Pam intentó consolar a su hermano menor diciendo:

—No te preocupes, Ricky. La verdad es que ni el sombrero ni el bigote nos habrían valido para nada.

—Ya lo sé —admitió tristón el pequeño—, pero es que ni siquiera me los había probado.



Ya al otro lado del arroyo, no tardaron en encontrar la continuación del caminillo. Al poco llegaron a un paraje desde donde pudieron ver, abajo, el pueblecito. No vieron la menor huella del hombre pequeño, mientras corrían por las calles hacia la casa de «madame» Chapelle.

La señora Hollister quedó boquiabierta al ver entrar a sus hijos todos desgreñados y corriendo.

—¡Cielo santo! ¿Qué habéis estado haciendo?

—¿Y dónde está la mulita Gogo? —inquirió Sue, mirando por la ventana.

—En el otro pueblo, pero Diana la traerá —contestó Pam.

En aquel momento llegó de la calle «madame» Chapelle, cargada de paquetes con comestibles. La mujer quedó muy sorprendida al enterarse de lo que Pete estaba contando.

—Ese hombre debe de ser el que he visto corriendo por el pueblo hace un rato —dijo, mientras dejaba los paquetes sobre la mesa.

Y explicó que había visto un hombre joven, de aspecto extraño, corriendo por el centro del pueblo. Un poco después, al salir de la tienda, vio pasar un cochecito negro.

—Se nos ha escapado —exclamó Pete con indignación—. Pero no le vamos a dejar que se marche tranquilamente.

—Seguramente se ha ido hacia Grindelwald —calculó Pam—. Hay que avisar ahora mismo a la policía.

—Por aquí —dijo la dueña de la casa, acompañando a Pete hasta el vestíbulo, donde estaba el teléfono.

—Tendremos que volver en seguida —dijo Pam, mientras su

hermano hacía girar el disco del teléfono—. A lo mejor la policía nos necesita para que identifiquemos a ese hombre bajito.

«Madame» Chapelle dijo que el autobús salía dentro de pocos minutos y que, si se daban prisa, podrían tomar el último tren de Grindelwald.

—¡Venid todos conmigo! —llamó la señora Hollister—. Hay que guardarlo todo en las maletas.

—Yo haré la de Pete —se ofreció Ricky, mientras subía los escalones de dos en dos.

Pam se sentó a escribir una nota a Diana, diciéndole que confiaba en que pudieran volver a verse alguna vez.

Cuando acabó de escribir, Pete ya había hablado por teléfono y subía corriendo a las habitaciones. En poquísimo rato los Hollister se habían cepillado la ropa, lavado la cara y las manos y bajado las maletas al vestíbulo.

—¡Ya llega el autobús! —anunció «madame» Chapelle.

Y salió corriendo para hacer señas al conductor de que se esperase.

Los niños llevaron sus equipajes al autobús amarillo, se despidieron de la amable señora de la casa y marcharon hacia la estación.

—¡De prisa! —rogó Pete al conductor—. No podemos perder el tren.

El hombre dio varios cabeceos para demostrar que había comprendido y el autobús avanzó, rozando los muros de las estrechas callejuelas.

—¡Canastos! Ahora sí que corremos —exclamó Ricky.

Mientras avanzaban, traqueteando, Pete apenas hablaba y parecía muy preocupado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su madre—. ¿Ya has hablado con la policía?

—Sí. He hablado con un oficial y le he contado lo del hombre pequeño y la habitación secreta, pero no sé si me ha entendido.

—¿Es que no hablaba inglés? —inquirió Holly.

—No muy bien. Y no había tiempo para repetírselo varias veces. Dios quiera que haya comprendido.

Ahora también Pam se mostró desanimada.

—De modo que ese hombre pequeñajo puede escapársenos de los dedos.

Pete movió la cabeza tristemente.

—Sí. La única manera de impedirlo es llegar a Grindelwald antes que él.

Un momento después, el autobús llegaba a una curva del camino. Utilizando los frenos, el conductor giró con precaución.

Frente a ellos, bloqueándoles el paso, había un rebaño de cabras.

El conductor hizo sonar la ruidosa bocina y los animales levantaron la cabeza. Empezaron a cruzar la calle, pero, de pronto, retrocedieron hacia el centro de la calle.

—¡Huy, perderemos el tren! —balbució Holly.

—¿Por qué no tocamos los cuernos alpinos? —propuso Ricky.

Los niños revolvieron en su equipaje y en cuanto encontraron los pequeños cuernos, los hicieron sonar ruidosamente, además de dar fuertes gritos y manotazos. Las cabras, aturdidas, se agolparon alrededor del autobús.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, desesperado—. Si sale el tren sin nosotros, no llegaremos a tiempo a Grindelwald.

UN CUCHICHEO FANTASMAL



El autobús casi tropezaba con los cuernos de las cabras, pero seguían sin apartarse, a pesar del enloquecedor ruido que hacían los cuernos alpinos.

—Tendremos que apartarles a empujones —dijo Pete.

El conductor abrió la puerta y el mayor de los Hollister salió a la calle, seguido de sus hermanos. Ricky y Holly tenían las mejillas congestionadas y los ojos enrojecidos mientras hacían sonar los cuernos.

—¡Oooh! ¡El mío se ha roto! —exclamó Ricky.

—El mío también —anunció Holly un momento después—. Creo que hemos soplado demasiado fuerte.

Pam buscó la cabra más grande y empezó a apartarla de la calzada a empujones. Pete, Ricky y Holly se unieron a ayudarla. El animal fue trasladado a un lateral y entonces, como por arte de magia, el resto del rebaño fue tras él. «Buaa», se oyó chillar a la cabra primera, que en seguida salió corriendo, para ir a mordisquear la hierba fresca. Pronto las demás la imitaron y el conductor pudo seguir su camino.

—Tendremos que volver alguna vez a ver al señor Gruen, para que nos arregle los cuernos —dijo Holly, mientras el autobús bajaba

a toda velocidad.

Los Hollister llegaron a la estación al mismo tiempo que entraba el tren.

—¡Lo hemos conseguido! —dijo Pete, muy contento.

Dieron las gracias al conductor y subieron al tren. En cuanto se instalaron en sus asientos el tren empezó a traquetear a través de los valles. Los niños contemplaron los bosques de las altas montañas entre los que aparecían, de vez en cuando, las plateadas cascadas.

—Me gustaría poderle explicar al señor Meyer todo lo que sabemos sobre el caso del diamante —dijo Pam.

—Se sentiría complacido al saber todo lo que habéis hecho —declaró la madre con orgullo.

—Al menos, hemos descubierto el secreto del chalet —dijo Holly—. Seguramente, la policía ya estará arrestando a todos los ladrones.

—Yo «sabo» que el señor Meyer está bien —anunció Sue tranquilamente—. Lo «sabo», lo «sabo» y lo «sabo».

Lo que Pete deseaba con toda su alma era que la radio del avión de Meyer no se hubiera estropeado.

—Si por lo menos hubiéramos podido ir en el «Hotel, Bravo, Lima, Alfa, Eco» —murmuró.

Mientras avanzaban, Holly devoraba con la vista el panorama. Al cabo de una hora, sus párpados empezaron a cerrarse de vez en cuando. Pero, de repente, la niña abrió los ojos de par en par, exclamando:

—¡Está allí! ¡Le veo, le veo!

Todos siguieron la dirección que Holly indicaba y vieron un cochecito negro que corría por la carretera paralela a las vías del tren.

—¡Canastos! Quítate un momento, para que los demás veamos también —pidió Pete, muy excitado.

Todos los Hollister estaban reunidos en la ventanilla cuando el tren dejó atrás al cochecito negro.

—¡Nosotros llegaremos primero! —gritó Ricky, viendo cómo el coche iba quedando atrás, hasta desaparecer de la vista—. Hasta podremos ver cómo atrapan a ese pequeñajo.

Durante varios kilómetros, la vía del tren seguía la misma

dirección que la carretera, pero luego ésta tomaba una curva y se desviaba.

—A ver si va a resultar que la carretera que va a Grindelwald es más corta que el camino del tren —se inquietó Pam.

—El tren va más de prisa que el coche —dijo Pete—. ¡Nosotros llegaremos primero!

Empezaba a oscurecerse la luz del día cuando cruzaron los puertos montañosos y el sol, que ya se ocultaba, iluminaba los picachos nevados, dándoles un color rosa, igual que si fuesen helados de fresa.

Era ya de noche cuando el tren se detuvo, inesperadamente.

—¡Canastos! ¿Qué habrá pasado? —preguntó Ricky.

No tardaron en saberlo. Llegó un empleado del tren y les dijo:

—Lo lamento, pero hemos tenido una complicación. Se ha producido un alud de nieve y las vías han quedado cubiertas.

—¿Un alud? ¿Y de dónde ha llegado? —preguntó Pete.

El empleado se asomó por la ventanilla y señaló una cima rocosa que se levantaba sobre ellos.

—No sé cómo habrá sido, pero la nieve se ha desprendido de allí arriba. Eso nos retrasará un poco.

Los rostros de los Hollister se ensombrecieron de inquietud.

—¡Es terrible! Ya no podremos llegar a Grindelwald antes que el ladrón —exclamó Pam.

El empleado añadió que el equipo quita-nieves tardaría media hora en llegar y que los pasajeros, si lo deseaban, podían bajar a ver cómo se efectuaba el trabajo.

Los chicos se pusieron las chaquetas y tomaron los «walkie-talkies», mientras las niñas se abrigaban con gruesos jerseys para protegerse del frío de la noche. Saliendo del tren, avanzaron por las vías, hasta llegar a un trecho en que unos grandes faros iluminaban la zona del alud. Mientras junto a otros pasajeros contemplaban la nieve que cubría las vías, Holly propuso:



—¿Hacemos algún juego?

—Yo voy a hacer una cara de nieve —resolvió Sue. Y mientras se aproximaba al montículo de nieve, se llevó un dedito a la frente en actitud pensativa y recitó—: «Punto, punto, coma, raya, tienes la cara hecha antes de decir vaya».

Entre tanto, Pam y Holly empezaron a hacer una bola de nieve cada vez más grande, más grande… Los chicos se acercaron a ayudarlas y consiguieron un hermoso hombre de nieve, situado a un lado del alud.

—Le tendríamos que poner en medio de la vía —dijo Pete, riendo.

—¡Canastos! ¿Es que quieres que la máquina quita-nieves lo derrumbe?

Al cabo de un rato, apareció una luz en frente. Ricky habló con Pete por el «walkie-talkie».

—Aquí Romeo, Indio, Carlos, Kilo, Yanqui, llamando a Papá, Eco, Tango, Eco. Llega la máquina quita-nieves. Cambio.

—He oído bien tu mensaje —replicó Pete—. Guía la máquina hacia un lado y cuídate de que nuestro hombre de nieve dé un paseíto.

Los dos muchachos hablaban entre sí como si estuvieran dirigiendo las operaciones de levantar la nieve desde dos puntos opuestos. Todos rieron cuando el muñeco de nieve de los Hollister fue apartado por la máquina quita-nieves, que se aproximó, mientras un empleado advertía a los pasajeros que se hiciesen a un

lado.

Luego, con gran estrépito, la máquina se situó en el centro del alud, empujando a un lado gran parte de la nieve. Se detuvo, retrocedió y volvió a avanzar, llevándose consigo otra buena cantidad de nieve. Cuando hubo repetido aquella operación varias veces, las vías quedaron limpias. Entonces, la máquina se hizo a un lado, dejando el paso libre a los pasajeros.

—Señores pasajeros al tren —dijo el ferroviario, en inglés, para que los turistas pudieran entenderle.

Desde el extremo más apartado, Ricky habló por su diminuta radio:

—¿Qué te apuestas a que soy yo el primero en llegar a nuestro vagón, Pete?

Nadie le contestó. El pelirrojo repitió la llamada y oyó la contestación nerviosa de su hermano:

—¡Cállate, Ricky! ¿No has oído algo?

Los dos muchachitos escucharon con muchísimo interés a través de sus aparatos, mientras los demás pasajeros iban subiendo al tren.

Y entonces, tanto Ricky como Pete, oyeron llegar por sus receptores un cuchicheo muy débil y fantasmal. «Eco, Eco, Eco».

Ricky cruzó las vías para colocarse junto a su hermano.

—¿Has oído, Pete? —preguntó, tembloroso.

—Sí.

—¿Tú crees que…?

Pete no esperó a oír toda la pregunta de su hermano, sino que corrió hacia el tren y pidió al maquinista:

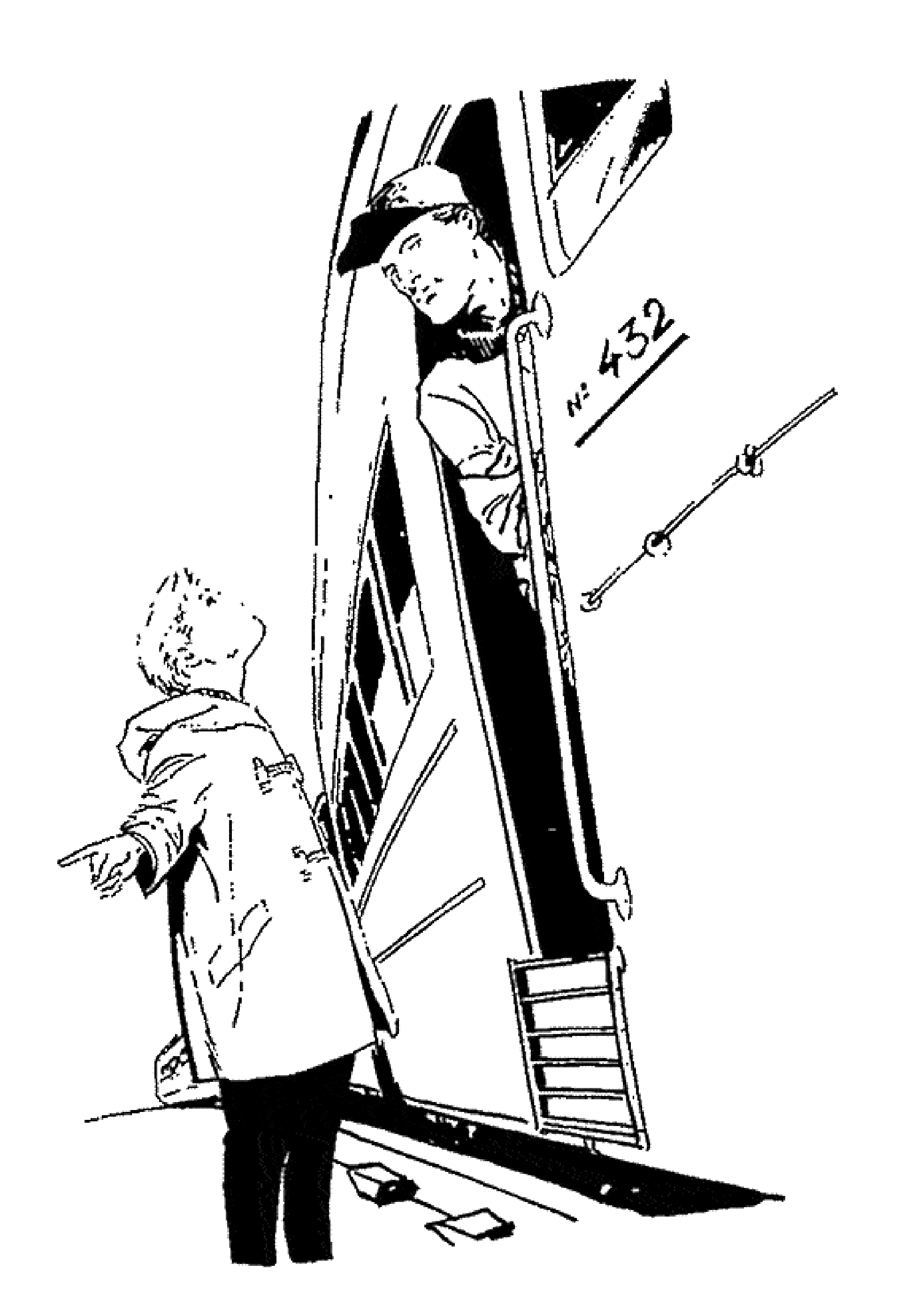
—¡Por favor, no salga aún! ¡Espere unos instantes!

—No puede ser. El tren lleva mucho retraso. Todos arriba.

—Es que acabamos de captar algo muy importante por radio. ¿No puede usted esperar cinco minutos?

El hombre consultó su reloj y sacudió negativamente la cabeza:

—Sólo tres minutos. Nada más.


N° 432

Los dos chicos subieron a un saliente rocoso, agarrándose a los matorrales y picachos.

—Si estuviéramos un poco más arriba… —se lamentó Pete.

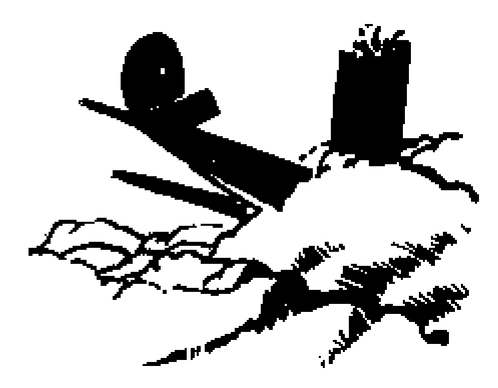
Habían ascendido unos treinta metros cuando Pete se volvió para tender a Ricky la mano y ayudarle a colocarse a su lado. Los dos prestaron gran atención a sus aparatos. Pero todo era silencio…

—Hotel, Bravo, Lima, Alfa, Eco —llamó Pete—. ¿Me oye?

Pasados unos segundos que parecieron tan largos como si fuesen días enteros, una voz muy débil repuso:

—Lima, Alfa, Eco contestando. ¡Ayúdenme!

NOTICIAS BUENAS Y MALAS



—Señor Meyer, ¿es usted? —preguntó Pete, a quien le temblaban las manos de la emoción.

—Sí —le contestaron, y luego, cada vez más débil, la voz añadió —: ¿Eres tú, Pete? ¿Cómo…?

La voz añadió algo incomprensible y luego todo quedó silencioso.

—¡Señor Meyer! ¡Señor Meyer! ¿Dónde está usted? ¿Puede oírnos?

A la pregunta de Pete siguió un silencio. Luego, se captó una respiración pesada y Pete comprendió que el piloto estaba tomando aliento, con gran esfuerzo, para contestar:

—¡Estoy en la cumbre…! ¡Alud de nieve! ¡Socorredme!

Pete y Ricky levantaron al mismo tiempo la cabeza hacia la alta montaña que se elevaba sobre ellos. A la ligerísima claridad de la luna pudieron ver un lugar, que parecía una silla de montar, por donde se había deslizado la nieve entre dos grandes nudos rocosos.

—¡Canastos! ¿Qué te apuestas a que está allí? —preguntó Ricky.

Abajo, los dos hermanos oyeron el pitido del tren que les esperaba.

—Ven conmigo —llamó Pete, empezando a bajar.

Mientras los chicos se aproximaban, el maquinista, que estaba preocupado por el retraso del tren, gritó con voz gruñona:

—¡Pasajeros al tren!

—¡Espere! ¡No podemos salir! —declaró Pete, apresurándose a contar lo que ocurría en la cumbre de la montaña y concluyendo—: Tenemos que rescatar al señor Meyer ahora mismo.

Al principio, el maquinista no quería creerle, pero cuando Ricky aseguró que era exacto todo lo que su hermano decía, el hombre acabó cediendo:

—Tendremos que reunir a unos cuantos pasajeros. Varios de ellos son alpinistas.

La noticia de lo que los muchachitos habían descubierto fue pasando rápidamente por todo el tren y muy pronto todos los pasajeros salieron al exterior. Entre ellos se escogieron cuatro hombres robustos para escalar la montaña, y Pete y Ricky pidieron que les dejasen acompañarles con los «walkie-talkies» para que fuese más fácil localizar a Meyer. El más alto de los cuatro hombres sacó una larguísima cuerda y un piolet de alpinista. Él y un barbudo montañés marcharon delante. Después iban Pete y Ricky y luego los dos hombres.

—¡Buena suerte! —gritaron los pasajeros, despidiéndoles con grandes manoteos, cuando los seis expedicionarios salían a rescatar a Meyer.

—Por fortuna, ésta es una de las cumbres más bajas de los Alpes —explicó uno de los alpinistas a Pete—. Podremos llegar a la cima sin gran dificultad.

De vez en cuando, la ladera de la montaña, llena de pedruscos, era incluso más empinada que el camino por donde subieron los Hollister al alto pueblecito de Val d’Herens. Cuando estaban a medio camino, Pete conectó la radio para decir:

—Estamos llegando, señor Meyer. ¿Me oye?

—Lima, Alfa, Eco —fue la respuesta, ahora mucho más clara.

Habían recorrido dos terceras partes del camino de ascenso cuando los alpinistas llegaron a una zona llena de nieve, en la que se hundían hasta las rodillas. Cuando el jefe de la expedición llegó a una hondonada, ordenó a todos que se detuvieran y contemplaron la escena que se levantaba frente a ellos. Los altos picachos,

cubiertos de nieve blanquísima, parecían formar una lámina de un cuento de fantasmas. Y no se veía avión ninguno…

—Lima, Alfa, Eco, conteste —llamó Pete—. ¿Dónde está?

La respuesta llegó clara y cortante, tanto a través del aparato de Pete como por el de Ricky.

—Estoy en un enorme socavón.

—¡Canastos! Debe de estar ahí abajo —exclamó Ricky, mirando con ojos de susto la inmensa hondonada en cuyo borde se habían detenido. La luz de la luna iluminaba las paredes de aquel abismo por la parte de arriba, pero el fondo estaba envuelto en la más completa oscuridad.

Los tres hombres más fuertes se ocuparon entonces, de sujetar la cuerda, y el cuarto, agarrándose fuertemente, fue descendiendo a la hondonada. Los tres montañeses fueron dando cuerda hasta que llegó un momento en que ésta quedó floja. Entonces, desde abajo, se oyó gritar:

—¡Aquí está el avión! ¡Lo he encontrado!

—¡Zambomba! ¡Déjennos bajar! —pidió Pete.

El más alto de los escaladores movió de un lado a otro la cabeza.

—No. Es muy peligroso —dijo.

Pete se quedó muy desilusionado; pero entonces el hombre de la barba rojiza propuso:

—Podríamos atar a los muchachos por la cintura y hacerles bajar con otras dos cuerdas. A lo mejor les pueden ser útiles a nuestro amigo.

—¡Estupendo! —gritó Pete.

Los alpinistas sujetaron fuertemente las cuerdas en tomo a cada uno de los chicos.

—¿Preparados, muchachos? —preguntó con voz de trueno el de la barba roja—. ¡Pues abajo!

Cuando empezó a bajar, Ricky miró un momento al fondo del abismo.



—¡Canastos! ¡Vaya agujero! —murmuró, asustado, el pelirrojo.

Cerró los ojos muy fuertemente, y no volvió a abrirlos hasta varios minutos después, cuando sus pies tropezaron con algo…

Era un ala del avión de Meyer. El aparato había caído de morro al abismo. En cuanto Pete tocó tierra, junto a su hermano, los dos se desataron las cuerdas y fueron a mirar al interior de la cabina del aparato, donde el alpinista estaba hablando con el pálido y trémulo piloto. Meyer estaba tan agotado que sus ojos habían perdido todo el brillo y su cara estaba cubierta de una espesa barba negra.

—¿Está usted herido? —fue lo primero que preguntó Pete.

—No, pero… pero…

La barbilla de Meyer sufrió un estremecimiento y el hombre se desmayó.

Con la ayuda de los dos muchachitos, el alpinista ató al piloto a la cuerda más sólida. Luego se dio una señal a los hombres de arriba, que ascendieron a Meyer.

Después subieron Pete y Ricky, y, por último, el montañista. Luego, dos hombres se agarraron por las manos para servir de asiento a Meyer. Éste abrió los ojos, cuando le estaban sentando, y se dejó caer débilmente entre ellos, pasando un brazo sobre cada hombro de sus salvadores.

Mientras bajaban hacia el tren, Pete y Ricky hicieron varias preguntas a su amigo. Éste les repuso, con voz agotada, que su avioneta había sido víctima de un sabotaje. Meyer se vio obligado a tomar tierra en plena montaña y podía considerar una suerte el haber chocado sobre la nieve. Pero no pudo impedir el ir a parar al gran socavón. Nadie había estado lo bastante cerca para poder oír la señal de radio y Meyer había resistido hasta entonces gracias a que llevaba un buen repuesto de comida.

Cuando la expedición, de rescate llegó al pie de la montaña, fueron recibidos por una algazara. Los pasajeros les saludaban con alegres gritos de bienvenida. Todos dieron amables palmadas en los hombros a Pete y Ricky, y los dos hermanos sonreían, mientras los demás les aseguraban que estaban orgullosos de ellos. Claro que ni Pete ni Ricky entendían nada, porque les hablaban en todos los idiomas de Suiza, pero no en inglés.

Una vez entraron todos en el tren, éste se puso en marcha hacia Grindelwald. Algunos pasajeros ofrecieron sus chaquetas para

tender sobre ellas a Meyer para que estuviera más cómodo.

Después de tomar una bebida caliente de una botella termo, el aviador cerró los ojos y quedó dormido.

—¡Ya veréis cuando se despierte y sepa que los ladrones están escondidos en aquel chalet…! —exclamó Pam con entusiasmo.

Pidiendo que la policía de Grindelwald ya hubiese detenido a la banda, los Hollister se adormilaron en sus asientos, mientras el tren traqueteaba a través de los valles alpinos.

En la primera estación, el maquinista comunicó los detalles del rescate de Meyer, para que se diera la noticia por radio. Los niños seguían durmiendo, sin haberse enterado de que habían parado en una estación.

Ya amanecía en las cimas de las montañas que se veían iluminadas por un resplandor sonrosado, cuando el tren llegó a Grindelwald. Tras despertarse con el repentino silencio del tren, los Hollister se pusieron de pie y vieron entrar en su compartimiento a Konrad Strebel. Le seguían tres policías, uno de ellos arrastrando una camilla. Meyer, que aún no había abierto los ojos, fue colocado con toda precaución en la camilla.

El aviador fue trasladado al andén de la estación, donde le esperaba Biffi, colocado entre Ruthli y su madre. El animal empezó a ladrar y a dar saltos alrededor de su amo, pero éste se encontraba tan agotado que ni los chillidos del perrazo de aguas le despertaron.

Comprendiendo que no era un buen momento para hacer preguntas, los Hollister, cargados con sus maletas, echaron a andar con Strebel y los otros hacia la pensión. Hasta que Meyer estuvo metido en la cama, los inquietos niños no se atrevieron a soltar su chorreo de preguntas.

—¿Dónde están los ladrones?

—¿A cuántos han atrapado?

—¿Han confesado que fueron ellos?

—¿Ya tienen ustedes el diamante?

Los policías se miraron apesadumbrados uno a otros y movieron la cabeza negando.

—No hemos atrapado a ninguno —contestó un policía muy alto que era el teniente Rettig.

Los niños quedaron con la boca abierta por la sorpresa y el

disgusto.

—Pero… pero ¿no han apresado a ninguno? —tartamudeó Pete.

Holly se echó a llorar, y Pam se acercó a consolarla, mientras el teniente les explicaba lo que había ocurrido.

En cuanto recibieron el mensaje de los niños, la policía había ido al chalet. Estuvieron allí esperando, vigilando y registrándolo todo, pero la casa en ruinas estaba vacía.

—No pudimos dar con ellos —murmuró el teniente Rettig, agregando—: Cuando llamasteis ayer, el policía que cogió el recado dijo que no había podido entender algo que dijisteis sobre un cuatro.

—¡No era ningún cuatro! —protestó Ricky, indignado.

—No. Yo le hablé de un «cuarto» secreto que hay en el chalet —explicó Pete.

—Nosotros no hemos visto ningún cuarto secreto —repuso el teniente.

—¿Y qué ha pasado con aquel hombre bajito del Val d'Herens? —preguntó la señora Hollister.

Esta vez, el teniente sonrió complacido.

—Le hemos apresado cuando llegaba a la ciudad.

—¿Y ya tienen ustedes la llave negra? —inquirió Pam.

—Ese hombre no llevaba ninguna llave negra.

A las demás preguntas de los Hollister, el teniente explicó que el detenido, Jonas Creter, un ladrón habitual, había sido completamente registrado, sin que se le encontrase la llave.

—¿No estará en el coche? ¿Lo han registrado también? —dijo Pete.

El oficial admitió que el coche lo habían registrado sólo por encima.

—Entonces, ¿por qué no me deja que vaya yo a echar una mirada? —pidió Pete.

—Encantado.

El oficial llamó a uno de los hombres para que acompañase a los dos hermanos Hollister al cuartelillo de policía. En el patio trasero estaba el coche. Los chicos no encontraron nada en el departamento de los guantes, ni en el portaequipajes. Pero al levantar la esterilla del suelo… ¡Allí vio Pete la llave negra!

Los dos hermanos y el policía volvieron a toda prisa a casa de los Strebel donde Pete enseñó, triunfante, la llave que habían robado a Pam. Mientras se la daba a su hermana, el chico dijo:

—Con esta llave abriremos la habitación secreta. Hay que llegar lo antes posible.

Entretanto, por toda la población había corrido la noticia del rescate de Meyer y los periódicos ya habían empezado a imprimir la información de la asombrosa hazaña.

Después de tomar, a toda prisa, un poco de desayuno, Pete y Pam se dispusieron a subir al chalet en ruinas, con el señor Strebel y la policía.

—¿Podemos ir nosotros también? —pidió Ricky, cogiendo de la mano a Holly.

Y a continuación, explicó a su madre que deseaban pasar por la granja del señor que les regaló los cuernos para que les arreglase los que se habían estropeado.

—Además, yo no tengo nada de sueño —aseguró Holly, parpadeando.

La señora Hollister les dio permiso, diciendo que ella se quedaba con la señora Strebel y Ruthli, para cuidar a Meyer hasta que llegase el médico.

La señora suiza entregó a Pete una bolsa llena de bocadillos y una cantimplora de agua. Él le dio las gracias y, como era ya completamente de día, se pusieron en marcha.

A Pam le latía el corazón aceleradamente, mientras subían por el camino que llevaba a la casa del señor Gruen. Junto a ella, Pete iba pensando: «Si pudiéramos encontrar el diamante y detener a los ladrones, ya habríamos solucionado el misterio».

Llevaban casi una hora de camino, cuando Pete distinguió a lo lejos la casa del fabricante de cuernos. La casita, casi envuelta totalmente en la niebla que bajaba de la montaña, era como la lámina de un cuento.

Ya antes de llegar junto a la casa, el grupo que se acercaba allí se vio envuelto en la niebla que les rodeó igual que una sábana opaca de suave tacto.

—¡Canastos! Si casi no veo por donde voy —murmuró Ricky.

—Venid. Nos agarraremos por las manos —propuso Strebel—.

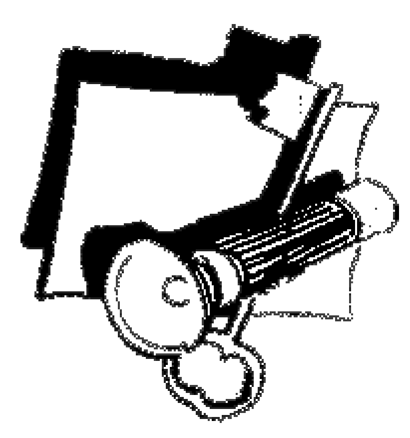
Vosotros seguidme.

Pero Pam, que había quedado a un lado del camino, se movía de una a otra parte sin encontrar a los demás.

Y de pronto, ante los ojos de la niña surgió de la niebla una cara grotesca.

¡Pam dio un grito estridente!

EL ENEMIGO ATRAPADO



Como si fuera un fantasma con una careta se aproximó todavía más a Pam. Una enorme lengua apareció por el aire y se oyó sonar un lúgubre:

—«Muuu».

—¡Hilda! —exclamó Pam, recobrando el aliento—. ¡Si eres tú! Y todavía vas sin la campanilla.

Luego, acarició el morro del animal y le murmuró a la oreja:

—Acompáñame a donde están los otros.

Hilda movió la cabeza, igual que si quisiera decir «sí» y empezó a cruzar la niebla, con Pam a su lado. Un momento después se oían fuertes voces y la amable vaquita se encontró junto a los demás caminantes.

—¡Oh! Aquí está Hilda. Y ha encontrado a Pam —anunció Holly, con una risilla.

El señor Strebel les llevó en línea recta hasta la casa del señor Gruen. Cuando llamaron a la puerta, salió a abrirles Erik que se apartó para dejar entrar a todos… a todos menos a Hilda que, mugiendo sonoramente, volvió junto a sus compañeras.

Gruen se encontraba sentado ante un chisporreante fuego,

mientras preparaba un nuevo cuerno alpino. Lo apoyaba sobre sus rodillas y era tan largo que un extremo tocaba a la pared de enfrente. El hombre levantó la vista para saludar a sus visitantes.

Strebel le explicó en pocas palabras a dónde se dirigían y, luego, Holly le preguntó si podría arreglarles los cuernos que se habían roto.

—«Ja, ja» —asintió Gruen, dejando a un lado el cuchillo con el que trabajaba en el cuerno que estaba haciendo—. Los tendré listos para cuando regreséis.

—Es que no podremos marcharnos ahora mismo —observó Strebel—. La niebla es demasiado espesa.

—Quédense aquí a descansar un rato —ofreció amablemente el granjero.

—¿Puedo probar otra vez a tocar un cuerno grande? —preguntó Pete.

El montañés dijo que sí, pero indicó a Pete que debía salir de la casa.

—No vaya a ser que arranques una nota —dijo sonriente.

En una pared de la gran estancia había dos inmensos cuernos alpinos, colocados en bastidores que iban de una esquina a otra. Entre Erik y Pete levantaron uno de los instrumentos y lo sacaron fuera de la casa. Pete sopló una vez, otra, otra, pero no hizo ruido alguno. Respirando profundamente, volvió a probar. Y entonces, surgió un sonido por el otro extremo del largo cuerno. Era como un lamento apagado y triste, que flotó por la ladera de la montaña. Los dos chicos escucharon con interés, pero no hubo respuesta del amigo de Gruen.

—No ha sido bastante alto para que lo oiga —consideró Pete, mientras ayudaba a Erik a llevar el instrumento adentro.

Mientras los otros niños estuvieron contemplando cómo el montañés iba vaciando el interior del tronco que estaba convirtiendo en otro cuerno, la niebla había ido disminuyendo. Strebel se asomó a la ventana y comunicó a los impacientes policías:

—El viento está disolviendo la niebla.

—Entonces, podemos salir ya —dijo el teniente Rettig.

Despidiéndose de Erik y su padre, salieron todos y marcharon

montaña arriba. Los rebaños de vacas suizas iban quedando atrás, atrás, hasta no parecer más que oscuras sombras movedizas. El grupo investigador seguía adelante y con cada paso aumentaba en ellos el nerviosismo y la incertidumbre de lo que había de suceder al llegar al chalet en ruinas.

—Aquí está el barranco —anunció Pete, llegando al borde de la hondonada boscosa.

Descendieron a la pared del barranco, cruzaron el arroyo y subieron al otro lado.

Cuando la casita campestre quedó visible, los policías se detuvieron a escuchar. No había el menor sonido ni movimiento cerca de la casa en ruinas.

—A lo mejor, los ladrones tienen algún medio para advertirse —dijo Pam.

Y la niña habló al teniente del misterioso cuerno que habían oído sonar otras veces.

—Puede ser la señal para advertir a los que estén en el chalet que llega gente.

—Pero hoy no habéis oído ese cuerno —recordó el oficial a la niña, mientras avanzaban entre la suave neblina.

—Pero pueden haber creído que era la advertencia el sonido que ha hecho Pete —insistió Pam, que luego explicó al policía en qué dirección llegó el sonido del cuerno misterioso, la última vez que estuvieron allí.

—Bien; puede que tengas razón —admitió el oficial.

Luego, habló con uno de sus hombres y le hizo marchar al montículo situado sobre el chalet. El policía se alejó disimuladamente, mientras los demás iban aproximándose con cautela a las ruinas.

—Estos ladrones no son tontos y pueden intentar preparamos una trampa —susurró Pete—. ¿No Sería mejor que uno se quedase a hacer guardia a la entrada?

—Yo puedo vigilar —se ofreció Strebel.

—De acuerdo —asintió el teniente.

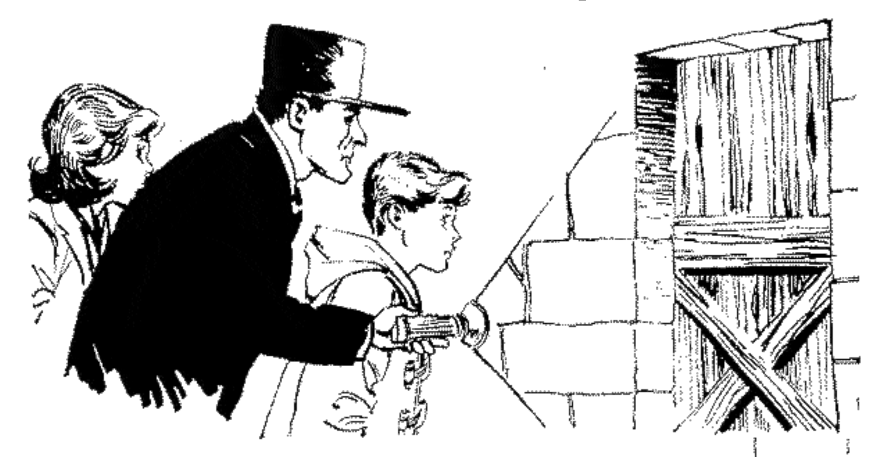
El guía alpino se situó junto a un árbol próximo a la entrada.

El teniente indicó a los niños que guardasen silencio y luego se arrastró sigilosamente por la entrada. Pete, Pam, Ricky, Holly y el

otro policía le siguieron. Dentro, todo olía a polvo y humedad. Pam observó que los pedazos de cemento que cubrían el suelo estaban llenos de musgo. El destrozado lugar resultaba sobrecogedor y temible, a la ligera claridad que se filtraba por el hueco de la entrada. Por los cristales rotos había penetrado la neblina, formando en las telarañas que pendían del techo, plateadas gotitas de agua.

El policía cruzó la habitación y pasó a la inmediata.

—Teniente —susurró Pete—, detrás de aquella cómoda.



El policía apartó la cómoda de la pared y quedó a la vista una puerta con un dintel redondeado.

—¡Canastos! Hemos encontrado el lugar secreto —dijo Ricky en un cuchicheo.

El teniente probó a mover el picaporte con cuidado. La puerta estaba cerrada con llave.

—Mire si esta llave vale —dijo Pam, dando al teniente el duplicado que les hiciera Anton, el cerrajero.

El policía introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar y la puerta se abrió lentamente. Entonces, el oficial iluminó con su linterna la oscura estancia. No había nadie en ella.

A un lado se veía una mesita, dos sillas desvencijadas y dos literas. En la pared del fondo había un banco de carpintero y sobre éste ¡un generador eléctrico y una máquina de cortar diamantes!

—¡Zambomba! ¡Los ladrones han estado aquí escondidos todo este tiempo! —opinó Pete.

—¡Mirad! —anunció Holly, señalando algo que había quedado bajo el banco—. ¡La esquila de Hilda!

Pete dedujo que, seguramente, los ladrones la habían quitado a la vaquita para que, al acudir atraída por la presencia de ellos, no llamase la atención de las gentes del pueblo.

—¡Si pudiéramos encontrar el diamante…! —murmuró Pam.

Todos se aproximaron a examinar atentamente el banco de trabajo. Y de repente se quedaron asombrados al oír, a su espalda, un ruido seco. Pete, que fue el primero en darse la vuelta, vio cerrarse la puerta y todos pudieron oír el «clic» de la llave al hacer correr la cerradura. Unos pasos apagados se alejaron.

Pete corrió hacia la puerta y probó a abrirla.

—¡Nos hemos quedado encerrados! —exclamó.

Los dos policías se turnaron para dar fuertes topetazos a la puerta de roble, intentando abrirla, pero no consiguieron ni moverla.

—¡He sido un imbécil! —masculló el teniente Rettig—. Debimos dejar a dos hombres estacionados fuera.

—¿Es que habrán atacado al señor Strebel? —preguntó Holly, tímidamente.

La luz de la linterna que llevaba el teniente iluminó el rostro de su dueño, demostrando que el policía estaba muy preocupado.

—Esto es lo que debe de haber sucedido —asintió, malhumorado —. Tenemos que salir de aquí y de prisa.

Los dos hombres volvieron a lanzar el peso de su cuerpo contra la puerta, de nuevo sin resultado.

—Ya sé cómo abrirla —declaró Pete, de pronto.

Los dos policías guardaron silencio para escuchar a Pete. Éste dijo:

—Si la llave está aún en la cerradura, creo que podremos cogerla.

Pete se puso de rodillas y empezó a excavar la tierra que cubría el suelo. Con la ayuda del cuchillo de Ricky, Pete hizo un hueco bajo la puerta, suficiente para que pasase la llave negra.



—Ahora necesitamos un papel —dijo.

Uno de los policías encontró, debajo del banco de carpintero, un periódico viejo y se lo dio al chico.

Pete deslizó el papel por debajo de la puerta y, otra vez con el cuchillo de Ricky, empezó a hurgar en la cerradura.

¡Plop! La llave cayó sobre el periódico. Con todo cuidado, Pete arrastró hacia dentro el periódico y no tardaron en ver aparecer la llave negra.

—¡Bravo, amiguito! —aplaudió el teniente—. Eres muy hábil.

El teniente metió la llave en la cerradura, la hizo girar y salió de la habitación tan rápidamente como una centella. Seguido por los demás, atravesó la habitación siguiente y se arrastró por la salida.

La niebla había desaparecido completamente y el sol llenaba de

claridad el bosque sombrío.

—¡Strebel! ¡Strebel! ¿Dónde está usted? —llamó el oficial.

Al principio no oyeron respuesta alguna, pero al cabo de un momento, Pam distinguió un zapato que asomaba entre las matas. La niña se acercó corriendo y separó los ramajes. Allí estaba el alpinista. Tenía los tobillos trabados, las muñecas atadas a la espalda y un pañuelo le cubría la boca, formando una mordaza. Y lo peor de todo era que Strebel tenía los ojos cerrados y estaba terriblemente quieto.

—¡Dios mío! —se angustió Pam—. ¡Le han atacado!

EL POSTRE DE BIFFI



Mientras los policías se apresuraban a desatar a Strebel, Pete sacó la cantimplora y echó un chorro de agua por la cara del guía alpino. El hombre parpadeó y al momento se incorporaba, mirando a todas partes con incredulidad.

—¡Huy! Se ha hecho usted un buen chichón en la cabeza —observó Pam.

Los policías ayudaron a Strebel a ponerse en pie. Algo aturdido, aún, el dueño de la pensión contó lo que le había sucedido. Mientras estaba haciendo guardia, dos hombres se deslizaron por detrás de él.

—Antes de que tuviera tiempo de defenderme, ya se habían abalanzado sobre mí.

—¿Pudo usted verles? —quiso saber Pete.

—Uno de ellos era Blackmar. Fue él quien me golpeó con un pedrusco. Al otro hombre no le conozco.

El escalador añadió que reconoció al ladrón porque una vez Meyer le había enseñado una fotografía de él.

—Después de atarle a usted, los ladrones nos encerraron a los demás en esa despensa de queso —explicó el teniente—. Pete nos ha sacado.

—Creo que ya estoy bien —murmuró tembloroso Strebel—. Esos granujas nos llevan mucha ventaja, pero tenemos que alcanzarles.



Cuando cruzaron el barranco, la policía y sus acompañantes pudieron ver una extensión mucho más grande que desde la casa y, a medio kilómetro, descubrieron a Blackmar y su ayudante moviéndose a toda prisa hacia Grindelwald. Los fugitivos se apartaron del sendero, para dar un gran rodeo por la casa de Gruen.

Al ver aquello, sus perseguidores apretaron el paso. Pete y Pam avanzaban junto a los policías, pero Ricky y Holly fueron quedando rezagados. De repente, Strebel se tambaleó y cayó al suelo.

—¡Está muy débil y no puede seguir andando! —gritó Pam a los demás mientras ayudaba a Strebel a levantarse.

—Ustedes sigan tras él. ¡Alcáncenles! —insistió Strebel, dirigiéndose a los policías.

—Yo también iré —dijo, valerosamente Pete.

Pam decidió que entre ella y los dos hermanos pequeños ayudarían a Strebel a llegar hasta el chalet de Gruen, donde podría descansar y restablecerse.

Moviendo una y otra vez la mano, para despedirse de sus hermanos, Pete corrió tras los policías. Pam hizo pasar el brazo derecho del guía alpino por encima de su hombro y echó a andar lentamente junto a él, en dirección a la casa de Gruen. Ricky y Holly iban delante. Cuando se aproximaban, vieron a Erik que cuidaba las cabras en un prado de más arriba, pero en aquel mismo momento, el padre de Erik apareció en la puerta de su casa.

—¡Los ladrones se han escapado y han herido al señor Strebel! —gritó Ricky.

Gruen salió corriendo para ayudar a Pam y llevar entre los dos al herido a la casa. En seguida, le metieron en la cama y Pam buscó una vasija de agua fría y un paño limpio. Después de mojar y escurrir el paño, se lo aplicó en la cabeza al escalador.

—¿Tiene usted teléfono, señor Gruen? —preguntó Holly—. Si podemos decir a la gente del pueblo que esos malotes se escapan podrán salir a detenerles.

El señor Gruen movió negativamente la cabeza.

—No. No tenemos teléfono.

—¿Y no puede usted avisar a los demás con su cuerno alpino? —apuntó Pam.

—«Ja». Id a llamar en seguida a Erik.

El hombre sacó a la puerta dos de sus enormes instrumentos, mientras Ricky y Holly subían corriendo hacia el prado para ir a buscar al vaquerillo. Los dos hermanos llegaron sin aliento.

—¡Erik! ¡Ven corriendo! —chilló Ricky.

—Tienes que tocar el cuerno —añadió Holly, haciendo nerviosos gestos.

Algo extrañado, Erik descendió del prado. En cuanto llegó a la casa, su padre le habló apresuradamente en alemán y el chico levantó uno de los cuernos.

El padre y el hijo, juntos, empezaron a soplar en sus cuernos alpinos. El sonido repercutía en las laderas de las montañas y descendió hasta el valle.

—Cuando oigan ese alboroto, todos sabrán que pasa algo malo —sonrió Ricky.

Pam no se apartaba de Strebel. Continuamente le quitaba el paño, para volver a humedecerlo y escurrirlo, aplicándole otra vez aquella compresa fría en la hinchazón de la cabeza.

Los cuernos alpinos transmitían su urgente mensaje a la población de abajo.

Mientras tanto, en la casa de Strebel, Sue y Ruthli estaban junto a la cama de Meyer, hablando muy bajito con el aviador rescatado. Biffi estaba tumbado en el suelo, a poca distancia.

El médico se había marchado hacía poco, diciendo que el piloto

no había sufrido grandes daños en su peligroso aterrizaje en los Alpes.

Meyer estaba cómodamente reclinado en dos mullidas almohadas blancas, y sonreía a las niñas.

—Pete y Ricky me han salvado la vida —dijo—, y entre todos los Hollister me estáis ayudando a resolver el caso del diamante.

Mirando pensativamente por la ventana, Meyer añadió:

—Espero que no les ocurra nada malo a los que han ido a perseguir a la banda.

En aquel momento, las dos señoras entraron en la habitación. La señora Strebel llevaba una bandeja con una taza de leche caliente.

Biffi se enderó del suelo y levantó el rabo en alto alegremente, mientras contemplaba a su amo que saboreaba la leche. Y entonces, las orejas del perro se pusieron muy tiesas. Acababa de oír sonar unos cuernos en la montaña. La señora Strebel sonrió, diciendo:

—El señor Gruen está llamando a su amigo… Pero no… ¡Escuchen!

Al oír los dos cuernos que seguían sonando, Meyer se sintió muy alarmado.

—Sucede algo. Alguien está en peligro…

—«Ja» —asintió la señora Strebel—. Nadie está tanto rato seguido haciendo sonar un cuerno.

Excusándose, la madre de Ruthli salió al porche. Un grupo de gente subía hacia la casa. Todos miraban a lo alto de la montaña, queriendo descubrir qué ocurría. Delante de todos iba un policía. Dirigiéndose a él, la señora Strebel gritó:

—«Herr» Metzger, ¿puede usted reconocer el mensaje que envían con los cuernos?

El oficial de policía le contestó en alemán. Cuando volvió junto a sus huéspedes, la madre de Ruthli dijo:

—Es el montañés que pide ayuda. La gente del pueblo sube ya por el camino.

Los habitantes de Grindelwald formaban una apretada fila que iba avanzando montaña arriba. A ellos se unieron Biffi, Sue y Ruthli. Las dos pequeñas tenían la carita sonrojada y brillante de excitación.

Llevaban un rato de caminata cuando, inesperadamente, Biffi

saltó hacia un gran peñasco y desapareció tras él. Las niñas pudieron oír fuertes ladridos y gritos furibundos y un momento después aparecían dos hombres. Biffi daba fuertes tirones con los dientes, a la pernera del pantalón del más alto de los hombres.



Inmediatamente, toda la gente se congregó alrededor de los dos fugitivos, formando una sólida red humana. Y a los pocos instantes, el policía había agarrado por el cuello de la camisa a los dos hombres.

—¡Oooooh! ¡Si es el señor Blackmar! —exclamó Sue—. Es el hombre malote que estábamos buscando.

Cuando los dos ladrones pasaron ante la casa de Strebel, vieron

a Meyer que había saltado del lecho y se asomaba a la ventana. Blackmar levantó los puños amenazadoramente, contra el investigador, mientras mascullaba algo en voz baja.

—¡Esperen un momento! —pidió Meyer.

Inmediatamente, se puso una bata y unas zapatillas y salió al porche, para ver más de cerca a los dos hombres.

—Desde luego, son ellos —declaró.

El más bajo de los dos hombres, según dijo Meyer, era el cortador de diamantes que había desaparecido. El detenido, que era calvo y llevaba lentes de gruesos cristales, miró furioso al investigador.

—Regístrenles bien —dijo Meyer—. Pueden llevar el diamante con ellos.

Blackmar estaba tan indignado que casi despedía chispas por los ojos.

—¡Esos Hollister lo han estropeado todo! —vociferó—. Habríamos podido marcharnos tranquilamente si…

Las palabras del detenido quedaron ahogadas por los gritos de la gente que llamaban a Pete y a los otros dos policías que llegaban corriendo, y sin aliento.

—¡Gracias por habérmelo devuelto ileso, Dios mío! —exclamó la señora Hollister, abrazando llorosa a su hijo mayor—. Pero ¿dónde están los otros?

Pete contó lo que había sucedido, mientras el teniente Rettig hacía otro tanto, hablando en su lengua natal a las gentes de Grindelwald. Cuando Pete y el teniente callaron, la gente del pueblo lanzó gritos de aprobación y el teniente puso unas esposas en las muñecas de los ladrones.

No se encontraron piedras preciosas al registrar a Blackmar. Cuando hicieron descalzarse al cortador de diamantes, en el pie izquierdo encontró el teniente Rettig una tosca piedra gris, de buen tamaño. Una de las caras estaba pulida y transparente.

—¡El diamante! —gritó Pete—. Lo hemos encontrado.

Meyer examinó la gema y declaró que, sin ninguna duda, era el diamante desaparecido.

La gente del pueblo marchó hacia sus casas, menos un grupo de montañeros que fueron a buscar a Strebel y a los demás chicos.

Cuando llegaron dos horas después, el hogar de Strebel estaba lleno de alegría. Se había preparado una estupenda cena y todos se sentaron a saborearla. El guía alpino ya se encontraba restablecido y presidía la mesa, muy orgulloso.

—Tenemos otro comensal —anunció la dueña de la casa.

Se oyeron pasos en el porche y entró el teniente Retigg que fue a sentarse junto a Meyer.

Ruthli dijo, en alemán, una oración de gracias por los alimentos que iban a tomar y en seguida se llevaron a la mesa grandes bandejas de carne, a continuación de la cual se sirvieron tazones de salsa a la nata, tallarines y hortalizas.

—Hemos conseguido declaraciones de todos los ladrones —informó el teniente.

Blackmar contó a la policía que se había enterado de la existencia de la casa en ruinas mientras estaba en el extranjero. Había oído contar al diplomático propietario de la casa, que sus amigos, los inquilinos, habían escapado del alud por milagro. También le oyó hablar del cuarto secreto.

—Y Blackmar pensó que sería un buen escondite —murmuró Pete.

—Exacto —asintió el policía—. Primero fue al chalet en ruinas y encontró la llave. Luego, dio órdenes al cortador de diamantes para que robase la gema y la maquinaria de un taller de Holanda. Su compinche le obedeció, vino a Grindelwald y esperó a su jefe. Entre tanto, en Ginebra, Blackmar saboteó el aparato de Meyer, después de lo cual consideró que podían dedicarse a cortar el diamante sin peligro. Pero, cuando Blackmar llegó a Grindelwald, por la calle vio a Sue vestida con el traje de suiza y temió que los Hollister le hubieran reconocido.

—Biffi sí le reconoció y salió tras él, ladrando.

Al oír decir aquello a Pete, Meyer contuvo una risilla.

—El jefe de la banda hizo averiguaciones por toda la población hasta averiguar en dónde os alojabais —continuó el teniente—. Una tarde os observó, mientras estabais esquiando. A la mañana siguiente, después que descubristeis el chalet, decidió hacer algo para alejaros de aquí.

—¿Y fue cuando hizo aparecer a ese hombre pequeño? —

adivinó Pam.

El oficial asintió, al tiempo que cogía una rebanada de tierno pan casero.

—Blackmar telefoneó a Jonas Creter y éste os escribió la nota de Lucerna.

—¿Y por qué nos hizo volver al puente dos horas más tarde? —quiso saber Holly.

—Para entretenernos lo más posible —opinó Pete.

—Eso es —contestó el policía—. Cuando vosotros le estropeasteis el plan, acudiendo a la policía de Ginebra, él os siguió hasta el Val d'Herens para vigilaros. Tuvo vigilado el chalet de los Chapelle y, cuando vio que os poníais en marcha hacia el otro pueblo, echó a correr por las calles traseras para llegar al camino antes que vosotros.

—¿Y qué era ese sonido de un cuerno alpino, en lo alto de la montaña? —preguntó Pam.

El policía enviado por el teniente a la montaña de encima de la casa habría vuelto con un cuarto prisionero.

—Era un vigilante, como tú habías supuesto, Pam —dijo el teniente—, pero no tocaba un cuerno, sino que ponía un fonógrafo con un potente amplificador y ponía un disco.

—La primera vez que fuimos al chalet no debió de vernos hasta que salimos, porque antes no oímos tocar el cuerno.

—Es que llegasteis mientras la banda estaba celebrando una conferencia en la cabaña desde donde ese hombre vigilaba. Cuando Blackmar y el cortador de diamantes ya habían salido hacia el chalet, el vigilante os vio y puso el disco para advertir a sus compinches.

Fue lo mismo que ocurrió cuando fuimos los de la policía y rodeamos la casa.

El teniente dijo luego que Pam también había adivinado en lo relativo a la esquila de la vaca. Fueron los ladrones quienes se la habían quitado a la cariñosa vaquita.

—Hilda insistía en seguir visitándoles —rió el teniente—, y ellos no querían que nadie les descubriera, siguiendo a la vaca por el repiqueteo de la esquila, Blackmar sigue todavía vociferando contra su mala suerte y se pregunta cómo unos chiquillos han podido

estropear sus planes.

—¿Y por qué no habían cortado todavía el diamante? —indagó Pam.

—Porque el perito no había acabado de examinarlo y estudiarlo hasta ayer. Se disponía a cortarlo, cuando Pete tocó el cuerno alpino.

—Entonces, aunque sin querer, les advirtió de que llegábamos, el sonido del cuerno también sirvió para evitar que no cortasen el diamante, ¿verdad? —dijo, muy tranquilizado, Pete.

—Sí. Al oírte, se escondieron por allí cerca y nos observaron.

—Bueno. Ahora ya no tiene importancia. Lo interesante es que todo ha salido bien, gracias a los Hollister y a otro detective —dijo Meyer. Y añadió sonriendo—: El otro detective es Biffi.

Y Meyer se inclinó a acariciar al perrazo, que se sentaba en el suelo, a su lado.

—Esta noche, Biffi tendrá un plato extra de riquísima carne —prometió la señora Strebel.

—Y yo sé lo que quiere Biffi para postre —anunció a grititos la chiquitina Sue.



—¿Y qué es, nena? —preguntó la madre, mientras la rubita se removía en la silla.

—Para postre, quiere dar otro mordisco al señor Blackmar —anunció muy seria, haciendo que todos se echaran a reír, y Biffi ladrara.

—Ves. Él mismo hace eco de tu sugerencia —observó Strebel, entre risas.

—¡Canastos! Este misterio está lleno de ecos —dijo con expresión picaruela, Ricky—. Primero el eco de los cuernos alpinos y ahora el eco del perro.

—Pero el más emocionante de todos fue el «Eco» que

escuchamos por nuestras emisoras —afirmó Pete.